



LA PALABRA PERDIDA

Salvador Allende y la Masonería

Felipe Santiago del Solar

Palabra de Clio



Felipe Santiago del Solar, es historiador y cientista político. Especialista en historia de la Francmasonería en el mundo hispánico, ha publicado diversos trabajos en libros y revistas académicas de Europa, América Latina y Estados Unidos. Es miembro del Centro de Estudios Históricos de la Masonería Española (CEHME) y participa en el comité científico de la Revista de Estudios Históricos de la Masonería Latinoamericana y Caribeña (REHMLAC+).

Entre sus libros destacan: “Las logias de ultramar. *En torno a los orígenes de la Francmasonería en Chile (1850-1862)*”, Ed. Occidente, 2012; *Historia de la masonería escocesa en Chile. Volumen I: Arquitectos del Supremo Consejo 1870-1935*, Ed. Citerior, Santiago, 2020; *La Sinagoga de Satanás. Iglesia y masonería en Chile*, Ed. Occidente, Santiago, 2021.

La palabra perdida
Salvador Allende y la Masonería

Felipe Santiago del Solar



“Divulguemos la Historia para mejorar la sociedad”

La palabra perdida. Salvador Allende y la Masonería

© 2007, Palabra de Clío, A. C.

Insurgentes Sur # 1814-101, Colonia Florida,
C.P. 01030, Ciudad de México.

Coordinación editorial: José Luis Chong

Diseño de portada y maquetación: Patricia Pérez Ramírez

Foto de portada: Salvador Allende en la Gran Logia de Colombia, 28 de agosto de 1971.

Gentiliza del Archivo de la Gran Logia de Chile.

Cuidado de la edición: Felipe Santiago del Solar

Primera edición: marzo de 2026

ISBN: 978-607-8719-60-0

Impreso en Impresora litográfica Heva, S. A.

Todos los derechos reservados. Los contenidos e ideas expuestas en este trabajo son de exclusiva responsabilidad de los autores.

www.palabradeclio.com.mx

Impreso en México - *Printed in Mexico*

ÍNDICE

Introducción

La palabra perdida.	5
-----------------------------	---

PRIMERA PARTE

Formación y herencia (1908-1955)	11
--	----

Capítulo 1

La herencia masónica: republicanismo, laicismo y compromiso social . . .	13
--	----

Capítulo 2

Iniciación y vida en logia (1935-1955).	23
---	----

SEGUNDA PARTE

La masonería ante la revolución posible (1955-1970)	39
---	----

Capítulo 3

La Gran Logia de Chile y el fantasma de la Revolución cubana	41
--	----

Capítulo 4

El hermano candidato: la masonería como tribuna de debate político . . .	53
--	----

Capítulo 5

El hermano presidente	79
---------------------------------	----

TERCERA PARTE

El conflicto abierto (1970-1973)	101
--	-----

Capítulo 6

Marcoleta 659 no es Morandé 80	103
--	-----

Capítulo 7

Querellas en logia: los juicios masónicos de 1973	113
---	-----

CUARTA PARTE

Silencio, muerte y disputa por la memoria. 125

Capítulo 8

El silencio de los templos: golpe, ruptura y exilio masónico 127

Conclusión

La palabra recobrada 157

El 19 de octubre de 1972, la Logia Mosaico N°125 convocó una tenida extraordinaria en el Gran Templo de la Gran Logia de Chile. Asistieron alrededor de trescientas personas. Afuera, el país vivía el paro patronal que en los días siguientes obligaría al presidente a incorporar a los mandos militares en el gabinete. Adentro, Salvador Allende ocupó el sitio del Orador por última vez. Dos días después, el diario *El Mercurio* publicó con detalle el contenido de su discurso.

La escena muestra con elocuencia lo que estaba sucediendo en la institución. El templo masónico ya no era capaz de contener sus propios secretos producto de una fractura que llevaba al menos dos décadas acumulándose. La Gran Logia de Chile no era ya la institución que había apoyado la república presidencialista¹: era el escenario de un conflicto institucional cuya resolución, que ninguna de las partes pudo gestionar dentro de sus propios procedimientos, esperaba un final trágico.

El título de este libro: “la palabra perdida”, proviene del ritual masónico del grado de Maestro. Hiram Abiff, arquitecto del Templo de Salomón, fue asesinado por tres compañeros que pretendían arrancarle a la fuerza el secreto de la palabra sagrada; con su muerte, esa palabra se perdió. Los rituales del grado escenifican su búsqueda, el duelo y la promesa de recuperarla. La traslación al caso histórico chileno no es ornamental: es estructural. Lo que se pierde en septiembre de 1973 es la tradición masónica

¹ La República Presidencialista (1925-1973) alude al ciclo abierto por la Constitución de 1925, que fortaleció la centralidad del Ejecutivo tras la crisis del parlamentarismo, reforzando la figura del Presidente y su capacidad de conducción gubernamental. En esas décadas, el Estado amplió su papel económico y social —industrialización y políticas públicas—, en un contexto marcado por fricciones recurrentes entre Ejecutivo y Congreso.

latina —republicana, laica, de acción social— que la institución oficial había comenzado a atenuar desde 1952 y que el golpe de Estado extinguió como posibilidad dentro de Chile. Que esa tradición sobreviviera en el exilio y retornara con la democracia es el arco completo de este libro.

La masonería chilena del siglo xx albergó dos orientaciones doctrinales en tensión creciente: una de raíz francesa, comprometida con la acción pública y la secularización del Estado; otra de modelo anglosajón, centrada en la neutralidad institucional. Coexistieron con tensiones manejables hasta que el contexto político las volvió irreconciliables.

Por una parte, las autoridades masónicas desde mediados de la década de 1950 intentaban, sin mucho éxito, acercarse al modelo anglosajón. Por otra, en las logias se mantenía la tradición latina y en algunos casos se fue radicalizando en sintonía con los tiempos. Esa asimetría entre cúpula y base es la estructura del conflicto que analizaremos.

Sostenemos la tesis que el 11 de septiembre de 1973 se cerró un ciclo histórico que comenzó con la fundación de la Gran Logia de Chile en 1862 y que tuvo como hilo conductor la construcción de una república laica. Con el derrocamiento y la muerte de Allende se clausuró el proyecto—la gran obra de la masonería chilena— y se perdió la palabra que lo había sustentado.

La paradoja es el corazón del argumento. Allende era heredero de la tradición masónica fundacional: su genealogía en la Orden se remontaba tres generaciones, su programa político era la extensión consecuente del laicismo republicano del siglo xix, y su comprensión de la masonería era la de una institución que actuaba con coherencia entre sus principios declarados y su acción pública. A pesar de ello, la Orden que lo había formado eligió el silencio cuando ese heredero fue derrocado. Esa elección no fue negligencia ni cobardía: fue la consecuencia lógica de una reorientación doctrinal que venía produciéndose desde 1952 y que en el contexto de la Guerra Fría adquirió la fuerza de una política deliberada.

Hay una dimensión adicional en ese silencio que importa subrayar. Cuando la Gran Logia de Chile optó por no pronunciarse ante el golpe de Estado, renunció a su propia tradición. La masonería redefinió su identidad cerrando el paréntesis de su historia republicana y presentando la neutralidad como un regreso a la esencia de la Orden. Lo que esa narrativa llamó depuración era, en rigor, una ruptura. Lo que llamó esencia era, históricamente, una opción entre varias posibles.

La palabra que se pierde en 1973 no desaparece. Se preserva en las bases masónicas silenciadas, en las logias que los exiliados construyeron en París, Estocolmo y Copenhague, en cuya declaración fundacional declararon explícitamente ser la continuidad de la tradición que la Gran Logia había abandonado. Su retorno con la recuperación de la democracia cerró el ciclo cuyo desenlace es materia de la conclusión de este libro.

Para seguir ese desplazamiento —de la palabra pública a la palabra pronunciada “entre columnas”, y luego al silencio como política— es necesario entrar en el registro interno donde la institución se piensa a sí misma: sus actas, circulares y debates. Ese cambio de escala, del escenario nacional al archivo, es el que organiza el método y las evidencias de este libro.

LAS FUENTES

La investigación descansa sobre un corpus documental masónico en buena parte inédito. La excepcionalidad de ese material radica en lo que hace visible: la distancia entre el lenguaje de la política pública y el lenguaje de la política en logia. Allende en el Senado, en la prensa o en sus discursos presidenciales y Allende en logia son registros cuya comparación es en sí misma un instrumento de análisis. Lo que el presidente decía a sus hermanos y callaba en el espacio público, y lo que anunciaba en el espacio público sin poder decirlo en logia, define el problema específico que justifica un libro construido desde esa documentación.

El archivo tiene también sus opacidades, y conviene reconocerlas desde el comienzo. Las actas del Consejo de la Gran Logia, por ejemplo, registran debates sintetizados o derechamente editados, y hay períodos en que la información disponible se vuelve significativamente más escasa. La institución masónica es, por definición, celosa de sus documentos: lo que llega al historiador es lo que la Orden conservó, entregó voluntariamente o no pudo impedir que se filtrara. Trabajar con ese archivo exige reconocer esos límites como parte del análisis: la ausencia de registros puede ser tan significativa como su presencia, y el silencio propio de las actas de ese período, es el documento más elocuente con que este libro trabaja.

El método que organiza estas páginas es el de la historia política entendida como análisis de culturas institucionales: cómo una organización

construye su identidad, articula sus contradicciones y enfrenta las presiones que el entorno histórico le impone. La masonería no es aquí ni un actor conspirativo ni un escenario pintoresco: es una institución histórica con sus propias lógicas de reproducción, sus propios lenguajes y fracturas internas. La historiografía del siglo xx chileno opera como marco de contexto, no como objeto del libro: sitúa la historia masónica en el cuadro más amplio de la política chilena del período sin confundir los dos registros. Lo que la masonería ilumina de ese cuadro es una dimensión que el análisis de los partidos y las elecciones no alcanza a ver con igual claridad: la manera en que las sociabilidades políticas formaron a las élites que construyeron el Estado, y cómo estas entraron en crisis cuando el Estado llegó a su límite.

EL RECORRIDO DEL LIBRO

Este libro está organizado en cuatro partes que siguen una lógica doble: cronológica —porque la relación entre Allende y la masonería atraviesa etapas históricas reconocibles— y estructural —porque lo que aquí se reconstruye no es solo una biografía masónica, sino la transformación de una institución que, al mismo tiempo que formaba élites y elaboraba una cultura republicana, iba redefiniendo su propia idea de neutralidad hasta convertirla en una frontera. Cada parte avanza, por lo tanto, como se avanza en un archivo que a veces ilumina y a veces oscurece: lo visible permite entender la forma del conflicto; lo que falta obliga a leer el silencio como dato.

La primera parte, “Formación y herencia (1908-1955)”, establece la genealogía que vuelve inteligible todo lo que vendrá después. El capítulo 1 se detiene en Ramón Allende Padín —médico, parlamentario radical, Gran Maestro de la Gran Logia de Chile, fundador de la primera escuela laica— como fuente originaria de una comprensión de la masonería que precede a la iniciación de su nieto. La herencia que importa aquí es moral: un modo de evaluar la coherencia entre principios y conducta, y una memoria familiar donde la solidaridad de la Orden ante la consecuencia personal del abuelo se convierte en experiencia fundacional. El capítulo 2 reconstruye la vida masónica de Salvador Allende desde su iniciación en 1935 hasta la dirección de la Logia Hiram N°65. Ese arco de veinte años muestra que, en la etapa de mayor densidad institucional, masonería y política eran

trayectorias paralelas, rutas sostenidas por redes de confianza, formas compartidas de sociabilidad y una ética del servicio público. Lo que el libro examinará después —el conflicto de 1970-1973— no es comprensible sin esa larga familiaridad con los lenguajes, los ritos y las jerarquías de la Orden.

La segunda parte, “La masonería ante la revolución posible (1955-1970)”, desplaza el foco desde la formación individual hacia la transformación del entorno que vuelve explosiva la relación. El capítulo 3 analiza el impacto de la Revolución Cubana en las obediencias masónicas latinoamericanas, como una advertencia institucional que reordena percepciones de riesgo, redefine estrategias de supervivencia y fortalece el impulso hacia el repliegue. Allí se vuelve visible el modo en que la cúpula de la Gran Logia de Chile adoptó la neutralidad como política deliberada, precisamente cuando el continente ingresaba a un ciclo de aceleración ideológica de izquierda. El capítulo 4 sigue a Allende en sus campañas presidenciales y examina el efecto que su sola presencia tiene en los talleres: la logia se convierte en tribuna, la fraternidad se vuelve disputa, la neutralidad se vuelve campo de batalla. El capítulo muestra, además, la distancia creciente entre la voluntad oficial de la institución y la participación activa de sus bases: el conflicto se convierte en una forma de vida interna.

La tercera parte, “El conflicto abierto (1970-1973)”, constituye el núcleo del libro. El capítulo 5 examina el umbral: Allende asume como sexto presidente masónico de la historia de Chile en el momento en que la institución que lo formó —o cuya tradición lo formó— ha optado, en sus niveles directivos, por instalar una distancia que llama neutralidad. El capítulo 6 aborda el diálogo imposible que condensa la disputa: dos concepciones de la masonería encarnadas en dos figuras dentro de la misma institución. Para el Gran Maestro René García Valenzuela, la neutralidad es fidelidad a la esencia; para Allende, esa neutralidad es traición a la vocación histórica. El choque es doctrinal, institucional, y —en el sentido más estricto— político. El capítulo 7 examina los juicios masónicos de 1973: el proceso iniciado contra Salvador Allende y el conflicto entre ex Gran Maestro Alejandro Serani y Jorge Tapia Valdés, Ministro de Educación de la Unidad Popular. Estos procesos se llevan a cabo en el momento en que la fractura institucional adopta la forma de una acusación formal y queda al descubierto que la logia carece de instrumentos para resolver, dentro de sus propios procedimientos, un conflicto que es en el fondo político. Cuando

el golpe de Estado llegó en septiembre, la institución se encontraba en un momento de profunda división interna.

La cuarta parte, “Silencio, muerte y disputa por la memoria”, documenta el desenlace y su onda larga de expansión. El capítulo 8 examina la reacción de la Gran Logia ante el golpe de Estado: el significado del silencio como posición y no como ausencia, y el modo en que ese silencio opera como frontera interna, separando a quienes lo aceptan como resguardo institucional de quienes lo interpretan como ruptura histórica. En paralelo, el capítulo reconstruye la respuesta de los hermanos que rechazaron esa opción: la construcción de una masonería alternativa en el exilio. Allí, la palabra se preservó.

Y es aquí donde conviene explicitar la promesa que guía estas páginas. Lo que sigue no está escrito para acusar ni para absolver; tampoco para celebrar a un hombre ni para condenar a una institución. Está escrito para comprender cómo una cultura republicana —forjada durante décadas en el cruce entre sociabilidad, Estado y reforma— alcanzó su límite histórico cuando el país se partió en dos, y cómo, en ese momento, una institución habituada a administrar tensiones descubrió que había conflictos que ya no cabían en sus procedimientos. El libro comienza, entonces, allí donde el archivo se vuelve más elocuente: en el instante en que un templo deja de ser refugio y se convierte en campo de disputa; en el momento en que la fraternidad se tensa hasta el secreto; en el punto exacto en que, antes de perderse, la palabra aún resuena.

PRIMERA PARTE
FORMACIÓN Y HERENCIA
(1908-1955)

Capítulo 1

LA HERENCIA MASÓNICA DE LOS ALLENDE: REPUBLICANISMO, LAICISMO Y COMPROMISO SOCIAL

En abril de 1964, el diario *El Mercurio* publicó una fotografía de Salvador Allende ingresando al Club de la República, sede de la masonería chilena, por entonces ubicado en Alameda 654. La imagen apareció sin su consentimiento, en plena campaña presidencial, con la intención evidente de exponer su vínculo con la Orden como algo que debía ocultarse o, al menos, que resultaba incómodo para quien aspiraba a la presidencia con el respaldo de la izquierda marxista. Allende reaccionó con una determinación que lo retrataba: exigió al director del periódico, René Silva Espejo, que publicara íntegramente su respuesta. En esa carta denunciaba la vulneración de su privacidad y, además, reivindicaba su pertenencia a la masonería con la siguiente frase: “He recibido como única herencia un nombre limpio y una vocación para servir al pueblo, nacida de la formación masónica de mis antepasados”¹.

La respuesta no era retórica. Detrás de esa declaración había tres generaciones de masones, una memoria afectiva construida sobre experiencias concretas y una interpretación de la masonería que Allende portaría como programa durante toda su vida dentro de la Orden. El punto de partida de esa herencia era su abuelo, el doctor Ramón Allende Padín.

Salvador Allende Gossens fue nieto, hijo y sobrino de masones. Su padre, Salvador Allende Castro, y su tío Ramón Allende Castro, se iniciaron en 1890 en la Logia Justicia y Libertad N°5 de Santiago, la misma logia en la que su abuelo había sido Venerable Maestro en 1875. Sin embargo, la información sobre la vida masónica activa del padre y el tío es escasa. Pero en el caso del abuelo la historia es radicalmente distinta: Ramón

¹ Allende, Salvador “Carta a René Silva Espejo, director de *El Mercurio*, publicada en abril de 1964”.

Allende Padín alcanzó en 1884 la máxima autoridad de la masonería chilena y, aunque la ejerció solo tres meses antes de morir, dejó una huella que la institución no olvidó y que su nieto convirtió en referencia permanente².

Para comprender esta herencia, hay que entender primero el mundo en el que su abuelo actuó. No era la masonería que el nieto encontraría al iniciarse en 1935, replegada sobre sus rituales y cautelosa ante la política contingente. Era algo bastante diferente: una institución joven, combativa, volcada al espacio público y orgánicamente imbricada con el proyecto liberal más avanzado de su época.

UNA NUEVA FORMA DE SOCIABILIDAD

La Gran Logia de Chile se fundó el 24 de mayo de 1862, articulando cuatro talleres en Valparaíso, Concepción y Copiapó. Adoptó desde el comienzo los principios del Gran Oriente de Francia: laicismo como eje doctrinario y concepción de la acción masónica como inseparable de la transformación de la sociedad³. Esa orientación respondía al momento histórico en que la institución echaba raíces en Chile, definido por la disputa entre el liberalismo y la hegemonía de la Iglesia Católica sobre las instituciones del Estado.

La masonería chilena de la segunda mitad del siglo XIX formaba parte de lo que el historiador Pablo Toro Blanco ha descrito como un ecosistema de sociabilidad política: un conjunto de instituciones —junto al Partido Radical y al Cuerpo de Bomberos— que difundían y socializaban ideas liberales, laicistas y republicanas entre los sectores dirigentes chilenos⁴. No es un azar que los fundadores de la Gran Logia fueran con frecuencia también militantes radicales y bomberos activos. La logia funcionaba, entre otras cosas, como el espacio donde personas de distintos partidos podían confluír en la causa común de la secularización del Estado. Esa fue la agenda que adop-

² Sepúlveda Rondanelli, Julio, Pequeño Diccionario Biográfico Masónico: Fundadores de la Gran Logia de Chile e iniciados hasta 1875, Gran Logia de Chile, Santiago, 1983, pp-17-18.

³ Del Solar, Felipe Santiago, Las Logias de ultramar. En torno a los orígenes de la Francmasonería en Chile 1850- 1862, Ed. Occidente, Santiago, 2012.

⁴ Toro, Pablo, “El Partido Radical: notas sobre una nueva forma de sociabilidad política en el Chile del siglo XIX”, en: *Historia*, vol. 28, Santiago, 1994.

tó la masonería chilena a partir de la segunda mitad del siglo XIX y que cristalizó en sus luchas más visibles.

El Partido Radical, por su parte, había emergido como una escisión de la corriente liberal más avanzada —los llamados *rojos*— a mediados de la década de 1860. Su primera asamblea formal se reunió en Copiapó el 27 de diciembre de 1863, convocada por Pedro León Gallo y otros prominentes hombres del norte minero. Sus miembros se llamaban entre sí *ciudadanos*, con claros resabios revolucionarios franceses⁵. A diferencia de los liberales moderados, que habían pactado con el gobierno de José Joaquín Pérez, los radicales reclamaban para sí el verdadero espíritu liberal: combate frontal al clericalismo, primacía de la razón sobre el dogma, emancipación de la conciencia colectiva respecto de la tutela eclesiástica. Manuel Antonio Matta, el patriarca del radicalismo chileno, formulaba su programa en términos que eran simultáneamente políticos y filosóficos: “La barbarie es el aislamiento, el individualismo de la persona, de la familia o de la tribu [...] Los efectos sorprendentes de la asociación [...] son el fruto natural, la consecuencia necesaria de la misma vida social”⁶.

La masonería era el espacio institucional donde esa doctrina encontraba su forma más elaborada. Si las asambleas electorales radicales eran los órganos del combate político contingente, las logias eran los espacios de formación, debate y construcción de acuerdos entre hombres que podían tener diferencias partidarias pero compartían una visión de mundo. Ese doble carácter —instrumento político y espacio de sociabilidad intelectual— le daba a la masonería chilena del siglo XIX una densidad que fue disminuyendo paulatinamente a medida que el Partido Radical accedió al poder en el siglo siguiente.

El conflicto con la Iglesia Católica fue el otro factor que definió la identidad de la masonería chilena de esa época. La Iglesia veía en las logias no solo un peligro doctrinal —la asociación de personas de distintas religiones, el juramento al margen de la autoridad eclesiástica— sino que un proyecto activo de desplazamiento de su influencia sobre la sociedad civil. Las sucesivas bulas papales que prohibían la masonería desde el siglo XVIII habían construido una representación de la Orden como instrumento del anticris-

⁵ Toro, *op. cit.*, p. 303.

⁶ *Ibid.*, p. 305

tianismo, y esa representación tenía en Chile un público receptivo entre los sectores conservadores. La masonería respondía a esa acusación reivindicando su laicismo como modernización, no como ateísmo: la separación entre la conciencia individual y la autoridad eclesiástica era, en su doctrina, la condición de posibilidad de una sociedad libre. Ese fue el campo de batalla donde Ramón Allende Padín actuó con mayor intensidad.

EL ROJO ALLENDE

Ramón Allende Padín nació en Valparaíso el 9 de marzo de 1845, hijo de Gregorio Allende y Salomé Padín. Realizó sus primeros estudios en el Liceo del Puerto y continuó en el Instituto Nacional de Santiago, posteriormente se graduó de médico cirujano. Se afilió al Partido Radical y adquirió el apodo que lo acompañaría toda la vida: *El Rojo Allende*. Era un nombre de combate, el mismo que sus correligionarios usaban como señal de identidad frente a los liberales moderados. En el vocabulario político de la época, ser *rojo* equivalía a reivindicar el liberalismo sin concesiones, la secularización total, sin pactos con el gobierno o con el clero⁷.

Su carrera médica tuvo una orientación marcadamente filantrópica desde sus inicios. Asistió a las víctimas del incendio de la Compañía de Jesús en 1863, uno de los peores desastres de la historia de Santiago, donde murieron más de dos mil personas. Presidió el Consejo de Higiene durante largo tiempo y fue activo en la Sociedad Médica de Chile. Durante la Guerra del Pacífico entre Chile y Perú (1879-1884) fue designado Superintendente del Servicio Sanitario en Campaña, organizando la atención de los heridos en los frentes de Tacna y Arica. Pedro Pablo Figueroa recogió en su *Diccionario Biográfico* de Chile que Allende Padín “dejó un nombre amado que recordar al país, por las nobles prendas de filántropo que adornaban su carácter modelo”⁸.

Su carrera parlamentaria fue igualmente intensa. Fue elegido diputado por Santiago en 1876 y ocupó los cargos de segundo y primer vicepresidente de la Cámara. En 1879 fue reelecto por Copiapó y Caldera. En

⁷ Ibid, p. 302.

⁸ Sepúlveda, *op. cit.*, p. 18.

1882 fue designado senador por Atacama por un período de seis años, cargo que su muerte prematura le impidió completar. Como legislador fue un defensor sistemático del programa del Partido Radical en materia de secularización. Combinaba esa posición con una práctica médica y filantrópica que le daba credibilidad como hombre de principios, y como orador de tribuna.

La masonería fue para Allende Padín una extensión natural de esa misma vocación. Se inició en la Logia Aurora N°6 de Valparaíso en 1868, a la edad de 24 años, y la presidió como Venerable Maestro entre 1871 y 1873. Desde 1874 se incorporó a la Logia Justicia y Libertad N°5 de Santiago, uno de los talleres más activos de la época, de la que también fue Venerable Maestro. El 14 de julio de 1884, la Gran Logia de Chile lo eligió por unanimidad su Gran Maestro, la máxima autoridad de la masonería chilena. Era el reconocimiento de una trayectoria sostenida durante más de quince años, de un hombre que había hecho de la masonería un instrumento activo de transformación social.

El cargo no pudo ejercerlo por mucho tiempo. El 14 de octubre de 1884, apenas tres meses después de su elección como Gran Maestro, Ramón Allende Padín murió. Sus funerales concentraron a una parte significativa de la vida pública chilena: masones, correligionarios radicales, médicos, dirigentes del Cuerpo de Bomberos. Benjamín Oviedo registró que los discursos, la afluencia de asistentes y la profusión de coronas pusieron en evidencia el sentimiento de pesar que causó “la muerte de este hombre de bien”⁹ La masonería perdía a quien mejor encarnaba la síntesis de sus ideales.

LA PRIMERA ESCUELA LAICA DE CHILE

El acto que mejor condensa la vocación pública de Ramón Allende Padín —y que su nieto evocaría décadas más tarde como el gesto fundacional de la herencia familiar— fue la fundación, en 1871, de la primera escuela laica de Chile.

La iniciativa partió de una campaña de suscripción promovida por masones de la Logia Aurora N°6 y la Logia Justicia y Libertad N°5. Allende

⁹ Ibidem.

Padín encabezó el directorio junto a Diego Dublé Almeyda, quien ejerció como secretario, y otros hermanos de ambas logias. La escuela se inauguró el 25 de febrero de 1872 en Valparaíso y fue bautizada con el nombre de *Blas Cuevas*, en homenaje al filántropo porteño Blas Cuevas Zamora¹⁰, amigo y hermano masón de Allende Padín que había fallecido prematuramente el 18 de marzo de 1870. Honrar su memoria con el nombre de la primera escuela laica del país era un gesto que reunía dos tradiciones del liberalismo masónico: la filantropía como práctica y el laicismo como programa.

La escuela recibió de inmediato la hostilidad del clero. El argumento era simple: en ella no se dictaban clases de religión. Los sectores conservadores la bautizaron como “la escuela atea” y abrieron un debate periodístico que se extendió entre 1872 y 1873. El periódico *La Patria* de Valparaíso, vocero del liberalismo, y las publicaciones cercanas al clero cruzaron acusaciones durante semanas¹¹. Para la Iglesia, una escuela sin catecismo era una escuela que atacaba los fundamentos morales de la sociedad. Para la masonería, era exactamente lo contrario: el primer paso hacia una educación que formaba ciudadanos libres, capaces de razonar sin la tutela eclesiástica.

La polémica en torno a la escuela Blas Cuevas fue uno de los primeros grandes enfrentamientos públicos entre la masonería y la Iglesia en Chile, y tuvo una importancia que iba más allá del debate sobre una institución educativa particular. Era la disputa sobre el lugar de la conciencia religiosa en el espacio público: si la educación del ciudadano era un asunto de la sociedad civil o de la institución eclesiástica; si el Estado tenía el deber de garantizar una formación sin dogma o si la enseñanza de la religión era una obligación insustituible. Allende Padín y los masones respondieron con claridad: la escuela era una obra de la sociedad organizada, no de la Iglesia, y su funcionamiento sin catecismo no era un acto de hostilidad, era la afirmación de la autonomía de la conciencia individual.

Esta disputa tenía además una dimensión que la hacía especialmente significativa para la familia Allende. Diego Dublé Almeyda, secretario del directorio de la escuela, dejó en sus memorias una descripción de los primeros meses de funcionamiento que muestra a Allende Padín como el

¹⁰ Blas Cuevas Zamora nació en Lima en 1817. Trabajado desde joven en el comercio porteño, llegando a construir una fortuna que destinó en su totalidad a obras de beneficencia.

¹¹ Del Solar, *op. cit.*

animador principal del proyecto, el que recorría Valparaíso solicitando fondos y persuadiendo a familias de distintas orientaciones políticas para que matricularan a sus hijos. Era el modelo de acción masónica que el nieto recordaría ochenta años después.

LA CADENA FAMILIAR

El hecho de que los hermanos Salvador y Ramón Allende Castro se iniciaran en el mismo taller en el que el padre había sido Venerable Maestro, no fue simple azar. En las logias del siglo XIX la pertenencia a un taller específico era parte de una identidad, equivalía a inscribirse en una tradición, a reconocerse continuadores de un proyecto que los precedía.

Este hecho da cuenta de que la cultura que construyeron en la familia tenía una coherencia notable: abuelo e hijos eran bomberos, radicales y masones. Eran expresiones de una misma visión de mundo, de ese ecosistema asociativo del liberalismo chileno del siglo XIX en el que las tres instituciones funcionaban de manera complementaria. Salvador Allende Gossens creció en ese ambiente. La masonería no fue para él un descubrimiento, sino que fue parte del tejido cotidiano de su familia, una institución que aparecía en las conversaciones domésticas con la naturalidad de algo que siempre había estado ahí.

La dimensión más concreta y significativa de esa herencia la reveló el propio Salvador Allende en una sesión del Consejo de la Gran Logia de Chile, donde explicó por qué su vínculo con la Orden excedía la genealogía formal. En dicha oportunidad, confesó que al morir su abuelo siendo Gran Maestro “no pudo dejar nada a su familia” por lo que su viuda quedó en la indigencia. La Orden respondió obsequiándole dos casas: una para que viviera, y otra para que la arrendara y tuviera con qué educar a sus hijos. “Así aprendí lo que esto significaba desde el punto de vista fraterno y solidario”, concluyó Allende ante el Consejo¹².

El detalle es significativo. Ramón Allende Padín había vivido con la misma coherencia que predicaba: generoso en la práctica, ajeno a la acumulación, fiel a una concepción de la vida pública que no admitía la distinción

¹² Actas del Consejo de la Gran Logia de Chile, 2 de abril de 1964.

entre el ideal masónico y la conducta personal. El precio de esa coherencia lo pagó su familia: murió sin dejar nada. Y fue la Orden —no el Estado, ni el Partido Radical, ni mucho menos la caridad religiosa— la que proveyó a la viuda y a los hijos los medios para seguir adelante. Esa experiencia convirtió la masonería, para la familia Allende, en algo cualitativamente distinto de una afiliación ideológica: era una red de protección real, un compromiso que se cumplía en los momentos difíciles.

Salvador Allende aprendió el significado de la hermandad masónica antes de ingresar a la Orden, en su familia, de la historia de su abuela. Esa experiencia es el contexto imprescindible para entender por qué, décadas más tarde, cuando Allende hablaba de la masonería como instrumento de redención social, no estaba improvisando una retórica de ocasión: estaba siendo fiel a algo que conocía desde la infancia como una verdad demostrada.

EL NIETO Y LA MEMORIA DEL ABUELO

Salvador Allende nació en Valparaíso en 1908, veinticuatro años después de la muerte de Ramón Allende Padín. Nunca lo conoció. Sin embargo, lo evocó con una frecuencia y una precisión que sugieren que esa figura fue para él un arquetipo, el punto de origen de su propia interpretación de lo que la masonería debía ser y hacer.

En sus discursos en logia, el abuelo aparece de manera recurrente como encarnación de la masonería en su mejor momento: una institución republicana, capaz de actuar en el espacio público sin confundirse con un partido político. Allende construyó esa figura con los materiales disponibles: los relatos familiares, la memoria institucional de la masonería chilena.

Esta lectura permite entender el carácter peculiar de la relación de Allende con la Orden. Para él, la masonería no era una institución que se podía apreciar con independencia de su historia. Era, en un sentido muy concreto, la institución que había sostenido a su familia en el momento más vulnerable. El Gran Maestro había muerto pobre porque era consecuente con sus principios; la Orden había respondido con solidaridad porque era consecuente con los suyos. Esa coherencia recíproca era el núcleo de lo que Allende entendía por masonería, y era también el criterio con el que evaluaba la masonería de su propio tiempo.

La tensión entre esa expectativa y la realidad institucional será una constante que lo acompañará a lo largo de su vida dentro de la Orden. Se trata de la disputa entre las dos concepciones de la masonería que coexistieron dentro de la Gran Logia de Chile durante el siglo xx, y cuyo enfrentamiento culminó en la crisis de 1973. Allende era el heredero reconocible de la tradición latina y su abuelo fue el representante más elocuente.

El análisis de la herencia familiar tiene una consecuencia interpretativa en la que es necesario detenerse. La masonería a la que Salvador Allende accedió en 1935, cuando se inició en la Logia Progreso N°4 de Valparaíso, era una institución distinta de la que había conocido su abuelo en los años de formación de la Gran Logia. La masonería de 1935 era ya una institución que había ganado muchas de las batallas históricas del radicalismo —el Registro Civil, los cementerios laicos, el matrimonio civil y la separación entre Iglesia y Estado ya eran una realidad— por lo tanto, el desafío de la Orden era defender y profundizar esas conquistas.

Esa diferencia de situación histórica explica, en parte, por qué la masonería que Allende encontró en su vida adulta le resultó a ratos insatisfactoria. Él la evaluaba con el criterio de lo que había sido en la época de su abuelo: una institución capaz de comprometerse con causas concretas, de asumir el costo político de sus principios. Cuando la Orden optaba por el silencio, Allende no lo interpretaba como prudencia institucional, lo consideraba como la deserción de su vocación fundacional.

Capítulo 2

INICIACIÓN Y VIDA MASÓNICA DE SALVADOR ALLENDE (1935-1955)

Como hemos visto, Salvador Allende llegó a la masonería con un apellido que estaba inscrito en los registros de la institución desde hacía más de medio siglo, y con una comprensión política de lo que esa pertenencia significaba. Cuando golpeó las puertas de la Orden en 1934, estaba continuando una tradición familiar.

Pero la herencia no explica por sí sola el ingreso. Para entenderlo en su plenitud hay que situarlo en el momento político e institucional que vivía Chile a mediados de los años treinta. El país salía de la crisis de 1929 con las estructuras del Estado severamente dañadas y la legitimidad del sistema en cuestión. El Partido Socialista había sido fundado en 1933. El Frente Popular como coalición electoral comenzaba a tomar forma. Y la masonería chilena, que desde el siglo XIX había sido el espacio de articulación entre el laicismo, el republicanismo y el radicalismo político, se encontraba en uno de sus momentos de mayor influencia pública.

INGRESO Y ASCENSO EN LA ORDEN (1934-1945)

En 1934, Salvador Allende conversó con su amigo Jorge Grove Vallejos, quien en ese momento se desempeñaba como Venerable Maestro de la Logia Progreso N°4 de Valparaíso. Grove le propuso que solicitara su ingreso a la Orden. La elección del interlocutor no era casual, ya que era hermano de Marmaduke Grove Vallejo —uno de los fundadores del Partido Socialista y masón activo— y cuñado de Allende. La red que lo condujo a la masonería era, al mismo tiempo, una red de parentesco y una red política.

El proceso de admisión masónica contempla un período de investigación antes de la iniciación. En el caso de Allende, ese período duró aproximadamente un año. El contexto no era del todo apacible: en 1933, había sido detenido y relegado a Caldera durante seis meses por actividades políticas contrarias al gobierno de Arturo Alessandri Palma. La paradoja merece subrayarse: Alessandri también era masón, y su gobierno aplicó una represión que afectó directamente a quien, un año después, buscaría incorporarse a la misma institución que el jefe de Estado integraba. La masonería albergaba, desde ese entonces, las tensiones de la política chilena.

Antes de ser iniciado, la comisión que evaluó los antecedentes de Salvador Allende emitió un informe con fecha 23 de septiembre de 1935 con toda la información que lograron recabar. En este destacan su honradez “acrisolada” su capacidad intelectual “muy superior” y como obras meritorias el hecho de ser secretario del Partido Socialista. En lo relativo a la masonería, comentan lo siguiente:

“Está perfectamente orientado sobre las finalidades de la masonería, no se advierte una sola idea errada o desproporcionada con lo que es la institución que por ahora considera al margen de toda posible crítica. Desea incorporarse a ella para perfeccionarse y para tener hombres comprensivos con quienes pueda tratar ampliamente todos los asuntos que inquietan su espíritu; no espera nada material de la institución ni tampoco considera conveniente que intervenga como tal en las luchas profanas.

En resumen, V.:M.:., consideramos que el profano Allende constituye un valioso elemento para nuestra logia y lo recomendamos muy encarecidamente”¹

Luego del período de espera, Salvador Allende fue conducido a la Cámara de Reflexión de la Logia Progreso N°4 de Valparaíso en la noche del 16 de noviembre de 1935. Allí, en soledad y ante una calavera, una vela y los símbolos de la mortalidad humana, redactó su testamento masónico:

¹ “Informe sobre Salvador Allende emitido por la comisión evaluadora de la logia Progreso N°4 de Valparaíso, 23 de septiembre de 1935” reproducido en: Amorós, Mario, Salvador Allende. La biografía, Ediciones B, Barcelona, 2013, p. 485.

el documento en el que el postulante responde, con sus propias palabras, tres preguntas fundamentales sobre sus deberes hacia la humanidad, hacia la patria y hacia sí mismo. Las respuestas de Allende prefiguran con notable coherencia la ética que gobernaría toda su vida política posterior. Declaró que sus deberes para con la humanidad consistían en “estar al servicio de sus semejantes”; que sus deberes para consigo mismo eran ajustar sus “deberes y derechos a los deberes y derechos de los demás”²; y que la memoria que deseaba dejar de sí mismo después de muerto sería “haber sido Útil a la sociedad, impulsando cada día su perfeccionamiento espiritual, moral y material”² Estas tres respuestas fueron la enunciación de un programa de vida.

Completada la redacción del testamento, el maestro designado le vendió los ojos y con la vista cubierta fue conducido a la logia donde prestó su juramento. Dos años después de su iniciación, el 27 de octubre de 1937, Allende fue ascendido al segundo grado: el de Compañero. El ascenso ocurrió pocas semanas antes de su elección como diputado por Valparaíso y Quillota. La simultaneidad no es un accidente biográfico: se convertiría en un patrón que se repetiría a lo largo de toda su vida. Los avances en la Orden y los avances en la política no corrieron por caminos separados, se alimentaron mutuamente, sostenidos por las mismas redes de confianza y los mismos compromisos ideológicos³.

En 1940, el peso creciente de sus responsabilidades en Santiago —donde se desempeñaba como ministro de Salubridad, Previsión y Asistencia Social del presidente Pedro Aguirre Cerda— le hizo imposible mantener su asistencia regular a la Logia Progreso N°4 en Valparaíso. El 8 de noviembre de ese año solicitó su traslado a la Logia Hiram N°65, con sede en la capital.

La elección de Hiram N°65 no fue arbitraria. Fundada el 16 de junio de 1928, esa logia tenía un perfil político claramente definido: entre sus fundadores se contaban Eugenio Matte Hurtado —quien fue Gran Maestro de la Gran Logia de Chile y, simultáneamente, uno de los fundadores del Partido Socialista en 1933— y Justiniano Sotomayor, impulsor de la idea del Frente Popular desde dentro de la masonería. Era una logia de masones que creían que la institución debía tener una presencia activa en los

² Testamento masónico de Salvador Allende, reproducido en: Roche, *op. cit.*, p. 84.

³ *Ibid.* P. 91.

asuntos públicos. Allende no se trasladó a cualquier logia: se trasladó a una que representaba su propia concepción de lo que la masonería debía ser.

En ese mismo mes de septiembre de 1940, el Gran Maestro Hermógenes del Canto propuso ante el Consejo de la Gran Logia de Chile la nómina de delegados al Segundo Convento de la institución, una instancia de deliberación destinada a revisar la política masónica y orientarla hacia los desafíos del período. Entre los 27 hermanos propuestos —junto al presidente de la República Pedro Aguirre Cerda, a Marmaduke Grove y otros dirigentes de larga trayectoria— figuraba el nombre de Salvador Allende, de quien el Gran Maestro señaló que tenía “sobrados méritos masónicos” para estar presente⁴. Con apenas cinco años en la Orden y el grado de Compañero recién adquirido, Allende era ya una figura de peso dentro de la institución. Su proyección masónica fue tan acelerada como su ascenso político, y respondió a las mismas causas.

El 31 de octubre de 1945, Allende recibió el grado de Maestro en la Logia Hiram N°65, completando su carrera masónica. El grado de Maestro es el tercero y último de la masonería simbólica, y habilita al hermano para ejercer cargos de oficialidad dentro de su logia y participar con plenos derechos en la Asamblea de la Gran Logia. Su obtención, diez años después de la iniciación, cierra el ciclo formativo y abre el de la responsabilidad institucional.

AL MANDO DE SU LOGIA (1946-1953)

La obtención del grado de Maestro en octubre de 1945 abrió para Allende una nueva etapa dentro de la masonería: la de la responsabilidad directiva. A partir de 1946, su participación en la Logia Hiram N°65 dejó de ser simplemente la del hermano que asiste, para convertirse en la del hermano que conduce. Los cargos que ejerció durante los años siguientes recorrieron, de manera ordenada, la escala completa de la oficialidad masónica.

Entre 1946 y 1947 integró el tribunal de su logia, instancia encargada de velar por el cumplimiento de los reglamentos y de resolver las controversias internas. En 1949 fue elegido Primer Vigilante, responsable de

⁴ Actas del Consejo de la Gran Logia de Chile, 11 de septiembre de 1940.

supervisar los trabajos de los compañeros. En 1950 alcanzó el cargo más alto del taller: el de Venerable Maestro, que le permitió presidir la logia, convocar tenidas y representar a Hiram N°65 ante la Asamblea de la Gran Logia de Chile. Ejerció ese cargo durante el período 1950-1951 y continuó ligado a la dirección del taller en calidad de ex Venerable Maestro hasta 1953, cargo que en la tradición masónica implica asesorar al VM en ejercicio y velar por la continuidad de los trabajos.

Este itinerario, cumplido en menos de una década desde la obtención del grado de Maestro, revela una dedicación institucional que no puede explicarse únicamente por cortesía hacia la logia que lo acogió. El ex parlamentario radical Jorge Ibáñez Vergara, quien integró la testera del Congreso Pleno que investió a Allende como presidente en 1970, recordó que “desde su iniciación, las actividades masónicas pasaron a ser una de sus principales preocupaciones”, y precisó que eso no significaba que descuidara su vida política o profesional, ya que ambas dimensiones corrían en paralelo, sostenidas por una misma escala de valores. En términos similares se expresó el ex senador radical y diplomático Hugo Miranda Ramírez, quien señaló que le constaban “las convicciones masónicas del mandatario y su profunda adhesión a los principios de la Orden, a las que siempre aludía en sus discursos o en sus conversaciones íntimas relacionadas con aspectos políticos contingentes”⁵.

Allende dirigió su logia entre 1950 y 1951. Para ese entonces, llevaba ya cinco años como senador de la República, había sido ministro de Estado, y era una figura central del Partido Socialista. Su presencia en la silla del Venerable Maestro no era la de un hermano más: era la de un político de primera línea que elegía, deliberadamente, seguir participando en la vida interna de su taller con las responsabilidades que esto exigía.

De allí se infiere que para Allende la relación entre política y masonería era no de subordinación, sino que de complementariedad. La logia no era para él una plataforma de captación de votos, era, en sus propios términos, el lugar donde se practicaba en pequeño lo que se aspiraba a construir en grande.

El Gran Orador Eduardo Muñoz Valdivieso, en el discurso que pronunció durante la ceremonia masónica fúnebre de Allende en 1990 —die-

⁵ Rocha, *op. cit.*, p. 88.

cisiete años después del golpe de Estado, cuando la Gran Logia de Chile rindió por fin un homenaje privado a su memoria— dejó constancia de que Allende “practicó una vida masónica regular dentro de las circunstancias” y que visitó logias “a lo largo de Chile durante muchos años”, lo que sugiere que su actividad masónica no se restringió a Hiram N°65 ni a Santiago, sino que formó parte de una presencia sostenida en la red institucional más amplia. La frase “dentro de las circunstancias” merece atención: reconoce implícitamente que las exigencias de la vida política limitaban su asistencia regular, sin que eso implicara abandono ni distancia ideológica.

El 4 de junio de 1949, la Gran Logia de Chile celebró su Asamblea anual. Entre los asuntos del orden del día figuraba la elección de autoridades para diversas instancias de la institución. En esa votación, sin haberse postulado para ningún cargo, Salvador Allende recibió 19 votos para integrar el Consejo de Beneficencia de la Gran Logia. Como no se alcanzó la mayoría absoluta requerida, la votación se repitió. En la segunda vuelta, Allende obtuvo 58 votos⁶.

El dato puede parecer menor, pero no lo es. En 1949, Allende llevaba catorce años en la Orden, se desempeñaba como senador por Valdivia, Llanquihue, Chiloé, Aysén y Magallanes, y era uno de los líderes más visibles del Partido Socialista. Que los delegados de distintas logias le entregaran espontáneamente —sin postulación, sin campaña previa— casi seis decenas de votos para integrar un órgano de la Gran Logia revela que su figura comenzaba a tener un peso real dentro de la institución, independiente de su militancia política.

Sin embargo, lo más sustancial de esa sesión fue la intervención que Allende realizó a continuación, en su calidad de diputado —es decir, de representante— de la Logia Hiram N°65 ante la Asamblea. El tema era la posición de la masonería chilena frente a la admisión de mujeres en la Orden. Allende presentó un voto de su logia en el sentido de que la mujer entrara a formar parte de la masonería al lado del hombre, y argumentó que el numeral 4 de la ponencia aprobada en el Convento masónico de 1940 estaba “restringiendo y parcelando la posibilidad de que la mujer entre a nuestra institución”⁷.

⁶ Actas de la Asamblea de la Gran Logia de Chile, 4 de junio de 1949.

⁷ *Ibidem*.

La posición era, en el contexto de la masonería de 1949, profundamente heterodoxa. La Gran Logia de Chile, como la mayoría de las obediencias suscritas a la regularidad anglosajona, era —y sigue siendo— una institución exclusivamente masculina. Proponer la admisión de mujeres desde la tribuna de la Asamblea era un cuestionamiento directo a uno de los pilares doctrinarios de la institución.

Allende era plenamente consciente de ello. Al presentar el voto, reconoció abiertamente que “esta asamblea no lo acogerá”, pero argumentó que “servirá para que en el día de mañana, basados en los hechos, pueda tener acogida” Y al cierre del debate, luego de varias intervenciones, terminó reconociendo que “las normas y conceptos básicos de nuestra institución pueden ser revisados, no podemos seguir manteniendo la doctrina antigua ante la realidad social contemporánea”⁸.

Esta intervención merece un análisis detenido, porque revela con precisión el modo en que Allende comprendía la masonería. Se trataba de un miembro que tomaba los principios declarados de la Orden —la libertad, la igualdad, la fraternidad— y los llevaba hasta sus consecuencias lógicas, incluso cuando esas consecuencias incomodaban a la institución. Si la masonería proclamaba la igualdad entre los seres humanos, ¿cómo podía excluir a las mujeres? La pregunta no la formuló en esos términos exactos, pero esa era su lógica. La misma lógica que lo llevaría, en 1948, a defender la libertad de asociación de los comunistas usando argumentos masónicos, y que lo llevaría, en los años setenta, a reclamar de la Orden un compromiso activo con la transformación social.

La postura fue derrotada en 1949, como él mismo anticipó. Pero el episodio tiene valor documental más allá de su resultado: muestra que el reformismo de Allende dentro de la masonería fue una posición temprana, sostenida desde los primeros años de su participación activa en la institución, y planteada en los espacios donde las decisiones se tomaban, no solo en los discursos públicos.

En 1952, Salvador Allende se presentó por segunda vez como candidato a la presidencia de la República, esta vez bajo el patrocinio del Frente del Pueblo, coalición integrada por el Partido Socialista y el Partido Comunista —este último en la clandestinidad debido a la Ley de Defensa de

⁸ Ibidem.

la Democracia. La campaña fue su segunda derrota electoral, obteniendo el 5,4% de los votos frente al triunfo de Carlos Ibáñez del Campo. Pero lo que interesa aquí no es el resultado electoral, sino lo que ocurrió dentro de la masonería durante esa campaña.

Las actas del Consejo de la Gran Logia de Chile registran, en su sesión del 18 de abril de 1952, que la Logia Hiram N°65 había enviado una circular a diversas logias del país solicitando apoyo para la candidatura de Allende. El Consejo analizó el hecho y resolvió comunicarle a la logia que en el futuro evitara comprometer el nombre del taller en actividades político-electorales⁹.

La reprimenda era leve en sus términos —una solicitud, no una sanción formal— pero significativa en su contenido. El Consejo no cuestionó la pertenencia de Allende a la Orden ni su candidatura como ciudadano. Cuestionó que la institución —a través de una de sus logias— se convirtiera en un actor de la campaña electoral. La distinción es la misma que el Gran Maestro García Valenzuela intentará sostener veinte años más tarde, con mucha mayor tensión y menor éxito: el hermano podía tener sus posiciones políticas, pero la logia no puede actuar como partido.

Lo que hace especialmente rico este episodio es su contrapunto. Apenas tres meses después, el 3 de julio de 1952, Allende —en su calidad de ex Venerable Maestro de Hiram N°65— solicitó formalmente una licencia masónica de cuatro meses para dedicarse a la campaña presidencial. La logia tramitó la solicitud ante el Consejo de la Gran Logia, que debía autorizar la ausencia temporal.

Los dos episodios son complementarios pero apuntan en direcciones opuestas. La circular de su logia mostraba el entusiasmo de los hermanos de Allende, dispuestos a movilizar la red masónica en favor de su candidato. La reprimenda del Consejo mostraba los límites que la institución intentaba imponerse a sí misma frente a la politización. Y la licencia de Allende mostraba algo distinto: que incluso en el momento de mayor dedicación a la política —una campaña presidencial de cuatro meses— el vínculo institucional con la masonería era para él lo suficientemente importante como para pedir permiso en lugar de simplemente ausentarse sin dar explicaciones.

⁹ Actas del Consejo de la Gran Logia de Chile, 18 de abril de 1952.

Concluido el cargo de ex Venerable Maestro en 1953, la información disponible sobre la vida masónica de Allende se vuelve significativamente más escasa. Las fuentes consultadas no registran cargos adicionales en su logia ni intervenciones documentadas en la Asamblea o el Consejo de la Gran Logia. Es muy probable que, a medida que su protagonismo político nacional se intensificaba —en 1953 fue reelegido senador—, su asistencia a las tenidas se hiciera más irregular.

Sin embargo, no equivale a distancia. Lo que sí puede decirse con certeza es que entre 1953 y 1955, Allende completó un ciclo masónico de veinte años que lo había llevado desde aprendiz en Valparaíso hasta Venerable Maestro en Santiago, desde la Cámara de Reflexión hasta la Asamblea de la Gran Logia. Era, en todos los sentidos que la institución reconocía, un masón formado, experimentado y con criterio propio. Lo que vendría después —las campañas presidenciales, la presidencia— no sería la historia de alguien que descubrió tardíamente la masonería, sino la de alguien que llegó a ese conflicto con veinte años de trayectoria institucional a sus espaldas y con una visión de la Orden que había sostenido de manera consistente desde su primera noche en la Cámara de Reflexión.

MASONERÍA Y POLÍTICA EN EL CHILE RADICAL (1938-1955)

Para comprender la trayectoria masónica de Allende en sus años de mayor actividad institucional, es necesario situarla en el contexto más amplio que podemos calificar como la “edad dorada” de la institución: el período que se extiende aproximadamente entre 1938 y 1952, coincidente con los tres gobiernos radicales de Pedro Aguirre Cerda, Juan Antonio Ríos y Gabriel González Videla. Durante esos catorce años, la relación entre el Partido Radical y la masonería alcanzó su punto de mayor densidad histórica, no porque ambas instituciones fueran formalmente lo mismo — de hecho no lo eran— pero compartían una base social, una tradición cultural y un proyecto de modernización del Estado que las hacía funcionar, en la práctica, como partes de un mismo entramado.

Esta etapa republicana fue también, en su fundamento, el proyecto de acceso de las clases medias al poder. Los gobiernos radicales articularon

al empleado público, al maestro de escuela, al médico, al ingeniero, al abogado de provincia como sujetos de un Estado que crecía para contenerlos y a través del cual ascendían. La masonería fue el espacio donde ese sujeto se formaba, deliberaba y construía sus lealtades.

Cuando el Frente Popular llevó a Pedro Aguirre Cerda a La Moneda en 1938, esa convergencia histórica adquirió expresión gubernamental directa. Aguirre Cerda era masón. Varios de sus ministros también lo eran. El Congreso albergaba una proporción significativa de parlamentarios con pertenencia a la Orden. Y la masonería, que durante el siglo XIX había librado sus batallas desde la oposición al poder clerical, se encontraba ahora en una posición inédita: sus miembros *eran* el poder. Esa posición traía consigo una tensión que la institución nunca resolvió del todo: ¿cómo mantener la neutralidad política formal cuando buena parte de la élite política del país pasaba por los templos?

Allende fue nombrado ministro de Salubridad, Previsión y Asistencia Social a los treinta años de edad, en el primer gabinete de Pedro Aguirre Cerda. Era el más joven de los ministros y, junto con ser masón, era médico: una combinación que en el Chile de la época no era inusual en la política radical, pero que en él adquiría una densidad particular. En 1939 publicó *La realidad médico-social chilena*, un libro de 250 páginas que es, simultáneamente, un diagnóstico de salud pública y un programa político¹⁰.

El libro documentaba con crudeza las condiciones sanitarias del país: Chile consumía per cápita la séptima parte de leche que consumía Estados Unidos, que un obrero chileno debía trabajar seis veces más que un trabajador norteamericano para comprar su pan, y diez veces más para adquirir un kilo de azúcar. Se trataba de un documento en el que Allende articuló por primera vez, de manera sistemática, la idea de que la salud era un derecho, y que el Estado tenía la obligación de garantizarlo.

Durante su gestión ministerial, Allende impulsó además un proyecto de ley que creó el Seguro de Accidentes del Trabajo, complementando una iniciativa anterior sobre seguridad obrera. En la década siguiente presentaría dos iniciativas legales adicionales: una que creó el Servicio Nacional de Salud y otra que amplió las funciones del Servicio de Seguro Social. Ambas fueron aprobadas en 1952. El hilo conductor entre el ministro de los

¹⁰ Rocha, *op. cit.*, p. 89.

años treinta y el legislador de los cincuenta es el mismo que conecta su primera respuesta en la Cámara de Reflexión con sus intervenciones en la Asamblea de la Gran Logia: la convicción de que los principios —masónicos o políticos— solo tienen valor cuando se traducen en instituciones concretas que cambian la vida de las personas.

Esta identidad política no era un secreto dentro de la masonería chilena. Era conocida y, para una parte importante de la institución, incómoda. La tradición masónica formal exigía neutralidad política: las logias no debían deliberar sobre política contingente ni comprometer el nombre de la institución en contiendas electorales. Allende, y los miembros de Hiram N°65 tendían a interpretar esa norma de manera flexible, en la convicción de que los principios masónicos de igualdad, libertad y fraternidad tenían implicaciones políticas inevitables que no podían ignorarse sin traicionar el espíritu de la Orden.

Esta tensión entre la norma formal de neutralidad y la vocación política de la logia explica, en parte, por qué Allende eligió Hiram N°65 como su logia en Santiago. Llegó a un espacio que compartía su lectura de la masonería, y dentro del cual sus posiciones más heterodoxas podían ser formuladas con el respaldo explícito del taller. La circular que Hiram N°65 envió a otras logias en 1952 pidiendo apoyo para la candidatura de Allende fue una decisión colectiva, lo que revela que la visión política que Allende representaba tenía raíces más profundas dentro de Hiram que las de un simple liderazgo personal.

El contexto histórico de la formación del Partido Socialista en Valparaíso entre 1931 y 1933 permite entender mejor esta confluencia. En esos años, las experiencias organizativas que convergieron en la fundación del PS —militantes de la República Socialista de junio de 1932, activistas sindicales— se articularon en un espacio político en el que las redes masónicas jugaron un papel de sustento informal, proveyendo vínculos de confianza, espacios de deliberación y una cultura asociativa que facilitó la organización¹¹. Hiram N°65 era, en ese sentido, parte de una trama más amplia

¹¹ Pérez, Claudio; Mendez, Ignacio, “Trayectorias militantes, experiencias organizativas e idearios políticos en la conformación del Partido Socialista de Chile en Valparaíso, 1931-1933” en: *Revista Divergencia* n.23, 2013.

en la que masonería y socialismo chileno se habían construido, parcialmente, con los mismos materiales humanos e ideológicos.

A pesar de ello, el peso real del socialismo al interior de la Gran Logia de Chile era modesto en comparación con la hegemonía radical. De hecho, las relaciones al interior de la Orden fueron tensas en la medida que los pactos políticos entre ambos partidos sufrían rupturas. Los masones radicales y socialistas contaban con un sustrato común, pero no eran lo mismo, y en ciertas circunstancias las diferencias se fueron ampliando.

Así sucedió, por ejemplo, el 14 de junio de 1948, cuando el Gran Maestro convocó a una reunión extraordinaria del Consejo a la que fueron citados los hermanos que ejercían funciones parlamentarias. El motivo era urgente: en el Congreso se debatía el proyecto de ley conocido como Ley de Defensa Permanente de la Democracia, promovido por el presidente Gabriel González Videla y destinado a proscribir al Partido Comunista, cancelar la inscripción electoral de sus militantes y eliminar su presencia en los organismos del Estado. La ley, que sería promulgada en septiembre de ese año y que los sectores de izquierda bautizarían para siempre como la “Ley Maldita”, dividió profundamente a la sociedad chilena y a la clase política. Y dividió también, como lo demuestra el acta de ese Consejo, a la masonería.

Salvador Allende fue el primero en tomar la palabra. Su intervención articuló dos objeciones de distinta naturaleza, pero de igual contundencia. La primera era de orden institucional: la masonería había sido lenta en manifestar su rechazo a quienes correspondía. Esta observación generó una interrupción inmediata del consejero de la Gran Logia, Germán Boisset Ortega, quien negó la tardanza y argumentó que se esperaba que los hermanos cumplieran con su deber de manera autónoma, sin necesidad de instrucciones explícitas de la institución. El intercambio, breve pero significativo, reveló una primera fractura: para Allende, la masonería tenía una responsabilidad institucional colectiva de pronunciarse¹²; para Boisset —y presumiblemente para una parte del Consejo— esa responsabilidad era individual, no organizacional.

La segunda objeción era de principio, y fue formulada con una claridad que el acta registra sin ambigüedades: casi todos los artículos de la ley “atentan contra la libertad de pensamiento, de reunión y de asociación”, y

¹² Actas del Consejo de la Gran Logia de Chile, 14 de junio de 1948.

en consecuencia “no se puede recurrir a un procedimiento antidemocrático para preservar la propia existencia de la democracia”¹³. El argumento era correcto en términos liberales: una democracia que se defiende suprimiendo derechos fundamentales se traiciona a sí misma. Y era, además, un argumento masónico: la libertad de conciencia, de reunión y de pensamiento son valores centrales de la tradición de la Orden.

La intervención de Allende desató una réplica que el acta recoge con igual detalle. El hermano Quintín Barrientos, diputado del Partido Radical, señaló que en ninguna parte del sur había escuchado a masones “respetables” oponerse a la idea esencial de poner atajo al avance del Partido Comunista. Y luego añadió una observación que apuntaba directamente a la coherencia del propio Allende: le recordó que fue él mismo quien en 1941 “quebró la unidad de izquierda lanzando el grito de guerra al partido comunista”, y que fue también el Partido Socialista —conducido por Allende— quien solicitó la inhabilitación de diputados comunistas electos. “Muchos no compartimos esta opinión —señaló Barrientos— y votamos en contra de la inhabilitación por considerar que era anticonstitucional, ilegal, que socavaba los fundamentos de la democracia”¹⁴.

La réplica de Barrientos tiene una eficacia histórica notable: usa contra Allende el mismo argumento que Allende usaba contra la ley. Si en 1941 el propio Allende había pedido la inhabilitación de diputados comunistas por razones políticas, ¿con qué autoridad se oponía ahora a una ley que, en el fondo, hacía lo mismo con mayor alcance? El cruce de argumentos no tiene una respuesta simple, y el acta no registra que Allende respondiera directamente a esa observación.

El contexto internacional de ese debate no puede ignorarse. En 1948, el mundo vivía los primeros años de la Guerra Fría, y en prácticamente todos los países del bloque soviético la masonería había sido prohibida, perseguida o directamente desmantelada. La Unión Soviética, Polonia, Hungría, Rumania, Bulgaria y Checoslovaquia —países donde la institución había tenido una presencia histórica significativa— habían suprimido las logias como parte de la consolidación de los regímenes comunistas. Para una parte de la masonería chilena, el anticomunismo era una cuestión de

¹³ Ibidem.

¹⁴ Ibidem.

autopreservación institucional. Si el comunismo triunfaba en Chile, la masonería podía correr la misma suerte que en Europa del Este. Esta tensión entre principios liberales y temor a la proscripción recorrió el debate de 1948 y reaparecería, en versión mucho más aguda, a partir de 1960.

En general, la masonería chilena no miraba con simpatía la ley, pero tampoco estaba dispuesta a defenderla abiertamente. El acta del Consejo refleja una institución atrapada entre sus principios declarados y sus temores reales.

El debate sobre la Ley de Defensa de la Democracia no era el único frente en que Allende debía defender su doble pertenencia al socialismo y a la masonería. Desde la Tercera Internacional, el Partido Comunista había establecido la incompatibilidad entre la militancia comunista y la pertenencia a la Orden, considerada una institución burguesa al servicio de los intereses del capital. Esa incompatibilidad, formalizada a comienzos de los años veinte, había dejado a la masonería en una posición paradójica: era sospechosa para la derecha clerical, que la veía como semillero de jacobinismo y subversión, y era sospechosa para la izquierda marxista ortodoxa, que la veía como club burgués. Allende habitaba ese espacio intermedio con una comodidad que sus adversarios de ambos lados encontraban difícil de comprender.

La presión por establecer una incompatibilidad similar dentro del Partido Socialista chileno se materializó en más de una ocasión durante el período analizado. En respuesta, Allende adoptó una posición que mantuvo de manera consistente a lo largo de toda su vida: rechazó la incompatibilidad y amenazó con abandonar el partido si esta se adoptaba. Su argumento, que expuso con mayor detalle en una entrevista con Régis Debray en 1970, partía de una premisa histórica: “el primer secretario general que tuvo el Partido Comunista francés fue masón”¹⁵, dijo, aludiendo a Louis-Oscar Frossard, para señalar que la incompatibilidad no era un principio universal del marxismo sino una decisión política de la Tercera Internacional en un momento histórico determinado.

Pero el argumento de Allende no era solo histórico: era también filosófico. Desde su punto de vista, no había contradicción real entre ser socialista y ser masón porque ambas tradiciones, correctamente entendidas,

¹⁵ Debray, Régis, *Conversaciones con Allende*, Siglo XXI, México, 1971, p. 60.

apuntaban en la misma dirección: hacia la construcción de una sociedad más justa, más libre y más igualitaria. La masonería que él defendía no era la masonería esotérica y ritualista que algunos de sus hermanos preferían: era la masonería republicana y laica del siglo XIX, la de su abuelo Ramón Allende Padín, la de los constructores de escuelas laicas y defensores de la educación pública. Esa masonería, argumentaba, era perfectamente compatible con el socialismo democrático que él propugnaba.

Esta lectura tiene sus propios límites interpretativos, y conviene señalarlos. La tradición masónica que Allende invocaba era real, pero no era la única tradición presente en la institución. Dentro de la Gran Logia de Chile coexistían, simultáneamente, radicales de izquierda y otros más conservadores, liberales de centro y masones derechamente conservadores que veían en la institución una garantía del orden establecido, y para quienes la política era una amenaza a la pureza ritual de la Orden. Allende elegía habitar el primero de esos mundos y proyectarlo como si fuera el único legítimo. La tensión que esa elección generaba con el resto de la institución era, en buena medida, la consecuencia inevitable de esa proyección.

¿Cómo resumir, sin caer en la hagiografía ni en la condena, la relación de Salvador Allende con la masonería durante los sus primeros veinte años en la Orden? Los testimonios de quienes lo conocieron convergen en algunos rasgos centrales, pero también permiten matices que una lectura complaciente tiende a ignorar. En una síntesis que circuló entre los masones de su entorno, se decía de él que «como político fue un gran masón y como masón, un gran político»¹⁶

Esa combinación —el respeto a los procedimientos formales junto con el cuestionamiento sistemático de los contenidos doctrinarios— es quizás el rasgo más característico de su relación con la masonería durante este período. Y es también el rasgo que permite entender por qué, cuando el conflicto se agudizó en los años siguientes, ninguna de las dos partes —ni Allende ni la institución— pudo resolverlo con facilidad: porque ninguna de las dos podía negar, sin mentir, que la otra tenía argumentos legítimos.

El masón que presidía tenidas y representaba a su logia ante la Asamblea pasó a ser, progresivamente, el político que visitaba los templos desde afuera, como figura pública que regresaba a la casa que lo había formado.

¹⁶ Reproducido en: Rocha, *op. cit.*, p. 91.

Esa transformación era el reflejo natural de la distancia creciente entre las exigencias de una carrera política de alcance nacional y los ritmos de la vida interna de una logia. Pero también anticipaba algo: que el próximo capítulo de su relación con la masonería ya no se escribiría principalmente en las actas de Hiram N°65, sino en los espacios donde la política y la institución se rozaban en público, a la vista de todos. La masonería como tribuna presidencial estaba a la vuelta de la esquina.

Sin embargo, lo que Salvador Allende no podía ver desde el sitial del Venerable Maestro de su taller era que la institución que lo había formado estaba, en esos mismos años, comenzando a redefinirse. Las señales venían de afuera: una presión creciente desde Londres sobre los criterios de regularidad, y en el horizonte, el fantasma de la Revolución instaló una pregunta que, por temor, la Gran Logia de Chile no podía ignorar: ¿qué le ocurriría a la masonería si un gobierno marxista tomaba el poder?

SEGUNDA PARTE
LA MASONERÍA ANTE
LA REVOLUCIÓN POSIBLE
(1955-1970)

Capítulo 3

LA GRAN LOGIA DE CHILE Y EL FANTASMA DE LA REVOLUCIÓN CUBANA

En diciembre de 1957, cuando dos candidatos masones competían por la presidencia de la República, el Consejo de la Gran Logia había rechazado intervenir para aproximar sus fuerzas: los candidatos representaban a sus partidos, no a la Orden. La negativa era elocuente, pero no era nueva. La Gran Logia de Chile había construido, a lo largo de la primera mitad del siglo xx, una cultura institucional que se reservaba el derecho de formar élites pero rechazaba asumir las consecuencias políticas de esa formación. La neutralidad era una opción sostenida con el argumento de preservar la esencia de la Orden. De allí, surge la siguiente pregunta: ¿por qué y cómo la cúpula de la Gran Logia de Chile consolidó esa neutralidad como política deliberada, precisamente cuando el continente latinoamericano ingresaba al ciclo de mayor aceleración ideológica de su historia contemporánea? La respuesta exige mirar dos procesos en paralelo: el que se desarrolló en el interior de la Gran Logia de Chile desde 1947, y el que se desplegó en el continente a partir de 1959 con la Revolución Cubana.

EL ENSAYO CHILENO: LA NEUTRALIDAD ANTES DE CUBA (1947-1952)

La neutralidad que la cúpula de la Gran Logia de Chile exhibiría ante los desafíos de los años sesenta no fue una invención de la Guerra Fría ni una reacción improvisada al castrismo. Tenía raíces en decisiones institucionales adoptadas una década antes, cuando el comunismo se convirtió por primera vez en un problema masónico concreto al interior de los talleres chilenos.

El 11 de enero de 1947, el Consejo de la Gran Logia discutió un caso que abriría una importante controversia entre sus miembros. Una logia de Antofagasta había rechazado la iniciación de un profano por el hecho de haber pertenecido al Partido Comunista, aunque ya no era militante. La pregunta que el episodio planteaba era incómoda: ¿podía la masonería, que se proclamaba tolerante y universalista, cerrar sus puertas a un ciudadano por sus convicciones políticas pasadas? El hermano Enrique Arriagada respondió con irritación evidente: el rechazo contradecía los principios masónicos que decían respetar todas las ideas y creencias. El hermano Mario Rosende, en cambio, recordó que el Partido Comunista había declarado en 1940 la incompatibilidad con la masonería, y sugirió que eso debía ser considerado. Arriagada replicó con vehemencia que la Orden no podía responder a un partido político “con la misma dictatorial orden del día”¹. El debate quedó inconcluso, pero había instalado una pregunta que no desaparecería.

El 23 de junio de 1947, el Gran Maestro René García Valenzuela retomó el asunto con mayor urgencia. El caso del hermano Castelblanco, elegido Venerable Maestro de la Logia 87 de Magallanes tras declarar públicamente su ingreso al Partido Comunista, había paralizado el taller: los oficiales se negaban a colaborar, la asistencia caía. García Valenzuela convocó una comisión integrada por el Primer Gran Vigilante, René Court Portales, el Gran Orador Roberto Aldunate y el consejero Juan Fuentes, con el encargo de estudiar la compatibilidad entre masonería y comunismo y entregar una orientación clara².

La comisión presentó su informe el 4 de agosto de 1947. La conclusión fue tan sólida en sus fundamentos como inconcluyente en sus consecuencias: no existía incompatibilidad institucional entre masonería y comunismo; la decisión debía dejarse a la conciencia individual de cada hermano. La masonería no profesaba ninguna teoría económica específica y no podía pronunciarse sobre la pertenencia de sus miembros a organizaciones políticas legales sin violar su propia tradición de tolerancia. El Consejo aprobó el informe por mayoría, pero la decisión no resolvió el problema: simplemente lo delegó³.

¹ Actas del Consejo de la Gran Logia de Chile, Santiago, 11 de enero de 1947.

² Actas del Consejo de la Gran Logia de Chile, Santiago, 23 de junio de 1947.

³ Actas del Consejo de la Gran Logia de Chile, Santiago, 4 de agosto de 1947.

El ciclo se cerró con un documento que revela mejor que cualquier acta el peso humano de estas tensiones. En su carta al Gran Maestro Orestes Frodden del 25 de junio de 1948, el presidente de la República, Gabriel González Videla, describía su intento frustrado de aplicar principios masónicos a la política de coalición. Había intentado, escribió, “reagrupar a las fuerzas de izquierda en un haz ordenado y fuerte, a fin de organizar un gobierno progresista, del tipo que preconiza la Orden, vale decir, democrático y vanguardista”. El intento había fracasado porque “fue más fuerte que mi masónico deseo, el odio que en todo el mundo ha separado violentamente al socialismo democrático del socialismo totalitario, y que en nuestro país ha abierto un abismo entre el Partido Socialista y el Partido Comunista”⁴.

La carta da cuenta de un presidente que había interiorizado el lenguaje y los principios de la Orden y los había aplicado a la política con la ingenuidad de quien confunde la fraternidad ritual con la fraternidad política. La conclusión que la institución extrajo de este ciclo fue táctica: la Gran Logia no podía acompañar activamente a quienes aplicaban sus principios en el espacio público, porque era en ese espacio donde esos principios se destruían. Ese aprendizaje de 1947-1952 fue el sustrato sobre el que la Revolución Cubana actuaría, a partir de 1959, como catalizador y amplificador.

CUBA: LA ADVERTENCIA CONTINENTAL

La relación de la Gran Logia de Chile con su homóloga cubana se había intensificado a partir de 1947 en el marco de la fundación de la Confederación Masónica Interamericana. Sin embargo, los lazos entre las autoridades se hicieron más sólidos en 1955, año en que la Isla hizo de sede de la CMI, cuya inauguración estuvo a cargo, nada menos, que de Fulgencio Batista⁵.

La Revolución Cubana de enero de 1959 fue para las organizaciones masónicas del continente, una sacudida institucional de primera magnitud. Cuba había sido históricamente una de las masonerías más poderosas y

⁴ Carta de Gabriel González Videla a Orestes Frodden, 25 de junio de 1948. En: Defensa de la Democracia, Cartas intercambiadas entre el Serenísimo Gran Maestro y S.E. el presidente de la República don Gabriel González Videla, 1948, p. 26.

⁵ Del Solar, Felipe, Historia de la Confederación Masónica Interamericana, CMI, La Paz, 2021.

arraigadas de América Latina: en 1958, la Gran Logia de Cuba contaba con 34.025 miembros activos y 340 logias⁶, cifras que la convertían en una de las más grandes del hemisferio. Su tradición databa del siglo XIX y estaba profundamente imbricada con la historia de la independencia nacional: Carlos Manuel de Céspedes, Máximo Gómez, Antonio Maceo y José Martí habían sido iniciados⁷. Esa trayectoria cívica y patriótica no fue suficiente para protegerla cuando la revolución radicalizó su rumbo.

La profundidad de esa tradición era también una cuestión de identidad nacional en el sentido más literal del término. La Orden había participado de manera decisiva en la elaboración de la Constitución cubana de 1901, cuya promulgación contó con la presencia activa de numerosos delegados con vínculos masónicos que introdujeron en el texto fundacional los principios de laicismo, libertad de conciencia e igualdad ante la ley que la masonería pregonaba desde sus orígenes⁸. Más aún: la institución había sabido adaptarse a cada coyuntura histórica adversa. A las prohibiciones coloniales de 1814 y 1895 había respondido reduciendo su actividad pública y actuando en la clandestinidad; a la dictadura de Machado en los años treinta la había enfrentado con una discreción calculada que le permitió sobrevivir sin exponerse; y al golpe de Batista en 1952 respondió con declaraciones de principio que reconocían la irregularidad del régimen sin comprometer la existencia de la institución. En todos esos episodios, la llave de la supervivencia había sido la misma: la capacidad de presentarse como una entidad cultural y filantrópica antes que política, reducir el perfil en los momentos de mayor peligro y retomar la actividad en cuanto el contexto lo permitía.

Esa historia de adaptaciones sucesivas era, para los masones chilenos que la conocían, una fuente de esperanza, pero también un interrogante de fondo: ¿existiría un umbral más allá del cual la adaptación se convertía en capitulación?

Lo que ocurrió a partir de 1959 en Cuba fue, en términos masónicos, una catástrofe de contornos más complejos de lo que los testimonios de

⁶ Romeu, Jorge Luis, "Estudio estadístico del auge y declive de la Gran Logia de Cuba durante el periodo de 1945 a 1980", en: REHMLAC. vol. 3, núm. 2, diciembre, 2011, p. 167.

⁷ Torres-Cuevas, Eduardo, *Historia de la masonería cubana. Cinco ensayos*, Ediciones Imagen contemporánea, La Habana, 2013. p. 259.

⁸ *Ibid.* p. 260.

los exiliados solían admitir. La membresía de la Gran Logia perdió 14.000 miembros en dos décadas⁹. Las causas fueron múltiples: emigración masiva de las clases medias y altas urbanas —que constituían el grueso de la membresía—, fallecimientos, bajas voluntarias motivadas por el temor a represalias laborales o políticas. El régimen, aunque no prohibió formalmente la masonería —a diferencia de lo que ocurrió en la Unión Soviética, la Alemania nazi o la España franquista—, sometió a las logias a una vigilancia constante, exigió actas detalladas de sus reuniones con los nombres de todos los asistentes, y envió señales inequívocas de que pertenecer a una organización considerada burguesa podía ser interpretado como falta de fervor revolucionario. La frase de Fidel Castro —”dentro de la revolución, todo; contra la revolución, nada”— era difícilmente conciliable con la filosofía de tolerancia y librepensamiento que la masonería había sostenido desde sus orígenes. Para los masones chilenos que seguían los acontecimientos desde Santiago, el caso cubano era una advertencia y, en cierta medida, un espejo.

Lo que ocurrió en la cúpula de la masonería cubana, sin embargo, era más complejo que la lectura que llegaba a Santiago filtrada por los exiliados. El historiador cubano Eduardo Torres-Cuevas documentó el proceso con precisión: el Gran Maestro Juan José Tarajano cometió el error de vincular a la institución al gobierno revolucionario, dictando un decreto para colaborar con él y comprometiendo 250.000 dólares para esa labor. Cuando el régimen respondió con desconfianza en lugar de gratitud, Tarajano cambió de rumbo, abandonó el país en diciembre de 1960 y declaró desde Miami que la masonería cubana estaba en manos comunistas, convocando a la Gran Logia de Florida a reconocerlo como jefe legítimo de una Gran Logia en el exilio¹⁰. Lo que Tarajano omitió en sus comunicaciones al mundo masónico norteamericano era que en la isla continuaban trabajando con regularidad más de 25.000 masones, y que su propia salida había sido un acto de delegación formal de funciones, no de huida forzada. La Gran Logia de Florida actuó sobre la base de informaciones unilaterales, reconociendo como legítima una institución en el exilio mientras ignoraba la existencia de una membresía real en territorio cubano: una decisión que constituía

⁹ Romeu, *op. cit.*, p. 167.

¹⁰ Torres-Cuevas, *op. cit.*, pp. 263-265

una violación de los principios masónicos internacionales y mostraba el carácter eminentemente político —antes que masónico— de esa postura.

Para los masones chilenos que seguían el *affaire* desde Santiago, la situación cubana presentaba dos lecturas simultáneas difícilmente conciliables. La primera era la del exiliado: la revolución había vaciado a la Orden cubana de sus cuadros más activos, sometido sus reuniones a vigilancia y convertido la pertenencia a la institución en un riesgo laboral y político. La segunda era la del observador atento: la Orden en Cuba había sobrevivido formalmente, continuaba operando y representaba a una membresía real. El problema era la presión cotidiana que hacía progresivamente más difícil ser masón sin que eso se tradujera en persecución declarada. Era una amenaza para la que la institución chilena no tenía categorías administrativas, porque ningún manual masónico describía cómo responder a una revolución que no prohibía formalmente las logias pero les hacía la vida imposible.

LA INFORMACIÓN LLEGA A SANTIAGO: CANALES, FILTROS Y LA CMI

La información sobre lo que ocurría en Cuba llegaba a la Gran Logia de Chile por dos canales principales. El primero era la Confederación Masónica Interamericana (CMI), organismo que funcionaba como red de comunicación entre las obediencias del continente y cuyas reuniones periódicas constituían el espacio donde las distintas logias compartían sus dificultades y sus conquistas. El segundo lo conformaban los propios hermanos cubanos que emigraban y, en su peregrinaje por las capitales latinoamericanas, hacían escala en Santiago o se comunicaban con sus pares chilenos. Ambos canales tenían limitaciones inevitables: la CMI operaba con la parsimonia propia de un organismo interamericano y tendía a producir declaraciones de principio antes que acciones concretas; los testimonios de los exiliados, por razones comprensibles, tendían a enfatizar la dimensión represiva del régimen por encima de sus matices internos. Pero en conjunto, proporcionaban al Consejo chileno una imagen bastante precisa de la situación en la isla.

La posición de la CMI ante el caso cubano revelaba, en sí misma, las tensiones que atravesaban a toda la masonería latinoamericana. El organismo continental había reconocido en un primer momento a la Gran Logia de

Cuba en el exilio, pero posteriormente, tras estudiar la situación con mayor detenimiento, concluyó que mientras la obediencia en la isla continuara funcionando sin ser disuelta ni ver encarcelados a sus dirigentes, no había razón para suspender las relaciones. Era una solución pragmática que buscaba preservar el vínculo con los hermanos que habían optado por quedarse, pero que implicaba también una forma de reconocimiento implícito a un organismo que operaba bajo supervisión del régimen. La Gran Logia que permanecía en Cuba representaba, para la CMI, la continuidad histórica de la Orden en la isla. De este modo, la CMI reproducía a escala continental el mismo dilema que el Consejo chileno enfrentaba a escala nacional: cómo defender valores sin quedar aislado de quienes los practican bajo condiciones adversas.

EL TESTIMONIO DE PIÑEIRO

El momento de mayor complejidad llegó en noviembre de 1962, cuando el Consejo recibió en su sede al ex Gran Maestro de la Gran Logia de Cuba, Carlos Piñeiro del Cueto. Su sola presencia era ya una declaración: Piñeiro era un exiliado, alguien que había tenido que abandonar su país y su Orden para preservar su libertad y, posiblemente, su vida.

Piñeiro comenzó estableciendo lo que para él era una verdad fundamental: la Gran Logia de Cuba jamás se había mezclado en asuntos políticos, pero sí había defendido siempre la democracia, y esa defensa era, en su entender, el ejercicio de los propios principios masónicos. El problema, narró, comenzó con el Gran Maestro Tarajano, quien cometió el error de vincular a la institución al gobierno revolucionario, dictando un decreto para colaborar con él. La medida provocó gran malestar entre los miembros; durante ocho meses solo logró reunir el diez por ciento de lo comprometido. El régimen, lejos de agradecer el gesto, consideró a la masonería enemiga de la revolución y comenzó a tomar medidas en su contra. Tarajano entonces “nombró un gabinete en el cual incluyó a 21 miembros del partido comunista que se habían infiltrado en la Orden”, llegando incluso a designar como Gran Tesorero al presidente del Partido Comunista cubano. Sin embargo, al poco tiempo cambió de opinión, huyó a Estados Unidos y desde allí declaró que la masonería cubana estaba en manos del Partido Comunista:

“En septiembre de ese mismo año, 1962, habían sido fusiladas cien personas en Cuba, de las cuales veintisiete eran masones. El Gran Templo era constantemente allanado. El Gran Maestro estaba preso. Existía un movimiento masónico clandestino que actuaba con tal reserva que ni el propio Piñeiro podía conocer cómo estaba organizado.”¹¹

Lo que el testimonio de Piñeiro dejaba en evidencia ante el Consejo chileno era la anatomía de un fracaso institucional de primer orden: una masonería que había intentado acompañar a la revolución había perdido su autonomía; otra que había intentado huir de ella había perdido su legitimidad; y masones que permanecían en la isla quedaban atrapados en el medio, sin protección internacional y bajo vigilancia permanente. El Gran Maestro Tarajano había cometido, en versión latinoamericana y a escala acelerada, el mismo error que González Videla había cometido en Chile diez años antes: creer que los principios masónicos podían gobernar la política cuando la política había decidido que ya no necesitaba de esos principios. La diferencia era que en Chile la lección había costado una ley de excepción y una retirada institucional; en Cuba había costado la institución misma.

Para los miembros del Consejo de la Gran Logia de Chile que escucharon a Piñeiro en noviembre de 1962, el relato era una advertencia proyectada hacia el futuro propio. En el horizonte político chileno se perfilaba, con creciente nitidez, la posibilidad de que Salvador Allende llegara a La Moneda. ¿Qué podía aprender la Gran Logia de Chile de la experiencia cubana? La respuesta que el Consejo comenzaba a construir, sin formularla aún de manera explícita, era que la única protección institucional disponible era la distancia: el blindaje de la cúpula frente a cualquier posicionamiento que pudiera ser leído —desde fuera o desde dentro— como respaldo a un proyecto político determinado.

A pesar de todo, el caso cubano se convirtió en una preocupación para la masonería chilena. En septiembre de 1962, el Consejo estudió el programa de la próxima reunión de la CMI y las consecuencias políticas que podían derivarse del voto de adhesión a la Alianza para el Progreso, que ya

¹¹ Actas del Consejo de la Gran Logia de Chile, 15 de noviembre de 1962.

había “desencadenado persecución de la masonería en Cuba”, según se consignó expresamente en el acta¹².

La evolución de la masonería cubana bajo el castrismo confirmó, con el paso de los años, esa lógica de adaptación y sobrevivencia. Julio Martínez García concluye que la Gran Logia de Cuba logró mantenerse operativa por diferentes factores: su larga trayectoria cívica, su heterogeneidad socioeconómica, por la participación de muchos de sus miembros en la lucha contra Batista, y a sus conexiones internacionales, entre las que se mencionaba explícitamente los vínculos masónicos del expresidente Lázaro Cárdenas de México y Salvador Allende de Chile, con las logias cubanas¹³.

LA GESTIÓN POR CUÉLLAR: LA NEUTRALIDAD DELEGADA

La dimensión más concreta de esa relación llegó en agosto de 1966, cuando la CMI solicitó ayuda a la Gran Logia de Chile para salvar la vida del hermano Antonio Cuéllar, un masón cubano cuya vida peligraba bajo el régimen. En el Consejo, el consejero Mauricio Flisfich sugirió solicitar la cooperación de Salvador Allende para que intercediera personalmente ante Fidel Castro, del que era amigo personal¹⁴.

La respuesta de Allende fue rápida. El 12 de agosto de 1966, envió una carta al Gran Maestro informando que cumpliría la misión que le habían encomendado ante el gobierno de Cuba a favor del hermano Cuéllar, comenta que “por vía postal segura” solicitará clemencia, pero igualmente manifiesta algún grado de molestia por las suspicacias contra el régimen de Cuba:

“debo advertiros que realizaré esta gestión, por haberme sido ella solicitada a través de vuestro elevado intermedio y a pesar de que no puedo ignorar las graves taras de que adolecía la Orden en Cuba en el periodo batistiano y la labor antipatriótica en que se encuentran em-

¹² Actas del Consejo de la Gran Logia de Chile, 27 de septiembre de 1962.

¹³ Martínez, Julio, “Masonería y Cuba: la evolución de la orden en la isla y su relación con el castrismo”, en: Mundo histórico. Revista de Investigación, Ávila, N°1, 2017, p. 226.

¹⁴ Actas del Consejo de la Gran Logia de Chile, 11 de agosto de 1966.

peñados quienes movilizan desde Estados Unidos la agresión contrarrevolucionaria –sin escrúpulos de ninguna especie y después de haberse esforzado en fraccionar a la institución, cuyo funcionamiento en Cuba es regular, al tenor de mis informaciones. Por otra parte, la justicia es ejercida en la Isla dentro del mecanismo de tribunales ordinarios y el procedimiento judicial brinda garantías normales”¹⁵

La respuesta de Allende no dejaba espacio a la ambigüedad. Aceptaba la gestión, pero en los mismos términos marcaba su posición de respeto por la Revolución cubana, a la que consideraba un régimen donde funcionaban con plenitud las garantías institucionales.

No hay en las actas ningún detalle sobre el resultado final de la gestión, pero la celeridad de la respuesta y el tono de la comunicación sugieren que tomó el encargo con seriedad. La amistad entre Allende y Castro era el resultado de una relación política construida desde los primeros años de la Revolución Cubana y consolidada a través de visitas, discursos y declaraciones de solidaridad que Allende había prodigado durante toda la década de 1960. Para Allende, Cuba representaba la demostración de que el socialismo era viable en América Latina y de que una revolución podía transformar radicalmente una sociedad sin que el continente norteamericano pudiera impedirlo si existía suficiente voluntad popular. Para Castro, Allende era la prueba de que la izquierda latinoamericana podía ganar elecciones sin recurrir a las armas, lo que le daba un interés estratégico en su éxito que iba más allá de la simple solidaridad ideológica. Esa complementariedad creaba entre ellos una confianza que, en el caso Cuéllar, resultó instrumental.

El Consejo masónico chileno, al pedirle a Allende que intercediera, estaba aprovechando no solo su condición de hermano sino la densidad política de esa relación, que incluía canales de comunicación directa con el gobierno cubano que ningún otro hermano de la Gran Logia tenía. Era una operación delicada, porque implicaba usar vínculos políticos con el marxismo para resolver un problema masónico; pero era también la única operación posible, pues la Gran Logia no tenía embajada en La Habana, y Allende tenía algo más efectivo: un interlocutor directo.

¹⁵ Carta de Salvador Allende a Aristóteles Berlendis Sturla, Gran Maestro de la Gran Logia de Chile, 12 de agosto de 1966.

LA DOCTRINA DEL SILENCIO

El período que va de 1947 a 1966 produce dentro de la Gran Logia de Chile una doctrina consolidada. No está escrita en ningún documento, pero se fue sedimentando, silenciosamente, en la acumulación de las decisiones: la conclusión de 1947 que delegó la incompatibilidad a la conciencia individual; la frustración de González Videla que enseñó que los principios masónicos no sobreviven al contacto directo con la coalición política; la negativa de diciembre de 1957 a intervenir electoralmente; la lección de septiembre de 1962 sobre los efectos continentales de los gestos institucionales; y la ayuda en el caso Cuéllar en 1966.

El resultado de ese proceso fue la neutralidad entendida como condición de supervivencia institucional en un mundo que exigía lealtades absolutas. La Gran Logia de Chile, miembro de una red continental que había visto desaparecer obediencias hermanas en la Europa soviética y que había asistido al traumático colapso de la Orden cubana —en parte por exceso de compromiso con el régimen, en parte por la precipitada huida de su propia cúpula—, no podía ignorar que tomar partido era el camino más corto hacia la proscripción. Desde esa perspectiva, la neutralidad era la política más responsable disponible: la que preservaba la institución para el día en que los tiempos cambiaran.

Lo que esta doctrina omitía, o prefería no ver, era su costo interno. En las bases masónicas, en los talleres donde seguía viva la tradición latina de acción pública, la neutralidad de la cúpula era vista como la renuncia a su tradición fundacional. El Gran Hospitalario, Manuel Tello, que en noviembre de 1961 había señalado que el mundo marchaba rápidamente hacia la izquierda, estaba describiendo el estado de ánimo de una parte significativa de la masonería de base. Y Salvador Allende, que llevaba más de veinticinco años en la Orden con una comprensión radicalmente distinta de lo que la masonería debía hacer, era el representante más articulado y más políticamente visible de esa fractura.

Cuando en abril de 1964 Allende compareció ante el Consejo para explicar su candidatura presidencial y su relación con el marxismo, la institución que lo recibió era ya, en sus estructuras de decisión, la Gran Logia que había elegido la neutralidad como política deliberada. Esa elección no era nueva: tenía veinte años de sedimentación doctrinal y una cúpula que

la sostenía con convicción. Lo que ninguno de los dos lados podía saber todavía era cuánto le costaría a la institución sostener esa distancia cuando el hermano candidato dejara de serlo.

Capítulo 4

ALLENDE CANDIDATO: LA MASONERÍA COMO TRIBUNA DE DEBATE POLÍTICO

Entre 1955 y 1970, la relación entre Salvador Allende y la Gran Logia de Chile atravesó un período de tensión. En el transcurso de esos quince años, Allende se presentó tres veces más a la presidencia de la República —con un creciente caudal electoral— y en ese mismo lapso utilizó los espacios masónicos con una frecuencia que no tenía precedentes en la historia de la institución. El templo dejó de ser exclusivamente un lugar de perfeccionamiento para convertirse, en parte, en escenario de un debate político de primer orden. Esa transformación no fue pacífica: generó adhesiones entusiastas, resistencias profundas y una crisis institucional que las autoridades de la Orden tardaron años en procesar.

El arco que va desde la elección presidencial de 1958, donde Allende compitió por segunda vez, hasta la Tenida Extraordinaria del 28 de octubre de 1970, cuando fue recibido como Presidente Electo de la República, constituye uno de los episodios más singulares de la historia masónica chilena. En él se condensan las contradicciones propias de una institución que proclamaba la neutralidad política como principio cardinal, pero que albergaba en su interior a hombres profundamente comprometidos con diferentes opciones políticas.

DOS CANDIDATOS MASONES: EL ESCENARIO ELECTORAL DE 1958

La campaña presidencial de 1958 colocó a la Gran Logia de Chile ante una situación institucional incómoda. Por primera vez en la historia republicana, dos de los principales candidatos a la presidencia eran hermanos de la

Orden: Salvador Allende Gossens, representante del FRAP —coalición de partidos de izquierda que incluía al Partido Socialista y al Partido Comunista— y Luis Bossay Leiva, candidato del Partido Radical. A ellos se sumaba Jorge Alessandri Rodríguez, quien pertenecía al sector independiente de derecha. La situación era, en palabras que habrían resultado incómodas para cualquier Gran Maestro, la de una Orden que se veía enfrentada a verse representada simultáneamente en bandos políticos opuestos, sin que ninguna cantidad de retórica sobre la neutralidad pudiera disimular la tensión que esto producía al interior de los talleres.

Las actas del Consejo de la Gran Logia de Chile registran que el 12 de diciembre de 1957 —es decir, en la antesala de la elección de septiembre de 1958— la logia Superación N°21 elevó una solicitud explícita al Gran Maestro para que interviniera en el proceso político:

“La logia N°21 sugiere que el Gran Maestro que intervenga para lograr la unión de las fuerzas de izquierda a través de un candidato masón para las presidenciales que se avecinan. El Gran Maestro concuerda en el anhelo de que las fuerzas de izquierda se unan, pero ve difícil la misión que le encomiendan, debido a que los dos candidatos masones no representan a la Orden, sino que a sus partidos”¹

La respuesta del Gran Maestro era, al mismo tiempo, un diagnóstico lúcido y una negativa pragmática. Reconocía el problema sin asumir el costo político de resolverlo. En la misma sesión, el consejero Héctor Arancibia expresó que era preferible «mantener independencia y estar al margen de los partidos», mientras reconocía abiertamente que la candidatura de Eduardo Frei Montalva representaba «una presión del Vaticano en sus ansias para realizar sus designios.» Esta afirmación, característica del anticlericalismo masónico de larga data, revelaba que la supuesta neutralidad tenía contornos bien definidos: la Orden no tomaría partido entre Allende y Bossay, pero sí percibía con alarma el avance de la Democracia Cristiana, a la que consideraban un partido confesional. En esa misma línea, el consejero Hugo Arias planteó una alternativa menos ambiciosa que la unificación política:

¹ Actas del Consejo de la Gran Logia de Chile, 12 de diciembre de 1957.

“Si no es posible la unión de las fuerzas de izquierda, se podrían al menos buscar la manera de hacer menos áspera y más armónica la lucha entre los HH. Bossay y Allende, evitando que se llegue a un terreno violento”²

La preocupación no era, en sentido estricto, doctrinaria. Era institucional: la Orden temía verse dañada por el enfrentamiento entre dos de sus hermanos prominentes. Lo que Arias proponía era, en el fondo, una forma de arbitraje que mantuviera la unidad de la institución por encima de los conflictos políticos. La petición no prosperó formalmente, pero da cuenta de hasta qué punto la campaña presidencial había penetrado al interior de los talleres. La elección de septiembre de 1958 la ganó finalmente el conservador Jorge Alessandri Rodríguez con una ventaja estrecha sobre Allende. Fue la segunda derrota del candidato socialista en una contienda presidencial, pero no sería la última.

EL CANDIDATO ANTE EL CONSEJO: MARXISMO Y MASONERÍA EN DEBATE (1961-1964)

La derrota de 1958 no desanimó a Allende. Por el contrario, en los años siguientes intensificó su presencia en los espacios masónicos, buscando activamente la comprensión —y en algunos casos el respaldo— de sus hermanos para una tercera candidatura. Esta estrategia implicaba enfrentar de frente la pregunta que más incomodaba a la institución: ¿era compatible el marxismo con la pertenencia a la Orden?

El Acta del Consejo de la Gran Logia de Chile del 15 de noviembre de 1961 registra una reunión en la que el Gran Maestro informó haber tenido “una larga reunión con el hermano Salvador Allende”, quien había manifestado su interés en asistir al Consejo para “explicar la posición que tiene en la masonería y su relación con el partido político que lo llevaría como candidato a la Presidencia de la República.” La noticia generó de inmediato una división entre las autoridades. El consejero Gustavo Fricke expresó su preocupación:

² Ibidem.

“Quedé preocupado después de la asamblea donde el hermano Allende planteó que era partidario de la doctrina marxista y que la aplicaría en su campaña. Considero que sería útil, antes de la reunión, que un hermano versado en estas materias proporcionara en forma imparcial, precisa e histórica antecedentes respecto a sus fundamentos y aplicación. soy de la idea que el marxismo es incompatible con las doctrinas masónicas”³

La posición de Fricke representaba una corriente genuina al interior de la Orden. Desde la perspectiva de este sector, el marxismo —en cuanto doctrina materialista y en cuanto práctica de gobierno en los países del bloque comunista— era incompatible con los principios de la Francmasonería, que afirmaban la libertad de conciencia y la democracia representativa. Esta preocupación no era abstracta: ya analizamos cómo la Revolución Cubana y sus consecuencias para la masonería caribeña habían instalado en la Orden chilena un temor concreto sobre lo que podría ocurrir si un marxista llegaba al gobierno. Frente a esta postura, el Gran hospitalario, Manuel Tello, sostuvo que no veía inconveniente en escuchar a Allende, “sobre todo cuando se observa que el mundo marcha muy rápido hacia la izquierda.” Mientras que Ignacio Lorca, Primer Gran Vigilante, expresó una preocupación de signo inverso: que la reunión pudiera “trascender a la prensa como que la Gran Logia de Chile apoya la candidatura, lo cual va a producir confusión en las logias”⁴.

La discusión de 1961 anticipaba con notable precisión los problemas que aflorarían tres años después. En ella ya estaban presentes los tres ejes del conflicto: la cuestión doctrinaria sobre la compatibilidad marxismo-masonería, la preocupación por la imagen pública de la institución, y la tensión entre los hermanos que veían en Allende un masón legítimo y aquellos que lo consideraban un riesgo para la Orden. La reunión finalmente se realizó, y el 2 de abril de 1964 —a pocos meses de la elección presidencial de septiembre de ese año— Allende compareció ante el Consejo de la Gran Logia para hacer su exposición frente a las autoridades de la masonería chilena..

³ Actas del Consejo de la Gran Logia de Chile, 15 de noviembre de 1961.

⁴ Actas del Consejo de la Gran Logia de Chile, 15 de noviembre de 1961.

El Gran Maestro introdujo a Allende destacando “la profunda devoción con que el hermano Allende se siente ligado a la Masonería, devoción nacida de su tradición familiar —fue su abuelo Gran Maestro, médico eminente en Chile, defensor constante de la cultura— y sus condiciones de cumplidor con la Orden, extraordinariamente disciplinado y deferente al Gran Maestro, quien sea esté al frente del cargo”⁵.

En su intervención, Allende comenzó evocando la deuda que su familia tenía con la Orden. Recordó que su abuelo Ramón Allende Padín había muerto siendo Gran Maestro, sin dejar bienes materiales, y que la masonería había donado a su abuela dos casas —una para habitar y otra para arrendar— con el fin de que pudiera educar a sus hijos. Esta referencia inicial no era retórica: establecía una genealogía afectiva e institucional que Allende utilizaba conscientemente para recordar a sus hermanos que su pertenencia a la Orden no era reciente, sino parte de una identidad heredada.

A continuación, Allende abordó directamente la cuestión que más dividía al Consejo:

“Ha expuesto también el significado del movimiento popular que representa y del cual es candidato a la Presidencia de la República por segunda vez. Siempre he querido que nuestros propósitos sean ampliamente conocidos dentro de la Orden. Porque indiscutiblemente para algunos o muchos hermanos, pudiera parecer incomprensible que determinados miembros de la Institución adopten en el mundo profano una actitud beligerante que en apariencia no pudiera estar dentro de la acción que corresponde a un hombre a quien preparó la Orden. Y por ello, también, se ha empeñado en señalar que, por el contrario, los principios esenciales de la Francmasonería, de fraternidad, igualdad y libertad, son precisamente los que están ausentes en el mundo profano”⁶

El argumento era de una coherencia interna notable: si los principios de la Orden —Libertad, Igualdad, Fraternidad— no existían en la sociedad real, entonces la acción política orientada a realizarlos era una consecuen-

⁵ Actas del Consejo de la Gran Logia de Chile, 2 de abril de 1964.

⁶ Actas del Consejo de la Gran Logia de Chile, 2 de abril de 1964.

cia natural del compromiso masónico, no una contradicción. Allende ilustró esta tesis con ejemplos concretos de desigualdad: la diferencia entre el jornal de un campesino y las utilidades de un director de empresas; la falta de legislación sindical en el campo; la incapacidad legal de los trabajadores agrícolas para recurrir a los tribunales del trabajo. Frente a estas condiciones, sostuvo:

“Hay algunos grupos que lo tienen todo y hay vastos sectores que no tienen nada; por lo tanto, desde el punto de vista humano y social, tenemos la obligación —como lo dice el ritual de iniciación— de luchar en el mundo profano por convertir en realidad los postulados de la Orden”⁷

Luego abordó la pregunta más directa: si su partido le había planteado la incompatibilidad entre el marxismo y la masonería. Señaló que había defendido su derecho a pertenecer a ambas. Y refiriéndose al programa del FRAP, lo caracterizó como revolucionario “en el sentido de la profundidad de los cambios, en la responsabilidad ciudadana y en la vida moral, pero no por el empleo de la violencia, el atropello o el desconocimiento de la personalidad humana”. Esta distinción —revolución sin violencia— era central en la propuesta política de Allende, pero también constituía la respuesta más directa a quienes, dentro de la Orden, temían que una eventual victoria de la izquierda replicara lo sucedido en Cuba.

Allende cerró su intervención con una frase que sintetizaba su relación con la masonería con una intensidad poco frecuente en ese tipo de documentos:

“Como masón lo único que quiero es que mis hermanos sepan que yo creo que la Orden puede ser un gran factor moral y un gran factor de ayuda para un masón que desea hacer algo al servicio de Chile”⁸

La exposición de Allende ante el Consejo generó reacciones que permiten reconstruir con precisión el mapa de posiciones al interior de la

⁷ Ibidem.

⁸ Ibidem.

Orden. El consejero Alejandro Lazo fue el primero en tomar la palabra: calificó la exposición de “brillante, clarísima, de un desarrollo objetivo que no puede dejar de impresionar a cualquier hermano”, y felicitó a Allende por su “franqueza y valentía.” El consejero Alfonso Asenjo señaló que el pensamiento de Allende estaba “enteramente de acuerdo con los Principios de la Orden” y que al señalar los causes institucionales de su propuesta “ha demostrado amplio respeto por los medios legales”⁹

Desde una posición más ambivalente, el consejero Hugo Arias planteó la pregunta que muchos no se atrevían a formular directamente: ¿cuál sería el futuro de la Orden durante su administración? Recordó que “donde impera el socialismo marxista la masonería ha sido proscrita”, y que por eso se había establecido la incompatibilidad entre ambas doctrinas. No pedía garantías personales de Allende, sino de los partidos que lo acompañaban. Allende respondió que los partidos que lo apoyaban conocían su pertenencia a la masonería y la respetaban, y que podía dar su garantía personal, aunque no podría aceptar una declaración escrita de sus aliados políticos.

El Gran Tesorero, Horacio González Contesse, expresó la misma aprensión que Arias, pero agregó un elemento significativo: señaló que le gustaría que otro partido viniera a “engrosar esa combinación política que lo apoya a fin de evitar asonadas militares, intervenciones extranjeras, etc.” Esta preocupación —la estabilidad institucional como condición para la viabilidad del proyecto allendista— anticipaba en términos masónicos los debates que sacudirían al país entre 1970 y 1973. Y luego añadió una reflexión un tanto críptica: “Si esta fuera la última elección que presenciara el país y estuviéramos recibiendo al hermano elegido en ella, Chile estaría frente a una gran tragedia”¹⁰.

La resistencia más explícita provino del Consejero Pedro Castelblanco, quien por ese entonces dirigía el Supremo Consejo del grado 33, quien planteó directamente su discrepancia: tenía “la seguridad absoluta de que existe incompatibilidad entre el marxismo y la Orden” No dudaba de la palabra personal de Allende, pero sus colaboradores “no le merecen ninguna confianza.” La “precaria supervivencia de la institución en los países ocu-

⁹ Ibidem.

¹⁰ Ibidem.

pados” era, a su juicio, la prueba más contundente de esa incompatibilidad¹¹. El consejero Gustavo Fricke, por su parte, matizó su posición inicial: al término de la reunión dijo haber “escuchado una exposición muy grata y de una jerarquía masónica extraordinaria”, aunque no retiró su preocupación de fondo. El hermano Manuel Tello sintetizó el ala favorable al señalar que “la Orden tiene una base socialista como lo es la divisa Libertad, Igualdad y Fraternidad”.

El debate del 2 de abril de 1964 no produjo ninguna resolución formal. No podía producirla. Hacerlo habría significado que la Gran Logia tomaba partido, ya fuera a favor o en contra de Allende, en una disputa política que sus propias normas le impedían zanjar institucionalmente. Lo que sí produjo fue una división interna que afloraría en las semanas siguientes con consecuencias imprevistas.

La masonería chilena se encontraba en un dilema difícil de solucionar, si bien existían simpatías hacia Salvador Allende, sus vínculos con el Partido Comunista y su marxismo declarado hacían difícil que la Orden mostrara simpatías frente a una opción política que podía proscribirla. Sin embargo, en el bando contrario, la Democracia Cristiana era vista como un partido confesional y como una versión soterrada del falangismo, corriente que en España prohibió a la masonería, y produjo una de las oleadas represivas más feroces de las que se tenga registro en la historia de la Orden. Así las cosas, las autoridades de la Gran Logia de Chile se encontraban en un callejón sin salida.

LA MASONERÍA COMO TRIBUNA POLÍTICA: LA CRISIS DE JUNIO DE 1964

La visita de Allende al Consejo tuvo consecuencias que el Gran Maestro no había anticipado con suficiente claridad. El hecho se filtró a la prensa, y en junio de 1964 la Gran Logia enfrentó una crisis de imagen que obligó a sus autoridades a examinar lo que estaba ocurriendo al interior de los talleres:

¹¹ Ibidem.

“El Gran Maestro dice que ha citado para analizar el momento de extraordinaria inquietud política que viven las logias del país con motivo de las próximas elecciones presidenciales. El apasionamiento político ha sobrepasado los límites tolerables y pone en evidencia una acción meditada en contra de nuestra Augusta Orden. Las indiscreciones cometidas últimamente, en especial la verificada en la última asamblea de la Gran Logia, demuestran el propósito de informar a la opinión pública lo que está haciendo la institución”¹²

La gravedad del asunto quedaba de manifiesto en una afirmación: “dos periodistas estuvieron en el local y en la tenida en que se recibió al hermano Allende” La presencia de periodistas en un espacio cuya reserva era uno de sus principios fundacionales era, en lenguaje masónico, una violación grave al secreto de la Orden. Pero la preocupación de las autoridades iba más allá del caso puntual. El hermano Fricke señaló que en cada logia que visitaba escuchaba “los mismos términos, los mismos giros retóricos para manifestar que la Orden está caduca, los rituales añejos, la acción profana nula y que no existe ningún aliciente para la juventud.” El consejero Mauricio Flisfisch, añadió que la filtración tenía “un carácter diferente” respecto a las habituales: alguien iba a los medios para señalar que “la Orden tiene una orientación política dada”. Fue el hermano Eduardo González quien formuló el diagnóstico más contundente:

“La masonería ha pasado a ser una tribuna política de primer orden. Hay interés en mantener la Orden no en su posición doctrinaria, sino definida en una actitud de militancia. Tiene evidencia que el resultado de las futuras elecciones presidenciales va a provocar una crisis dentro de la masonería. Sugiere eliminar trabajos relativos a la situación política del país y que las logias se dediquen al conocimiento de los rituales y otros temas masónicos”¹³

Lo que las autoridades de la Gran Logia procesaban como una infiltración, era también —visto desde el otro lado— una estrategia deliberada.

¹² Actas del Consejo de la Gran Logia de Chile, 19 de junio de 1964.

¹³ Ibidem.

Oswaldo Puccio, secretario personal de Allende y masón, lo reconocería años más tarde en sus memorias con una franqueza que las actas del Consejo no podían capturar:

“Nosotros quisimos movilizar antes del año 64 a la masonería en favor de Allende, ya que el otro candidato era católico y contaba con el apoyo de la Iglesia. Organizamos varias reuniones. De todas las logias invitamos a alguna gente. Finalmente los masones dieron una gran comida, en el club Audax Italiano. Asistieron unas 400 o 500 personas. ¡En todo Chile no hay más de unos 4000 masones! Son gente de mucha influencia política, social y económica. Era Serenísimo Gran Maestro de la Gran Logia de Chile, en ese momento, don Aristóteles Berlendis, un tipo sanguíneo, de ascendencia italiana, que tenía una posición radical de izquierda. Emocionalmente, si bien no abiertamente, estaba con Allende”¹⁴.

La descripción que Puccio hace de Berlendis es reveladora: el Gran Maestro era emocionalmente simpatizante, pero políticamente cauto. Cuando Puccio fue a invitarlo personalmente al banquete, Berlendis se excusó alegando que su señora estaba enferma. “Eso no era cierto —recuerda Puccio—, era una forma de no matricularse 100 por ciento. Pero redactó una carta de excusa.” La posición de Berlendis condensaba la del aparato institucional en su conjunto: apoyo implícito, distancia formal. El problema surgió cuando el entorno de Allende decidió hacer pública esa ambigüedad.

“Esa comida con los masones, la publicamos después en *Vistazo*, una revista del Partido Comunista. Publicamos incluso la excusa del Serenísimo. Esto causó gran revuelo dentro de la masonería. Entre los masones había ya sectores bastante reaccionarios. El Serenísimo me llamó y me preguntó quién había lanzado la publicación. Le contesté que no lo sabía. Entonces, quiso saber cómo había sido posible que publicaran su excusa. ‘-Muy sencillo -le contesté- al leerla yo, la grabaron’”¹⁵

¹⁴ Puccio, Oswaldo, *Un cuarto de siglo con Allende. Recuerdos de su secretario privado*, Editorial Emisión, Santiago, 1985, pp. 147-150.

¹⁵ *Ibidem*.

La respuesta de Puccio al Gran Maestro era, a la vez, una confesión y una provocación. Las consecuencias no tardaron. La Gran Logia aprobó una declaración pública afirmando que la institución no tenía candidato. *El Mercurio*, por su parte, publicó una fotografía de Allende ingresando a un local masónico. Los dos hechos juntos produjeron exactamente el escenario que el Consejo había intentado evitar: la Orden aparecía ante la opinión pública como actor político, y la filtración había llegado hasta los diarios. Berlendis convocó a los involucrados, entre ellos a Guillermo García Burr y a otros hermanos vinculados a Allende. Puccio relata que “la reunión fue dura, con ásperos cambios de palabras”, y que él, por ser el más directamente asociado al candidato y el de menor jerarquía en la Orden, cargó con la mayor parte de la presión institucional.

La reacción de Allende al enterarse fue de compostura. Según Puccio, “primeramente, se rio un poco y comentó que eso era muy de Aristóteles”. Luego tomó una decisión que retrata su concepción de la masonería como espacio de argumentación: en lugar de eludir el conflicto, respondió con un documento. Llamó a Miguel Labarca, le dictó el tenor de la respuesta, hizo correcciones sobre el texto y encargó a Puccio que lo entregara personalmente al Gran Maestro. La carta, de ocho a diez páginas, describía lo que había sido la masonería, lo que era y el rol que a su juicio debía cumplir.

La escena que siguió es uno de los pocos testimonios directos que existen sobre la temperatura real de las relaciones entre el entorno de Allende y las autoridades de la Gran Logia:

“Me recibió Aristóteles Berlendis y le pasé el mamotreto de 8 a 10 páginas. Se sentó, se puso los anteojos y empezó a leer. Habían pasado no más de 15 segundos —no puede haber leído más de media página— cuando se paró y tiró la carta con furia sobre la mesa: «¿Qué se imagina Salvador?» Tranquilamente le contesté: «No sé, Serenísimo. Lea la carta y después se va a dar cuenta lo que se imagina el doctor Allende». Se volvió a sentar, con gran paciencia se puso los anteojos y leyó. «¡Yo no acepto que Salvador me venga a dar lecciones de masonería!» —re-funfunó— y tiró las hojas al suelo»¹⁶

¹⁶ Ibidem.

Puccio recogió las páginas del suelo y las ordenó para devolvérselas. Berlendis las volvió a tirar. El episodio se repitió una tercera vez. Cuando el Gran Maestro proclamó por última vez que no aceptaría que “ni tú, ni Salvador” vinieran a darle lecciones, Puccio le respondió con una frase que clausuró la reunión: “El doctor Allende me ha encargado entregar esta carta al Serenísimo, pero veo que me he equivocado, pues parece que Ud. no es el Serenísimo” Y se fue.

El relato de Puccio tiene el valor de situar en su contexto real lo que las actas del Consejo registraban en el lenguaje aséptico de la burocracia institucional. Lo que los documentos oficiales describían como “indiscreciones”, “filtraciones” y “apasionamiento político”, era en los hechos una operación organizada y consciente de movilización electoral al interior de la Orden. El círculo de Allende no era un grupo de entusiastas que actuaban por su cuenta: tenía estrategia, estructura y capacidad para actuar con deliberación. Berlendis lo sabía, simpatizaba con el objetivo y al mismo tiempo era consciente de que permitirlo abiertamente comprometería su posición como guardián de la neutralidad institucional. Las hojas volando al suelo eran, en ese sentido, la expresión más precisa del dilema en que se encontraba la Gran Logia: sabía lo que estaba ocurriendo, no podía decir que no lo sabía, y tampoco podía aprobarlo formalmente sin destruir la ficción de apoliticismo sobre la que descansaba su legitimidad como institución. Las consecuencias para Puccio fueron concretas: “antes de la campaña del año 1970 me borraron de la masonería para que no volviera a ocurrir lo que había pasado en el año 1964, cuando habíamos incluido la masonería en la lucha política”

La frase encierra una ironía que Puccio no subraya pero que el relato hace evidente: la expulsión preventiva antes de 1970 no impidió que la historia se repitiera. Lo que cambió fue la escala.

La sesión del 17 de julio de 1964 muestra a Aristóteles Berlendis tratando de encontrar un equilibrio entre la apertura hacia Allende y el resguardo de la neutralidad institucional:

“El Gran Maestro dice que con el fin de que no se cometa una injusticia le ha dado todas las facilidades al hermano Allende para que dé a conocer su pensamiento en las logias pero no puede permitir que se

sobrepasen ciertos límites que señalan la tolerancia y la corrección en los procedimientos”¹⁷

El Gran Guarda Templo, Mauricio Weinstein, sugirió que se solicitara la ayuda del propio Allende “para calmar los ánimos y hacer ver la inconveniencia de una mayor acción política dentro de la Orden.” El consejero Hugo Arias ofreció, quizás, el análisis más matizado: el problema no era Allende, cuya actuación “siempre ha sido correcta”, sino la de sus propios partidarios, “que participan con criterio más político que masónico”. Esta distinción era relevante: separaba la figura personal de Allende —que se ajustaba a los procedimientos— de la acción colectiva de sus simpatizantes dentro de la Orden, que no siempre lo hacía. Las memorias de Puccio confirman que la distinción, aunque políticamente conveniente, era en parte artificial: Allende conocía lo que su entorno hacía, lo orientaba y en momentos como el de la carta a Berlendis lo conducía personalmente.

La elección presidencial de septiembre de 1964 la ganó Eduardo Frei Montalva con una mayoría amplia. Fue la tercera derrota presidencial de Allende. La crisis interna de la masonería no se resolvió con el resultado electoral: los factores que la habían producido permanecían intactos y reaparecerían, con mayor intensidad, en la campaña de 1970.

LA CARTA DE RETIRO DE 1965: CRISIS PERSONAL Y RESPUESTA FRATERNAL

Al año siguiente a la derrota electoral de septiembre de 1964, el 21 de junio de 1965, Allende presentó formalmente una Carta de Retiro Voluntario a su logia Hiram N°65. El intervalo de nueve meses entre la derrota y la carta sugiere que fue el resultado de una reflexión que venía madurando desde antes. El documento, de más de diez páginas de extensión, era todo menos una formalidad administrativa. Constituía en sí mismo una plancha masónica, uno de los textos más densos que Allende produjo en su vida dentro de la Orden. Al presentarla, había comunicado previamen-

¹⁷ Actas del Consejo de la Gran Logia de Chile, 17 de julio de 1964.

te su decisión al Consejo. El tono con que la inició dejaba claro que no se trataba de un retiro por hastío o indiferencia:

“Golpeé, hace cerca de treinta años y en plena muchachez, ante las puertas de la Orden. Dejé oír mi solicitud iniciática; hoy, al cabo de tan larga etapa de trabajo y convivencia, he resuelto cerrar esta dilatada trayectoria, sin haber interrumpido jamás mi asiduidad a los talleres”¹⁸.

Pero la carta era algo más que un adiós. Antes de llegar a su conclusión, Allende desplegaba un diagnóstico sistemático de la Orden y una propuesta sobre lo que esta debía ser. El diagnóstico partía de una observación empírica formulada sin rodeos: la composición social de la masonería era homogéneamente burguesa. “En la Orden solo se cobijan elementos de la burguesía. No hay en este aserto calificativo de ninguna especie. Es un hecho y nada más”, escribía, y agregaba que esa ausencia de la clase obrera no era estructural, tendía a acentuarse, y constituía un problema que la institución no podía ignorar sin contradecir sus propios principios fundacionales.

La segunda crítica apuntaba al modo en que muchos hermanos interpretaban esos principios. Allende señalaba que Libertad, Igualdad y Fraternidad eran con frecuencia tratadas “en una órbita exclusivamente abstracta y formalista, eludiendo toda consideración de sus aspectos reales en la convivencia”, como si bastara enunciarlos ritualmente para haberlos cumplido. Este formalismo, sostenía, hacía de la Orden una institución que hablaba el lenguaje de la emancipación sin operar en el mundo donde esa emancipación era necesaria. La Orden había cumplido una “noble misión” en su etapa moderna —la lucha por la libertad de conciencia, la educación laica, la separación Iglesia-Estado— pero el estado actual de las ciencias y sus técnicas hacía posible ir más lejos: era alcanzable ya “la libertad concreta, y no solo la libertad de espíritu”.

A esta doble crítica seguía una propuesta que, leída hoy, resulta inseparable del programa político que Allende desarrollaría cinco años después. Sin enunciar “fórmulas programáticas definitivas” —lo cual, reconocía, transformaría a la Orden en un partido político— la masonería debía in-

¹⁸ Salvador Allende, Carta de Retiro Voluntario a la Respetable Logia Hiram N°65, Santiago, 21 de junio de 1965.

culcar en sus afiliados que era necesario definir con “vara actual” sus principios, orientándolos hacia la construcción de:

“una sociedad exenta de alienaciones, eliminando la cesantía abierta o disfrazada por los salarios insuficientes, para que se evite la enfermedad suprimible, para que no se operen las muertes anticipadas, para que exista un sistema de seguridad social funcionalmente correcto y eficaz en su acción, para que se erradique el analfabetismo y para que se abra a todos el acceso a las anchas rutas de la cultura en sus múltiples expresiones y creaciones, para que se reconozca el derecho a la vivienda que llevan en sí todos los seres, y para que el esparcimiento se encuentre al alcance de la generalidad”¹⁹

El paralelismo con el programa de la Unidad Popular —que incorporaría demandas casi idénticas— no era casual. En la carta de renuncia de 1965, Allende estaba redactando, en lenguaje masónico, el borrador de su agenda presidencial.

A las críticas sobre la composición social y el formalismo doctrinario, Allende añadía una crítica interna de índole institucional, más delicada precisamente por su carácter: se refería a la reciente enmienda constitucional que había permitido la reelección del Serenísimo Gran Maestro, medida que a su juicio “vulnera gravemente el sentido democrático de la institución”. Había esgrimido sus objeciones “en forma del todo regular”, es decir, por los canales pertinentes, sin ser escuchado. Este señalamiento —donde criticaba a las autoridades de la Orden— era el más incómodo del documento. Implicaba que el problema no estaba únicamente en la sociedad que la masonería debía transformar, se alojaba igualmente en las estructuras internas de la institución.

Las razones que Allende esgrimió incluían asimismo las presiones que su militancia política generaba al interior de la Orden y, simétricamente, las que su pertenencia masónica generaba en el Partido Socialista, que en distintos momentos había planteado la incompatibilidad entre el marxismo y la masonería. Allende había defendido siempre su derecho a pertenecer a ambas instituciones, pero la acumulación de conflictos lo llevó a consi-

¹⁹ Ibidem.

derar que la salida más honorable era apartarse voluntariamente de la que consideraba más vulnerable a sus compromisos políticos. La carta era, en ese sentido, el reverso exacto de sus intervenciones ante el Consejo de la Gran Logia de 1964: en ellas había argumentado que no existía incompatibilidad; en la carta de renuncia reconocía implícitamente que la tensión era real y que ya no podía sostener la ecuación.

La conclusión de la carta equilibraba la dureza del diagnóstico con una imagen de cuño autobiográfico. Allende afirmaba alejarse de los templos no por haberlos abandonado espiritualmente, sino porque había construido uno más duradero:

“Me alejo de los templos, por magníficos que ellos aparezcan ahora en la suntuosidad de su arquitectura, y me acojo al templo íntimo que, en plena madurez de condiciones, he logrado edificar para mí mismo. Este templo, construido con los sólidos muros del idealismo traducido en la justicia social, la libertad concreta extraña a toda alienación, apoyado en la fraternidad por la proscripción de las clases sociales y de la igualdad por la derogación de cualquier discriminación, ya sea racial, religiosa, económica o cultural, es obra de múltiples experiencias acumuladas con el correr del tiempo”²⁰

La metáfora era perfectamente masónica en su lenguaje –el templo como obra de quien trabaja la piedra bruta– y perfectamente política en su contenido: el templo interior que Allende describía era, en definitiva, la sociedad que se proponía construir. La carta de renuncia era también, en esa clave, una declaración programática.

La respuesta de la logia Hiram N°65 fue contundente. El 5 de agosto de 1965, cuarenta y cinco días después de recibida la carta, el Venerable Maestro Luis Olgún Blanco y el secretario Juan Venegas Quevedo le comunicaron que “la unanimidad de los Maestros que componen la Cámara del Medio han rechazado su carta de retiro”²¹. La nota no era una mera notificación burocrática. Expresaba que la lectura del documento había

²⁰ Ibidem.

²¹ Logia Hiram N°65, Respuesta a la solicitud de Carta de Retiro de Salvador Allende Gossens, Santiago, 5 de agosto de 1965.

producido entre los hermanos “una legítima complacencia, advirtiendo en ella una identificación tan precisa y concordante con nuestras propias opiniones”, y señalaba que la situación descrita por Allende no era exclusiva de la Hiram N°65: “varias Logias de éste y otros Valles están precisamente examinando en detalle las características herméticas de nuestras disciplinas actuales y la escasa resonancia y penetración que la Orden tiene en el mundo exterior”²² El taller concluía que la Gran Logia de Chile se encontraba “en un proceso de revisión” y que las preocupaciones de Allende eran “compartidas y coincidentes con las de todos los miembros de estas columnas.”

La unanimidad del rechazo era en sí misma un gesto de primera magnitud: incluso aquellos hermanos que discrepaban políticamente de Allende no estaban dispuestos a dejarlo ir. Lo que la respuesta de la Hiram N°65 revela, además, es que la carta no había caído en un vacío institucional: había tocado una cuerda sensible para un número significativo de hermanos que compartían sus inquietudes, aunque no necesariamente sus posiciones políticas. La Orden, en ese acto, afirmó su carácter de vínculo fraternal por encima de las diferencias doctrinarias. Allende permaneció en ella.

Este episodio ilumina una dimensión que con frecuencia se pierde en los análisis centrados en los conflictos ideológicos: la masonería ofrecía a Allende, además de una plataforma de exposición política, un espacio de pertenencia que él valoraba genuinamente y que le era recíproco. La Orden no lo expulsó en sus momentos de mayor controversia, y él no la abandonó en sus momentos de mayor presión. Lo que la carta de retiro hizo visible, leída en su totalidad, es la profundidad de ese vínculo: Allende no se iba porque ya no necesitaba a la Orden. Se retiraba porque la apreciaba lo suficiente como para exigirle más. Y la Orden no lo dejó ir precisamente porque también lo reconocía como uno de los suyos.

ENTRE DOS CANDIDATURAS: ALLENDE EN LOS TALLERES (1966-1969)

El período comprendido entre la derrota de 1964 y la campaña de 1970 estuvo marcado por una presencia masónica de Allende muy significativa.

²² Ibidem.

Desde la presidencia del Senado, cargo que asumió el 27 de diciembre de 1966, Allende mantuvo su actividad y continuó siendo una figura de referencia al interior de la Orden.

En marzo de 1967, el Consejo tomó una decisión que marcaba una inflexión notable respecto al clima de 1964: el Gran Maestro solicitó que se enviara una felicitación a Allende “por su actitud viril, serena, pero enérgica, en defensa de nuestros principios fundamentales desde la presidencia del Senado de la República”²³. La respuesta de Allende fue emotiva. El Acta del 18 de mayo de 1967 registra la lectura de una extensa carta del candidato al Gran Maestro, en la que agradecía “conmovido al Consejo por la felicitación recibida”, aprovechando además “para hacer extensas consideraciones de orden doctrinario que explican su constante lucha como hombre de izquierda”²⁴. El Gran Maestro aclaró en la misma sesión que estos gestos de reconocimiento no significaban una toma de posición política: “la radio La Verdad dio tribuna gratuita al hermano Allende y a quienes no tenían como hacerlo, todo lo cual se hizo sin resonancia alguna. Eso no quiere decir que nos coloquemos en el terreno agresivo que algunos buscan, o al servicio de intereses personales”²⁵.

El año 1969 marcó un punto de inflexión en la relación de Allende con los talleres. Fue también ese año cuando René García Valenzuela inició su segundo mandato como Gran Maestro, lo que abriría una nueva etapa —no exenta de tensiones— en la relación entre la máxima autoridad de la Orden y el candidato de la izquierda. En ese contexto, Allende visitó la logia Franklin N°27 de Santiago, poniendo fin a un distanciamiento que se había producido desde la crisis de la carta de renuncia de 1965. Llegaba avalado por el cargo más alto del Poder Legislativo: era la primera autoridad del Congreso y hablaba ante sus hermanos como estadista en ejercicio. El llamado a la acción que formuló ante la Franklin N°27 se inscribía en esa doble condición.

El martes 14 de abril de 1970, a menos de cinco meses de la elección presidencial, Allende, con cierta modestia, realizó una exposición improvisada por no haber podido preparar una plancha escrita. Lo que siguió

²³ Actas del Consejo de la Gran Logia de Chile, 16 de marzo de 1967.

²⁴ Actas del Consejo de la Gran Logia de Chile, 18 de mayo de 1967.

²⁵ *Ibidem*.

fue, en realidad, una de las intervenciones más densas y mejor articuladas de su larga trayectoria masónica. La sala estaba concurrida por los miembros del taller y por hermanos visitantes de distintas logias, lo que convertía el acto en una jornada de resonancia más amplia que la habitual²⁶.

Allende comenzó por donde siempre comenzaba cuando hablaba ante sus hermanos: por su propia condición de masón en tensión con su condición de político. Recordó que en más de tres o cuatro ocasiones, dentro de su propio partido, había debido defender públicamente su derecho a permanecer en la Orden cuando el Partido Socialista intentó establecer la incompatibilidad entre ser masón y ser marxista. Su respuesta había sido siempre la misma: “cumplí con el más elemental de mis deberes de señalar que yo era un masón regular y en actividad y que el día que el Partido Socialista estableciera esa incompatibilidad, abandonaría sus filas de la misma manera que lo haría el día que la Orden, cosa que no es imaginable, quisiera poner cortapisas al pensamiento de un Hermano”²⁷. Esta declaración de lealtad simétrica —a la Orden y al partido— era el punto de partida necesario para lo que vendría después: el argumento de que no había contradicción entre ambas pertenencias porque ambas apuntaban, desde ángulos distintos, al mismo horizonte.

El núcleo del discurso era una lectura histórica de la relación entre la masonería chilena y la transformación social. Allende la construyó con precisión generacional: los hermanos de fines del siglo XIX habían actuado en política agrupándose mayoritariamente en el Partido Radical, y desde allí habían combatido por los cementerios laicos, el registro civil y la educación pública. En esa genealogía ubicó a su propio abuelo, el doctor Ramón Allende Padín, quien había hecho posible la primera escuela laica de Chile. Era la demostración histórica de que el compromiso masónico con el cambio social era la continuación de una práctica que la Orden conocía desde sus orígenes republicanos.

La misma lógica generacional le permitió evocar a Pedro Aguirre Cerda como el ejemplo más reciente de un masón que había llevado sus principios al ejercicio del poder. El relato que Allende hizo de la tentativa de

²⁶ Exposición Programática del Q.:H.: Salvador Allende G., Logia Franklin N°27, 14 de abril de 1970.

²⁷ *Ibidem*.

golpe militar durante el gobierno de Aguirre Cerda tenía la vivacidad de quien fue testigo directo: era ministro cuando, a las cinco de la mañana, el edecán presidencial llegó a informar que tropas avanzaban hacia La Moneda. La respuesta de Aguirre Cerda al edecán era, en la voz de Allende, una síntesis del temple masónico en el poder: “Usted está formado para luchar, use los autos. Yo soy un hombre de Derecho. Saldré de aquí con los pies hacia delante, pero jamás abandonaré este cargo que el pueblo me entregó”²⁸. La cita no era retórica: era una anticipación. Allende la pronunciaba en 1970 ante hermanos que, tres años después, reconocerían en ella la exacta descripción de lo que él mismo hizo el 11 de septiembre de 1973.

Establecida la genealogía histórica, Allende se adentró en el diagnóstico del presente. Los datos que citó eran concretos y deliberadamente perturbadores: de cuarenta y seis mil postulantes a la universidad, solo diecisiete mil habían ingresado; apenas el dos por ciento de los alumnos de la Universidad de Chile eran hijos de obreros; seiscientos mil niños chilenos padecían retraso mental no por causa genética sino por desnutrición, porque sus madres no habían tenido leche para alimentarlos. Luego formuló la pregunta que era, en el fondo, la pregunta de todo el discurso:

“¿Habrà paz en la conciencia masónica? ¿Habrà tranquilidad en la conciencia de los Hermanos? ¿Habrà silencio en el lenguaje que cada Hermano, que tiene la firmeza de sus convicciones, debe levantar su voz en el mundo profano para condenar una realidad que hace en forma tan brutal el destino y el futuro de la Patria, estén marcados por el hecho increíble de que falta la leche, como símbolo de una realidad y de un sistema?”²⁹.

La pregunta era imposible de responder negativamente sin renunciar a los principios de la Orden. Esa imposibilidad era el punto de llegada del argumento: si un masón no podía estar tranquilo frente a esa realidad, entonces la acción política orientada a cambiarla no era una traición a la Orden sino su consecuencia más directa.

²⁸ Ibidem.

²⁹ Ibidem.

Fue en ese marco donde Allende formuló la que sería recordada como la síntesis más acabada de su pensamiento masónico y político:

“Si yo creo en la Fraternidad que me enseñaron en los Templos, si yo creo en la Igualdad que me enseñaron en los Templos, si yo pienso que es cierto que en los Templos me hablaron de Libertad, yo no me imagino que pueda haber Fraternidad en un mundo donde el poderoso aplasta al pequeño desde el punto de vista de la correlación de fuerzas de los países. Yo no creo que pueda haber Fraternidad entre los hombres, mientras pueblos viven desangrando a pueblos que son hoy, por culpa de ellos, económicamente débiles”³⁰

El razonamiento era de una economía perfecta: si los principios que la Orden proclamaba no existían en el mundo real, entonces el masón que no actuaba para realizarlos era cómplice de su negación. La conclusión política era imperativa. Y sin embargo, Allende se cuidó de no confundir el compromiso masónico con un programa partidario. Aclaró que el programa de la Unidad Popular no era socialista, ni comunista, ni radical, era “el programa de todos los que en este pedazo de la historia patria creemos que es indispensable para crear el nuevo orden y evitar que el actual tenga que mantenerse sobre ríos de sangre y sobre cientos de cadáveres”³¹. El marco era masónico —la obligación de actuar por el bien de la humanidad— y el contenido era político, pero el segundo se desprendía del primero con la coherencia de una deducción.

Cerró con una imagen que condensaba, con humor y con hondura, lo que entendía por revolución chilena: “alguna vez lo dije vulgarmente y lo repito aquí con el perdón de ustedes, dije, que la revolución cubana se hizo con gusto a azúcar y sabor a ron; la revolución chilena la haremos con gusto a vino tinto y sabor a empanadas de horno”³². Era la misma afirmación de singularidad del proceso chileno que había sostenido ante el Consejo en 1964, pero formulada con una imagen popular que hacía imposible confundirla con ningún modelo importado. El masón que hablaba en el

³⁰ Ibidem.

³¹ Ibidem.

³² Ibidem.

templo de la logia Franklin N°27 esa noche era, al mismo tiempo, un hombre enraizado en su país y en su historia.

El período preelectoral de 1970 encontró a Allende con una maquinaria de apoyo masónico que ya no dependía solo de sus intervenciones personales en los talleres, sino de estructuras organizadas fuera de ellos. En el centro de Santiago, en un departamento de la avenida Bulnes 216, funcionaba la asociación “Más Amigos con Allende”, integrada principalmente por hermanos militantes de los partidos Socialista y Radical. En paralelo, un grupo de miembros de los Centros Femeninos —organización paramasónica femenina— había constituido el “Comando Femenino República”, presidido por la doctora Juanita Díaz Muñoz. El 2 de agosto de 1970, ambas organizaciones convocaron un acto de adhesión en el restaurante El Rosedal, ubicado en el paradero 17 de Gran Avenida.

El acto fue notable por su escala: asistieron, según la prensa, 2.300 personas, una cifra que, si se considera que la Orden contaba en total con cinco mil miembros en todo Chile, equivalía a una movilización sin precedentes. En la tribuna preparada para la ocasión se colocaron los retratos de Allende, del expresidente y masón Pedro Aguirre Cerda y del ex Gran Maestro y fundador del Partido Socialista, Eugenio Matte Hurtado. Al tomar la palabra, Allende abrió con un gesto de evocación genealógica que en él era siempre más que un recurso retórico: planteó que habría preferido que en lugar de su propio retrato hubiese estado el de su abuelo, el doctor Ramón Allende Padín, al que calificó como un “combatiente de la fraternidad y de las aspiraciones del pueblo, cuando ser masón era una herejía”³³.

Antes que Allende, tomó la palabra el abogado y masón Carlos Guerra Estévez, presidente del grupo “Más Amigos con Allende”, cuya intervención era en sí misma la expresión más explícita de lo que ese sector del mundo masónico pensaba:

“Nos encontramos aquí, un selecto y numeroso grupo de miembros de la Orden Masónica y sus familiares, junto con nuestro Q.H. Salvador Allende, no con el objeto de proclamarlo como Candidato Presidencial, ni para expresarle nuestras simpatías, sino que con el fin de testimoniarle, de la manera más clara y categórica posible, la promesa

³³ Discurso de Salvador Allende en El Rosedal, 2 de agosto de 1970., p. 2.

inquebrantable de poner todo nuestro esfuerzo, de dedicar todo nuestro trabajo y de no escatimar sacrificios, para que el próximo 4 de noviembre, llegue hasta la Moneda, a cumplir con el programa de la U.P. (...) Y si nosotros, francmasones, queremos actuar en política, concorde a la filosofía y a la doctrina de nuestra Orden, que tiene como objetivo final, el de que todos los hombres sean LIBRES, IGUALES y HERMANOS, forzosamente, tenemos que llegar a la conclusión de que en esta lucha presidencial, debemos estar junto al único candidato cuyo programa contempla la realización integral de aquellas aspiraciones, mediante la modificación total de la actual organización de la sociedad, es decir, junto a nuestro Q.H. SALVADOR ALLENDE GOSENS. (...) Con nuestro hermano Allende, llegarán al Gobierno, nuestros postulados de LIBERTAD, IGUALDAD Y FRATERNIDAD. Y entonces, Queridos Hermanos y Hermanas, realizaremos la más grande aspiración que ha sustentado la Orden Masónica, a través de toda su existencia: la erradicación definitiva en esa parte del suelo americano, de la explotación del Hombre por el Hombre”³⁴

El discurso de Guerra Estévez era, en términos doctrinarios, exactamente lo que los guardianes de la neutralidad institucional habían intentado impedir desde 1964: la identificación explícita entre los principios masónicos y el programa de un partido político. Pero el acto no se celebraba al interior de la Orden; ocurría en un restaurante, con familias, en ese espacio de los márgenes institucionales donde la disciplina organizativa de la masonería no tenía alcance formal.

Cuando llegó su turno, Allende abordó directamente la pregunta que subyacía a todo el acto: “Yo sé por formación masónica, que no somos ni una secta ni un partido, y sé bien que nosotros buscamos nuestro perfeccionamiento para que en la vida profana luchemos por convertir en realidad los principios de la Orden. Por lo tanto, cuando dicen los hermanos que esta vez triunfarán, están señalando que ellos tienen fe en que un hermano convertirá en realidad la doctrina y el pensamiento de los masones”³⁵ Luego fue más lejos:

³⁴ Ibid., pp. 7-8.

³⁵ Ibidem.

“¿Y por qué nosotros que aprendimos en la serenidad profunda de la meditación de los templos a hacer posible la Fraternidad, la Igualdad y la Libertad no estamos en el mundo profano luchando dura y tesoneramente por convertir en realidad los principios de nuestra Orden, los principios de la Masonería Universal? (...) tenemos la obligación nosotros, masones, de vivir en función de nuestras ideas, de nuestros principios, por el germen de rebeldía que implica ser masón. Ayer las logias lautarinas ayudaron a romper la esclavitud de España y hoy, los masones contribuirán a romper la dependencia del imperialismo (...) ¿Qué quiero yo?, ¿qué anhelo yo?, ¿qué busco yo?, ¿qué ansío yo, no como hombre sino como masón? Que el pueblo de Chile sepa que la hermandad existe, que esta es real y que palpita, y solo hará que Chile sea lo que soñaron los Padres de la Patria, aquellos que formaron las logias lautarinas: un país dueño de su destino y soberano de su porvenir”³⁶

La referencia a las logias lautarinas era al mismo tiempo un argumento histórico y un argumento político: si la masonería había sido un instrumento activo en el proceso de independencia, no había razón doctrinaria para que no lo fuera en el proceso de transformación social. Era la respuesta más elaborada —y la que Allende repetiría en distintos formatos hasta el final de su vida— a la acusación de instrumentalizar la Orden: respondía no era él quien distorsionaba a la masonería, eran los masones pasivos quienes habían abandonado su propia tradición.

El discurso no terminó como los anteriores. Adentrándose en el terreno emotivo, Allende llegó a un estado que, según el diario *Última Hora* de dos días después, conmovió al auditorio: “No pudo continuar con su discurso. Los hermanos se abalanzaron con la misma emoción hacia Salvador Allende para abrazarlo, y había lágrimas en los ojos de hombres y mujeres que vieron en el Dr. Allende una faceta de su personalidad hasta ahora poco conocida”³⁷.

El Rosedal fue, en ese sentido, el punto de llegada visible de un proceso que había comenzado en las sesiones del Consejo de 1961 y 1964, pasado por la crisis de la carta de renuncia de 1965, la visita a la Franklin

³⁶ Ibid., pp. 4-6.

³⁷ *Última Hora*, 4 de agosto de 1970, p. 70

Nº27 en 1969 y la exposición programática de abril de 1970. Lo que en sus primeras intervenciones masónicas era un argumento en busca de aceptación institucional era ahora una convicción compartida que ya no necesitaba defensas doctrinarias. El espacio masónico había dejado de ser una tribuna para convertirse en algo más íntimo y más poderoso: una comunidad de pertenencia movilizada.

Allende dejaría de ser el candidato masón. A partir del 3 de noviembre de 1970, sería el Hermano Presidente, y con esa nueva condición comenzaría la etapa más tensa de una relación que había durado treinta y cinco años.

Cuando el 4 de septiembre de 1970 los chilenos eligieron a Salvador Allende Gossens como primer mandatario, la masonería chilena registraba un nuevo hito: por sexta vez en su historia, un miembro de la Orden llegaba a la presidencia de la República. La nómina de predecesores masones incluía figuras capitales del republicanismo chileno: Arturo Alessandri Palma, Pedro Aguirre Cerda, Carlos Ibáñez del Campo, Juan Antonio Ríos y Gabriel González Videla. Esta continuidad le otorgaba a Allende una legitimidad adicional frente a sus hermanos de logia —era el heredero de una larga tradición—, pero al mismo tiempo su caso presentaba una particularidad que lo diferenciaba de todos sus antecesores: era simultáneamente marxista y masón, condición que para una fracción significativa de la institución resultaba, cuando menos, problemática.

El vínculo entre Allende y la Orden no era reciente. Como se ha visto en los capítulos anteriores, su relación con la masonería se remontaba a 1935 y formaba parte de una tradición familiar que se extendía al menos tres generaciones hacia atrás. Sin embargo, el acceso al poder ejecutivo transformó cualitativamente esa relación.

A partir del 4 de noviembre de 1970, día de su asunción formal, el “Hermano Allende” dejó de ser simplemente un masón prominente para convertirse en el “Hermano Presidente”: una figura que condensaba en sí mismo las contradicciones y tensiones que atravesaban tanto a la sociedad chilena como a la propia institución masónica. Las expectativas que despertó su gobierno al interior de las logias fueron tan diversas como los propios hermanos que las integraban: para unos, representaba la culminación de una tradición masónica de compromiso con las causas populares y la emancipación social; para otros, una amenaza directa a los principios de

tolerancia, libertad de conciencia y distancia respecto al poder que definían —según ellos— la genuina esencia de la Orden.

El primer acto masónico que siguió al triunfo electoral de Salvador Allende tuvo lugar en la intimidad de su propia logia, antes incluso de que el Congreso Pleno ratificara su victoria. El 16 de octubre de 1970, Allende se reunió con sus hermanos de la logia Hiram N°65 en una tenida a la que también asistió una importante delegación de la logia Progreso N°4 de Valparaíso —su logia madre— que había viajado especialmente a Santiago para rendir homenaje al nuevo presidente de la República¹.

En esa ocasión, el Venerable Maestro de Hiram N°65 brindó un apoyo incondicional al hermano presidente, sosteniendo que “en su gobierno todos los Hermanos masones debemos prestar nuestra leal y desinteresada cooperación, en una forma u otra, para que el programa tenga un éxito cabal por la felicidad de Chile y por el engrandecimiento de la Orden”. La efusividad del homenaje en ese espacio más íntimo contrastaba notablemente con la atmósfera cargada de prevenciones que caracterizaría, doce días más tarde, la recepción oficial en el Gran Templo de la Gran Logia de Chile. La distancia entre los dos actos marcaba una brecha política que separaba a la base allendista de la cúpula directiva de la Orden.

En la tenida de Hiram N°65, Allende pronunció un discurso improvisado —como era su costumbre en los espacios masónicos— en el que reafirmó la tradición masónica del Partido Socialista, recordando la figura de su fundador, el abogado Eugenio Matte Hurtado, quien también había sido Gran Maestro de la Gran Logia de Chile. Destacó igualmente su propia genealogía masónica y la forma en que su padre y su abuelo habían aplicado los mismos principios en sus respectivas épocas. Para Allende, el acceso a la presidencia significaba la continuación, en el ámbito profano, de los principios que había aprendido en los talleres de la Orden.

Un aspecto de particular relevancia en ese discurso fue la alusión al Gran Maestro René García Valenzuela. Allende recordó que, antes de las elecciones, le había prometido prudencia respecto a su participación en los talleres masónicos, comprometiéndose explícitamente a no buscar en ellos apoyo electoral. Al respecto señaló:

¹ Roche, *op. cit.*, p. 173.

“Y debo manifestar con profunda satisfacción que recibí del Serenísimo Gran Maestro la más amplia comprensión, cuando le manifesté que yo no buscaría jamás en los talleres masónicos una posibilidad de alcanzar números de sufragios, de apoyo y que inclusive rehuiría, frente a compromisos ineludibles, peticiones o exigencias, que tenían en cuanto a la exigencia de la apasionante inquietud fraternal para estar ausente, voluntariamente, lo cual no implicaba una renuncia a un derecho, si lo estimaba el Venerable, el poder plantear con la responsabilidad de un Hermano frente a mis Hermanos, en los talleres donde yo estimara conveniente, mi pensamiento frente a la hora inquietante que ha vivido y sigue viviendo nuestra Patria”²

Allende también apeló a la solidaridad de sus hermanos frente a los momentos difíciles que se avecinaban. Reclamó ese apoyo no para su persona, sino para el hermano que había alcanzado la primera magistratura del país por medios limpios y democráticos, y que veía con preocupación los intentos de desconocer esa victoria. El ambiente estaba cargado: apenas diez días antes, el 22 de octubre, el general René Schneider había sido asesinado en un operativo destinado a provocar una intervención militar que impidiera la asunción presidencial. En ese contexto, las palabras de Allende adquirirían una resonancia que iba mucho más allá del protocolo masónico.

Cuatro días después de que el Congreso Pleno proclamara a Salvador Allende presidente electo, la Gran Logia de Chile lo recibió en una tenida extraordinaria. El acto tuvo lugar el 28 de octubre de 1970 en la sede del Club de la República, que fue completamente desbordada por la concurrencia. Cerca de un millar de hermanos de Santiago y de otros valles del país ocuparon el Gran Templo y los pasillos del edificio, que habían sido habilitados con altoparlantes para transmitir la ceremonia. Fue uno de los actos masónicos más concurridos en la historia de la institución.

El Gran Maestro García Valenzuela tomó la palabra en primer lugar. Antes del inicio formal de la ceremonia, recibió a Allende con un fraternal abrazo. Durante el breve intercambio previo, el presidente electo le confió que tenía muy presentes tanto al padre del Gran Maestro —el doctor Adeodato García Valenzuela, Gran Maestro en 1924— como a su propio abuelo,

² Ibid, pp. 174-175.

el doctor Ramón Allende Padín, Gran Maestro en 1884. “¿Qué dirían si nos vieran?”, le habría comentado Allende³. La anécdota condensaba, en una frase, todo el peso simbólico del momento: dos hijos de masones, ambos médicos, ambos herederos de Grandes Maestros, situados en los extremos opuestos de la tensión que vivía la masonería chilena⁴.

El discurso del Gran Maestro en esa oportunidad resulta ilustrativo de la actitud institucional frente al acontecimiento. A pesar de que la Francmasonería acostumbra homenajear a sus hermanos distinguidos —con mayor razón cuando ascienden a la presidencia de la República—, García Valenzuela adoptó una posición notable por su cautela. Formuló un “fervoroso, severo y fraternal llamado” a los hermanos que hacían vida cívica, instándoles a “superponer a sus conveniencias político-partidistas los imperativos de la moral ciudadana que en forma espontánea contrajeron frente al altar de la Masonería” y a “anteponer, a la conservación de hegemonías personales, el supremo interés de la Orden, la Patria y la Humanidad”⁵. Luego se dirigió directamente al presidente electo para expresarle que conocía bien su programa de gobierno, que le deseaba suerte para cumplirlo y que esperaba que como jefe de Estado dejara “predominar una línea de libertad y de progreso mediante la aplicación de los principios francmasónicos, que obviamente le servirán de útil inspiración”. También le planteó sus personales anhelos de que el gobierno impulsara y respetara “los postulados de la personalidad”, resguardara “la libertad de conciencia y de pensamiento” y mantuviera “el régimen democrático como una forma de convivencia social y cultural”⁶.

Estos términos no eran meras fórmulas de cortesía. En el lenguaje masónico de la época y en el contexto de polarización que vivía Chile, constituían una advertencia velada: la Gran Logia exigía garantías democráticas a su hermano presidente antes incluso de que su gobierno comenzara. Esta solicitud en el acto mismo del homenaje —y no en una comunicación reservada— indicaba que las autoridades de la Orden albergaban preocupaciones reales respecto a la dirección que tomaría la Unidad Popular.

³ *Ibid*, p. 175.

⁴ La relación entre ambos data al menos de la década de 1940, periodo en el cual los dos fueron ministros de salubridad durante los gobiernos radicales y participaron activamente en la fundación y dirección del Colegio Médico en 1949.

⁵ Roche, *op. cit.*, p. 176.

⁶ *Ibid*, p. 177.

A continuación hizo uso de la palabra el Gran Orador Moisés Mussa Battal. En su intervención ensalzó las cualidades de Allende como masón y político, enlazando el acto con la tradición masónica de homenajear a los presidentes hermanos —Alessandri Palma, Aguirre Cerda, Ibáñez del Campo, Ríos y González Videla—, y concluyendo que “la calidad masónica del Venerable Hermano Allende es la mejor garantía de un Gobierno democrático en beneficio del futuro de la República”. Sin embargo, antes de llegar a esa conclusión, formuló algunas consideraciones :

“se le resiste por su confesada ideología marxista- leninista, su estrecha amistad con Fidel Castro, su dirección de OLAS, la evidente hegemonía del Partido Comunista en la Unidad Popular que lo llevó al triunfo y, por encima de todo, la situación de la masonería en los países del Caribe y tras la cortina de hierro. Recuerda que Lenin clausuró las logias masónicas y Stalin persiguió a nuestros hermanos, que en las democracias populares de Europa la masonería está prohibida y que, en Cuba, hay una Orden, pero espuria y sumisa al régimen”⁷

Estas observaciones, insertadas en lo que se suponía era un acto de homenaje, provocaron durante la propia tenida una reacción de disgusto en Allende, quien se vio obligado a intervenir para desmentir algunas afirmaciones del Gran Orador.

Años después, García Valenzuela dejaría consignado en sus *Recuerdos personales* —un manuscrito inédito— la naturaleza de la conversación que sostuvo con Allende en mayo de 1972, donde el presidente le recordó precisamente la incomodidad que le había provocado la intervención de Mussa: “Mira, yo estoy ofendido contigo porque creo haber hecho lo posible por darte el mejor trato y tú no me has respondido en la misma forma”⁸. El rencor no había cicatrizado.

Las tensiones desatadas por la intervención del Gran Orador no se disiparon con el tiempo. El 18 de noviembre de 1970, la logia Hiram N°65 —la logia de Salvador Allende— envió una carta formal de protesta al Gran

⁷ Actas de la asamblea de la Gran Logia de Chile, 28 de octubre de 1970.

⁸ Valenzuela, René, *Recuerdos personales*. Entrevista con el hermano Salvador Allende, 5 de mayo de 1972.

Maestro, rechazando categóricamente las palabras de Mussa. En el acta de la asamblea del 28 de noviembre de 1970 consta que el Venerable Maestro de la logia estimó que el homenaje de la Gran Logia al hermano Allende “no fue tal” y que Moisés Mussa, al responder a las críticas, sostuvo que había estado “muy lejos de su ánimo molestar al V.H. Allende” y pidió excusas “por si, involuntariamente, sus palabras hayan podido incomodarlo”⁹.

La carta enviada por la logia Hiram N°65 a todos los venerables maestros de la Obediencia era inequívoca en su rechazo:

“Cúmpleme poner en vuestro conocimiento, y por vuestra mediación a la Gran Logia de Chile, que impuesta la Subl. Cámara del Medio de mi Resp. Log. HIRAM N° 65 de los términos y alcances de la plancha del Q.H. Gran Orador, Sr. Moisés Mussa, dada en Tenida Extraordinaria de 28 de octubre último, acordó por una unanimidad desaprobar aquellos términos que provocaron una justificada reacción de molestia en el Q.H. Salvador Allende Gossens, Exmo. presidente de la República de Chile, obligándolo a una intervención ex profeso, para desvirtuar aseveraciones sobre principios fundamentales, de los cuales el Q.H. Allende ha sido, a lo largo de su vida, un verdadero ejemplo, tanto en su pensamiento como en su acción, dentro y fuera de la Orden. Esta inoportuna intervención del Q.H. Gran Orador, provocó la inmediata repulsa de la mayoría de los HH. presentes, y, en especial de aquellos de Hiram N°65, acordándose por su cámara del medio haceros llegar su discrepancia más absoluta con lo expresado por el Q.H. Mussa, a quien se le censuró de inoportuno, inconsecuente, carente de fraternidad y de causar vejamen a la inmensa respetabilidad que siempre ha merecido nuestro Q.H. Salvador Allende”¹⁰.

Este documento es ilustrativo de la brecha que ya desde los primeros días del gobierno separaba a los masones partidarios del presidente de las autoridades de la Gran Logia de Chile. La logia de Allende, que aglutinaba a un grupo significativo de hermanos de izquierda, expresaba su indig-

⁹ Actas de la Asamblea de la Gran Logia de Chile, 28 de noviembre de 1970.

¹⁰ Carta de la Respetable Logia Hiram N°65 al Gran Maestro de la Gran Logia de Chile, 18 de noviembre de 1970.

nación frente a lo que percibía como una actitud institucional hostil. La distancia entre el entusiasmo de la base allendista y la cautela de la cúpula directiva quedaba así expuesta desde el mismo momento inaugural del gobierno.

A pesar de ello, la relación entre el presidente y la masonería se mantuvo activa. Meses después del incidente, el 5 de junio de 1971, Allende asistió a la asamblea de la Gran Logia de Chile. Era la primera vez que un presidente en ejercicio asistía a esta instancia en calidad de miembro ordinario. El mismo Gran Maestro García Valenzuela dejó constancia de la singularidad del hecho.

En esa oportunidad, Allende tomó la palabra y pronunció uno de sus discursos más elocuentes en un espacio masónico. Agradeció la recepción de sus hermanos y reafirmó la coherencia entre sus convicciones políticas y sus principios masónicos. Reconoció sin ambages que la Gran Logia había debido dar explicaciones a otros orientes masónicos por la circunstancia de que un presidente marxista y masón ocupara la primera magistratura de la República, y en ese contexto reiteró su compromiso de actuar “siempre como masón, respetando las libertades políticas para convertirlas en libertades sociales”¹¹.

Lo más significativo de su intervención fue la imagen con que Allende sintetizó la triple pertenencia que definía su existencia: la sede de la masonería, el Palacio de la Moneda, y su residencia presidencial. En sus propias palabras, señaló que serían “cordiales las relaciones entre la calle Marcoleta 659, Morandé 80 y Tomás Moro 200” y que volvería “cada vez que precise fortalecer su convicción masónica cuya inspiración, bajo los principios de la Orden, está precedida y procederá en actuación profana”¹².

Esta imagen —tres edificios como síntesis de tres dimensiones de una misma vida— es expresiva de cómo Allende concebía la relación entre la masonería, la presidencia y el espacio doméstico. No como esferas separadas, sino como expresiones distintas de una coherencia vital que él se empeñaba en sostener. Que eligiera el espacio de la asamblea masónica para hacer esta declaración de identidad dice mucho sobre el rol que asignaba a la Orden en su proyecto político y personal: la masonería era para él una

¹¹ Actas de la Asamblea de la Gran Logia de Chile, 5 de junio de 1971.

¹² *Ibidem*.

comunidad de valores que debía tener presencia activa en su actuación como gobernante.

LOS VÍNCULOS MASÓNICOS EN AMÉRICA LATINA

Entre agosto y septiembre de 1971, Salvador Allende realizó una gira por varios países latinoamericanos, durante la cual fue recibido en logias masónicas de Colombia, Ecuador y México, entre otros destinos. Este periplo generó al interior de la Gran Logia de Chile un conjunto de problemas que dieron cuenta de una preocupación creciente entre las autoridades masónicas: la posibilidad de que la institución chilena apareciera a ojos internacionales como respaldo político del gobierno de Allende.

La primera actividad, la realizó en la Gran Logia de Colombia el 28 de agosto de 1971. Su discurso, constituye la pieza oratoria más desarrollada de su vida masónica como presidente. A diferencia de las intervenciones en Chile —a menudo improvisadas, acotadas por el contexto institucional y cargadas de tensión política interna— el discurso ante los hermanos colombianos fue preparado con antelación y tuvo como objetivo explícito presentar una síntesis de su pensamiento masónico y político ante una audiencia extranjera.

En la sesión del Consejo de la Gran Logia de Chile del 26 de agosto de 1971, el presidente del Tribunal de la Gran Logia, Octavio Le Fort Levisón, dio cuenta de los preparativos realizados para la recepción de Allende en Colombia, en los cuales había colaborado el hermano Hernán Gutiérrez Leytón, embajador chileno en ese país. También se consignó que el hermano José María Sepúlveda Galindo, director general de Carabineros, acompañó al presidente en su comitiva durante el viaje¹³.

Allende abrió el discurso con un argumento de autoridad:

“Pienso, mirando hacia el comienzo de mi vida, que no recibí con facilidad el derecho de ser miembro de la Gran Logia de Chile, porque había sido un estudiante rebelde y si golpeé a las puertas de la Respetable Logia Progreso N°4 de Valparaíso, lo hice con profunda convic-

¹³ Actas del Consejo de la Gran Logia de Chile, 26 de agosto de 1971.

ción y teniendo el acervo de los principios inculcados en mi hogar y en el hogar de su padre”¹⁴

La mención al abuelo ante una audiencia extranjera cumplía una función precisa: situar su trayectoria personal en una genealogía masónica de larga data que precede a cualquier filiación política. No era el dirigente socialista el que hablaba en ese templo: era el heredero de una tradición masónica familiar que se remontaba al siglo XIX. Frente a hermanos colombianos que no conocían la tensión interna de la masonería chilena, ese linaje era la credencial más eficaz.

La segunda parte del discurso abordó de frente el problema central de su vida masónica: cómo había podido coexistir en los templos con hermanos de ideología opuesta, y cómo esa coexistencia había sido cuestionada tanto por las logias como por su propio Partido Socialista:

“A lo largo de mi vida masónica, que alcanza ya a los 36 años, planteé en las planchas masónicas en las diversas Logias de mi Patria la seguridad, cierta para mí, de que podía coexistir dentro de los templos con mis Hermanos, a pesar de que para muchos era difícil imaginar que lo pudiera hacer un hombre que en la vida profana públicamente dice que es marxista. Este hecho, comprendido dentro de las Logias, fue muchas veces incomprendido en mi propio partido. Más de una vez en los congresos del partido que fundara nada menos que un Ex Serenísimo Gran Maestro de la Gran Logia de Chile, Querido Hermano Eugenio Matte Hurtado, se planteó la incompatibilidad entre ser masón y ser socialista. Yo sostuve mi derecho a ser masón y ser socialista”¹⁵

El pasaje revela la doble presión que Allende había soportado durante décadas: la masonería conservadora le cuestionaba el marxismo; el Partido Socialista le cuestionaba la masonería. En ambos casos su respuesta fue la misma: sostener ambas identidades simultáneamente, sin subordinar

¹⁴ Allende, Salvador “Extracto de su alocución en la Gran Logia de Colombia, 28 de agosto de 1971” reproducido en: Yocelvezky, Rubén, Salvador Allende Gossens. En la Memoria de sus Hermanos Masones, Editorial Occidente, Santiago, 2012, p. 45.

¹⁵ *Ibid.*, p. 46.

una a la otra. Y la fundamentación de esa posición era en sí misma masónica: la tolerancia como valor de la Orden no era un principio abstracto sino la condición real de su propia existencia dentro de la logia.

La tercera parte del discurso fue la más explícitamente política: una panorámica de la situación chilena, de las tensiones con los intereses internacionales y nacionales, de la dificultad de “hacer una revolución en que no haya costo social”. Pero su momento más cargado fue el cierre, en el que Allende recurrió a una imagen del ritual de iniciación para formular un compromiso ante sus hermanos colombianos:

“Pienso y sueño en la noche de la Iniciación, cuando recordaba estas palabras que los hombres sin ideas arraigadas y sin principios son como las embarcaciones que, perdido el timón, encallan en los arrecifes. Yo quiero que los Hermanos de Colombia sepan que no voy a perder el timón de mis principios masónicos. Es más difícil hacer una revolución en que no haya costo social y es duro estrellarse contra poderosos intereses internacionales y poderosos intereses nacionales. Pero lo único que quiero es llegar mañana, cumplido mi mandato, y entrar por la puerta de mi Templo, como he entrado ahora como Presidente de Chile”¹⁶

A través de la imagen del timón construye una equivalencia entre los principios de la Orden y la brújula moral del gobernante. Era una afirmación de que el mandato presidencial se ejerce desde una convicción que tiene sus raíces en la iniciación, no en el programa de partido. La promesa final —“volver al templo cumplido mi mandato”— tiene ante testigos masónicos el peso de un juramento, y retrospectivamente, el de un juramento que no pudo cumplirse.

Las repercusiones de la gira latinoamericana en las relaciones entre la Gran Logia de Chile y sus pares regionales estaban siendo problemáticas. En la sesión del Consejo del 16 de septiembre de 1971. El Gran Maestro expuso un conjunto de “problemas de relaciones exteriores” generados por la gira. El primer incidente señalado fue con la Gran Logia de Perú: cuando Allende pasó por ese país, el Gran Maestro Luis Heysen lo condecoró sin consultarlo previamente con la Gran Logia de Chile, lo que fue perci-

¹⁶ Ibid, p. 50.

bido como una irregularidad en el protocolo masónico. Desde Ecuador le habían preguntado directamente al Gran Maestro chileno por su relación con Allende, a lo que García Valenzuela respondió que las relaciones eran “cordiales, pero que cada cual actuaba dentro de su respectiva esfera”¹⁷.

La cuestión más delicada fue planteada por el Gran Tesorero, Horacio González, quien sostuvo que “está a la vista que la masonería chilena es aval del H. Allende como presidente de la República” y que “aparecemos como aval de Allende en el interior y en el exterior, sobre todo ante quienes respetan a nuestra institución”. El consejero José Vizcarra coincidió con este diagnóstico y lo formuló con mayor precisión:

“Somos el aval del H. Allende, es un problema real que debemos considerarlo, ya que nos estamos transformando en un aval moral frente a toda una gestión política. Debemos tener especial cuidado para prevenir todo menoscabo, dentro y fuera del país. El problema de fondo es que Allende se arroga la representación de la masonería chilena sin tomar en cuenta a sus dirigentes”¹⁸.

Quizás por ese motivo, cuando Salvador Allende volvió a reunirse con altas autoridades masónicas de América Latina, Esta vez en México, en noviembre de 1972, lo hizo de forma discreta, en la embajada de Chile. Entre los asistentes se contaban: Alfonso Sierra Partida, Presidente Vitalicio de la Confederación Masónica de Grandes Logias de la República Mexicana; Jorge Hernández Montes, Gran Maestro de la Gran Logia Valle de México, le entregó al mandatario chileno la medalla de oro “Año de Juárez”; y los miembros Jesús Guzmán Rubio, Ramón Martínez Zaldúa, Caleb Sierra Ramos y el ex senador Carlos Román Celis¹⁹.

Allende llegaba a México semanas después del paro de transportistas de octubre de 1972, el desabastecimiento y la declaración del estado de emergencia en varias provincias. Era, un mandatario asediado, no un presidente victorioso. En ese contexto, había pronunciado ante los estudiantes de la Universidad de Guadalajara un discurso en el que presentó el proce-

¹⁷ Actas del Consejo de la Gran Logia de Chile, 16 de septiembre de 1971.

¹⁸ *Ibidem*.

¹⁹ Roche, *op. cit.*, p. 197.

so chileno como “la hora de Chile”, comparable a la nacionalización del petróleo mexicana de 1938.

Que en ese momento buscara el espacio masónico informal —sin protocolo de tenida, sin acta, sin las obligaciones del rito— no puede atribuirse solo a cortesía protocolar. La reunión en la Embajada era la única instancia de la gira en que Allende podía hablar con hermanos de otra obediencia sin el peso del conflicto interno chileno; en que la fraternidad masónica podía activarse en su forma más simple, como vínculo entre personas, sin la carga institucional que en Santiago acompañaba cada visita al Gran Templo. La extensión de la reunión más allá del tiempo previsto es, en ese contexto, un dato que habla más que cualquier declaración registrada.

Sin embargo, la acusación en su contra persistió, Las autoridades chilenas alegaban que utilizaba su condición de masón con fines políticos, proyectando sobre la institución una responsabilidad que sus dirigentes no habían asumido. Los miembros del Consejo de la Gran Logia enfrentaban una paradoja estructural: eran incapaces de controlar el comportamiento público de un hermano que era al mismo tiempo jefe de Estado, y cuya visibilidad, por definición, superaba con creces la de cualquier dignatario masónico. Las visitas a logias extranjeras, los homenajes internacionales, los gestos simbólicos en el exterior: todo quedaba fuera del control de Marcolleta 659 pero comprometía, a ojos de muchos hermanos, la imagen institucional de la Orden.

LAS TENSIONES EN LA ASAMBLEA DE OCTUBRE DE 1972

La asamblea de la Gran Logia de Chile del 28 de octubre de 1972 —que coincidió con el segundo aniversario de la tenida extraordinaria en que se había recibido a Allende como presidente electo— se convirtió en el escenario de uno de los intercambios más ásperos entre los hermanos de la Orden durante este período. Para esa fecha, el país había sido sacudido apenas días antes por una huelga de transportistas que paralizó la actividad económica, y el clima político, tanto al interior de la masonería como afuera, estaba altamente polarizado.

El propio Allende asistió a la asamblea, aunque brevemente. Se excusó por no poder quedarse hasta el final debido a un accidente “o sabotaje”

ferroviario ocurrido cerca de Valdivia, pero expresó su satisfacción por estar junto a los hermanos que ese día cumplían cincuenta años de vida masónica. Señaló que “lo único que desea es poder cumplir, en el campo profano, con los principios de la Orden”. Acto seguido, cubrió el templo y se retiró²⁰.

La salida de Allende no clausuró la discusión. Al contrario, la liberó. El hermano Julio Sepúlveda tomó la palabra y planteó, con notable franqueza, la insatisfacción de un sector de la asamblea con el gobierno:

“Hay HH. que siempre están pidiendo ayuda para el H. Allende, pero ¿ha actuado bien? Un H. que cumplió 50 años en la Orden se retiró de la tenida porque creyó que no podía estar aquí junto al H. Allende. No soslayemos el problema. Nosotros que tenemos representación, que somos una elite, podríamos recibir una información sobre si el Gran Maestro ha conversado con el presidente de la República y le ha dicho su verdad, la opinión pública ha visto como la Iglesia entra y sale de la Moneda. La masonería, que no es una fuerza política, pero sí una fuerza moral, podría decir su pensamiento”²¹

El mismo hermano aludió al cierre de radios por parte del gobierno —una de las medidas más polémicas adoptadas durante la huelga de transportistas— para señalar la contradicción que implicaba que fuera un hermano masón quien las clausurara. Otro hermano se preguntó retóricamente si “el H. Allende aplica nuestros principios en su gestión de gobernante” y cómo podía seguir dentro de la Orden quien había “pisoteado nuestras doctrinas”.

Hubo también voces que llamaron a la medida. El ex parlamentario radical Víctor Hugo Arias advirtió que era necesario “andar con mucho cuidado para no herir la fraternidad” y señaló que personalmente había tenido ocasión de preguntarle al hermano Allende sobre las posibilidades de supervivencia de la Orden en un gobierno marxista, obteniendo la respuesta de que “no aceptaría imposiciones de nadie”. Añadió que si el hermano Allende necesitaba ayuda “deberíamos ir en su socorro, pero él no lo pide, parece que no lo necesita”.

²⁰ Actas de la Asamblea de la Gran Logia de Chile, 28 de octubre de 1972.

²¹ *Ibidem*.

El ex ministro y exparlamentario radical Santiago Wilson, ofreció una perspectiva histórica sobre el problema. Había luchado toda su vida en defensa de la clase obrera y, al llegar a la Orden, comprobó que muchos de sus principios coincidían con su pensamiento. Señaló que la clase obrera no había necesitado de la violencia para lograr sus conquistas y que prefería “seguir siendo masón”, pero lamentó que Allende si “hubiera cumplido con sus deberes de masón, nada habría pasado”.

El ex parlamentario radical Mario Videla, en cambio, llamó a no personalizar las críticas. Reconoció que el gobierno pluripartidista de la Unidad Popular trabajaba con fuerzas heterogéneas —“algunas totalitarias y absorbentes, otras democráticas”— lo que hacía difícil la situación del hermano Allende. Pidió que se dijera “lo bueno y lo malo” del gobierno, sin cargar la balanza unilateralmente.

Al tomar la palabra, el Gran Maestro lamentó que en la discusión hubiera primado “la pugna de posiciones ideológicas” más que el “intercambio de ideas”. Expresó, además, sus dudas sobre la lealtad de algunos hermanos hacia la Orden, señalando su preocupación por la filtración de información a la prensa, y reiterando su llamado a la “comprensión masónica” antes de tomar los pasos que se le insinuaban.

EL DEBATE MARXISMO-MASONERÍA EN 1973

A medida que el gobierno de Allende avanzaba hacia su tercer año, la tensión al interior de la Gran Logia fue en aumento. La polarización nacional encontraba un eco fiel en las logias, y el debate sobre la compatibilidad entre marxismo y masonería —latente desde la llegada de Allende al poder— comenzó a articularse de manera cada vez más explícita y sistemática.

En la sesión del Consejo de la Gran Logia de Chile del 31 de mayo de 1973, el hermano Garín abordó directamente el problema, sintetizando los temores más extendidos entre los masones de orientación conservadora:

“El marxismo-leninismo está gobernando en el país y aplicando doctrinas contrarias a las masónicas y atenta contra los derechos humanos. La hermandad aparece dividida entre no marxistas y promarxistas. La presencia de HH. en el gobierno hace pensar que la Orden apoya al

comunismo. Por experiencia sabe que el comunismo persigue a la Orden y la destruye. Hay ignorancia entre los masones acerca del comunismo, sus doctrinas y sus métodos. El lenguaje comunista es muchas veces igual al democrático, pero cambiando el significado de los términos, lo que induce a error²²

Esta intervención condensaba uno de los argumentos centrales del ala conservadora de la masonería chilena: que el marxismo, aun cuando pudiera hablar el lenguaje de la fraternidad, era esencialmente incompatible con los principios de la Orden porque culminaba necesariamente en la supresión de las libertades. El antecedente histórico más invocado en ese período era el destino de las logias en los países comunistas: Lenin había clausurado las logias masónicas, Stalin había perseguido a sus miembros y en las democracias populares de Europa central y en Cuba la masonería estaba prohibida o sometida al régimen. Estos ejemplos, que el Gran Orador Mussa había utilizado ya en su discurso del 28 de octubre de 1970 ante el propio Allende, se repetían ahora con mayor insistencia.

En el mismo Consejo del 31 de mayo se señaló que en la portería de la Gran Logia se vendía un libro sobre marxismo y masonería que buscaba demostrar la coincidencia entre ambas doctrinas, lo que había llevado a muchos masones a pensar que la Orden concordaba con ese planteamiento. Esta situación era percibida como un síntoma de la penetración ideológica de la izquierda al interior de las logias, y fue señalada como un problema que requería atención.

LOS MASONES EN EL GOBIERNO

A pesar de las tensiones institucionales, la presencia de masones en el gobierno de Allende fue significativa. La condición masónica de varios ministros y altos funcionarios de la Unidad Popular era una realidad que las autoridades de la Gran Logia reconocían con incomodidad, sin disponer de instrumentos eficaces para gestionar la situación. Esta tensión quedó de manifiesto en la sesión del Consejo del 6 de septiembre de 1973, apenas

²² Actas del Consejo de la Gran Logia de Chile, 31 de mayo de 1973.

cinco días antes del golpe de Estado, cuando el Gran Secretario informó sobre las notas de felicitaciones enviadas con motivo del nombramiento de los hermanos Edgardo Enríquez, Mario Lagos Hernández y José María Sepúlveda en cargos de gobierno.

El hermano Aldunate expresó sus dudas acerca de la conveniencia de felicitar a los hermanos nombrados en cargos ministeriales, señalando que era “casi como aprobar una política de gobierno en circunstancias de que hemos sufrido graves y dolorosas decepciones”. El Gran Maestro, por su parte, precisó que no los había “felicitado por sus designaciones sino que les había expresado el buen deseo de que les vaya lo mejor posible en su gestión”²³.

García Valenzuela relató también el contenido de sus conversaciones con los ministros masones. El hermano Enríquez —ministro de Educación— había señalado que “abandonaría el cargo si la reforma educacional no se hacía por una ley” y que “no veía incompatibilidad entre el estado docente y la libertad de enseñanza”. El hermano Lagos buscaría la solución del problema médico “por la vía gremial”. El relato del Gran Maestro transmitía cierta distancia respecto de estos funcionarios, que parecían más interesados en informar a las autoridades masónicas de sus intenciones que en solicitar su apoyo activo.

Esta reunión del Consejo, celebrada el 6 de septiembre de 1973, constituye el último registro disponible de la vida cotidiana de la masonería chilena bajo el gobierno de Allende. El tono mesurado del Gran Maestro, las precauciones en el lenguaje, la incomodidad visible ante los nombramientos ministeriales: todo sugería que las autoridades masónicas se preparaban para un cambio en el escenario político, aunque ningún documento disponible consigne explícitamente esa anticipación.

Lo que estas tensiones evidencian es que la relación entre Allende y la masonería durante sus años de gobierno no puede comprenderse como una relación lineal entre un masón y su institución. Fue, más precisamente, el escenario en que se libró una batalla por la identidad de la Francmasonería chilena: ¿Debía la Orden mantener el apoliticismo que defendían sus autoridades, orientado progresivamente hacia una espiritualidad más próxima a la tradición anglosajona? ¿O debía comprometerse con los procesos de transformación social que su tradición republicana y liberal parecía

²³ Actas del Consejo de la Gran Logia de Chile, 6 de septiembre de 1973.

exigir? Salvador Allende representaba inequívocamente la segunda respuesta, ante la que las autoridades masónicas respondieron con cautela primero, con frialdad después y, como se verá en los capítulos siguientes, con silencio en el momento más decisivo.

“EL MINUTO DE CHILE”:
LA ÚLTIMA PALABRA EN LOGIA

La quinta y última visita documentada de Allende al Gran Templo de la Gran Logia de Chile tuvo lugar el jueves 19 de octubre de 1972. La había organizado la Logia Mosaico N°125, fundada en 1969 y que en ese momento contaba con cuarenta y cuatro miembros. Previendo una asistencia numerosa, la logia anfitriona solicitó el uso del Gran Templo. La previsión resultó correcta: asistieron 29 miembros de Mosaico N°125 y 243 hermanos visitantes provenientes de distintos talleres de Santiago, especialmente de las logias Cóndor N°9, Deber y Constancia N°7 y Plus Ultra N°98²⁴.

El Venerable Maestro Alberto Aleite Astorga abrió la tenida explicando los motivos de la convocatoria: “La tensión social a que ha estado sometida últimamente nuestra patria llena de preocupación a los masones, pues, como tales, debemos preocuparnos no solo del perfeccionamiento individual de cada uno de nosotros y de la salud de nuestros talleres, sino de manera muy principal, del bienestar, salud y felicidad de la sociedad”. Acto seguido, invitó a Allende a ocupar el sitial del Orador para presentar una plancha titulada *El Minuto de Chile*.

El secretario que levantó el acta advirtió, con notable honestidad, que no sabía taquigrafía y que el texto correspondía a lo que pudo captar de la intervención. Vale decir, el documento más dramático de la vida masónica de Allende llegó a la historia a través de un registro incompleto, que vale precisamente por lo que alcanzó a preservar.

El discurso que pronunció esa noche tiene una cualidad que ningún otro de sus documentos públicos del período posee: fue dicho en un lugar donde era posible decirlo. El estado de emergencia había sido declarado en varias provincias como respuesta al paro patronal. La prensa internacional

²⁴ Actas de la Respetable Logia Mosaico N°125, 19 de octubre de 1972.

difundía titulares que hablaban de “Chile al borde de la guerra civil”. En ese contexto, Allende eligió la logia como el espacio donde podía hablar con mayor franqueza. Lo primero que dijo fue una autocrítica que no aparece en ningún otro documento del período:

“Cometimos el error de no haber enviado un proyecto que clausurara el Congreso, desfavorable para el ejecutivo y favorable para la oposición, proyecto que habría sido rechazado por el Congreso, permitiéndonos llamar al pueblo a un plebiscito”²⁵

El presidente de la República reconocía ante sus hermanos un error político de consecuencias graves —el no haber forzado un plebiscito cuando la Unidad Popular contaba con el 50 por ciento del apoyo electoral, en abril de 1971— que nunca había formulado con esa claridad en ningún discurso en logia. La franqueza no era imprudencia: era la consecuencia lógica de estar en un espacio donde el lenguaje de la política contingente debía ceder paso al lenguaje de la conciencia. El templo masónico era el único lugar donde el presidente podía hablar como quien rinde cuentas ante sí mismo.

Allende abrió el discurso situando la coyuntura en perspectiva histórica: “Este es un momento difícil en nuestra historia patria. Aunque la situación es similar a lo ocurrido a Balmaceda antes de la revolución y a Carlos Ibáñez del Campo en 1931, la situación política, socioeconómica, cultural, etc., es muy distinta”. La mención a Balmaceda no era retórica. José Manuel Balmaceda había sido el presidente que, derrocado en 1891, optó por el suicidio antes que la rendición. Evocar su nombre ante hermanos que conocían esa historia, era tomar posición frente a ese precedente: afirmar la similitud de las circunstancias y, simultáneamente, la diferencia de la salida. La “situación muy distinta” a la que Allende aludía no era solo política ni económica: era la salida que él había elegido para sí mismo.

El cierre del discurso fue el pasaje que el secretario recogió con mayor fidelidad, posiblemente por ser el más impactante:

“Me temo que tenemos que vivir una vida aún más dura. No me iré del gobierno. No renunciaré, ni tampoco quiero ensangrentar a nues-

²⁵ Ibidem.

tro país... podría irme tranquilamente a mi casa, podría renunciar, pero... no tengo pasta de traidor”²⁶

Antes de formular esa declaración, Allende había evocado una frase del presidente Pedro Aguirre Cerda²⁷, haciendo suya una palabra que el ex presidente había pronunciado ante circunstancias igualmente difíciles. La operación retórica es precisa: Allende no inventa la imagen sino que la hereda, la reactualiza y la transforma al pronunciarla en un templo masónico, ante una audiencia que conoce a ambos presidentes y que puede medir el peso de la continuidad. La frase “no tengo pasta de traidor”, pronunciada ante hermanos que habían escuchado minutos antes la referencia a Balmaceda, equivalía a decir: el timón que prometí mantener en Colombia no será soltado.

Al término de su intervención, Allende solicitó al Venerable Maestro autorización para retirarse, alegando urgentes problemas de Estado. El Venerable Maestro accedió, pero “inmediatamente un grupo de numerosos hermanos, correspondiente a una tercera parte, aproximadamente, de los asistentes se levantó para seguirlo”. El Venerable Maestro ordenó al guarda templo cerrar las puertas y solicitó a los hermanos que se habían parado que “volvieran a sus columnas para proseguir con el desarrollo normal de la tenida”²⁸.

El episodio concentra en pocas líneas la tensión que atravesaba a la Gran Logia: una tercera parte de los hermanos presentes estaba dispuesta a romper los protocolos por seguir al presidente. El Orador de Mosaico N°125, Enrique Moss, formuló a continuación el comentario que quedó incluido en el acta: “se puede estar a favor de la U.P. o en contra de la U.P., pero nunca podremos llegar a negar nuestro apoyo al hermano que lo necesita”²⁹. La fraternidad masónica sobrevivía, pero apenas.

La nota publicada dos días después en *El Mercurio* fue concisa: “El presidente de la República habló antenoche ante los hermanos de la logia Mosaico 125, en el templo número 8 de la masonería. Allende calificó de

²⁶ Ibidem.

²⁷ “yo digo lo mismo que él expresara en 1939: solo saldré de La Moneda en un pijama de madera”.

²⁸ Ibidem.

²⁹ Ibidem.

artificial el conflicto que paraliza al país e hizo mención del suicidio de Balmaceda y de una frase del presidente Aguirre Cerda, que hizo suya”³⁰. La nota era breve, pero revelaba detalles que solo podían conocer personas presentes en la tenida: precisaba el número de la logia, el número del templo, el contenido del discurso y —crucialmente— la frase del pijama de madera, que era lo más íntimo y lo más explosivo de lo que allí se había dicho.

La filtración desencadenó un escándalo que dejaba en evidencia el grado de politización al que había llegado la institución. El Venerable Maestro Aleite designó un fiscal para realizar una investigación entre los miembros de la logia. Todos los asistentes declararon por escrito que habían permanecido en el templo hasta el final y que no habían proporcionado información a la prensa. La investigación interna concluyó sin responsables identificados, pero con una hipótesis que el acta formula con circunspección: “los informantes fueron probablemente hermanos de la Orden no familiarizados con la Respetable Logia Mosaico N°125, por la vaguedad de datos al respecto, es decir, hermanos que habían abandonado el templo junto con Allende antes del término de la tenida, ya que la ceremonia continuó conforme al Ritual del Grado, lo que ignoró el informante”³¹

Tres semanas después, el Tribunal de la Gran Logia de Chile ordenó a Mosaico N°125 abrir una segunda investigación por las “versiones truncas, falsas y erradas publicadas en la prensa”³². La logia respondió en junio de 1973 reiterando las conclusiones de la investigación interna. En paralelo, el Gran Maestro comunicó su malestar a Allende en una reunión en el Palacio de La Moneda: le explicó que había intentado llamarlo antes de la tenida y que, de haber podido, “te habría dicho que no estimaba oportuno que fueras a la Mosaico”. Le comunicó además que tenía conocimiento de que, durante la tenida, el discurso había sido transmitido al exterior mediante aparatos electrónicos para que lo escucharan los escoltas apostados en los vehículos: “eso yo no lo puedo aceptar, porque transforma a la Masonería en una institución irregular e ilegal”³³

³⁰ *El Mercurio*, Santiago, 21 de octubre de 1972.

³¹ Acta de la Respetable Logia Mosaico N°125, 8 de junio de 1973.

³² Acta de la Respetable Logia Mosaico N°125, 16 de noviembre de 1972.

³³ García Valenzuela; Entrevista entre el Gran Maestro y el Presidente de la República, Santiago, 25 de octubre de 1972.

Lo que el proceso de investigación muestra es que el mecanismo de confidencialidad —pensado para proteger el libre pensamiento en logia, para garantizar que lo dicho entre columnas no saliera al mundo profano— ya no podía cumplir su función. El secreto masónico no fue violado por descuido, su transgresión fue, probablemente, una decisión política de hermanos cuya lealtad al presidente o a la oposición había desplazado su lealtad a la Orden. El templo había dejado de ser el espacio discreto que Allende buscaba. Lo que el secretario de Mosaico recogió en su acta fue preservado para la historia porque los hermanos de los vehículos lo transmitieron en tiempo real. La ironía no es pequeña.

La nota de *El Mercurio* publicó la frase del pijama de madera. Ese detalle —que ningún corresponsal externo podría haber inventado— que el informante del diario había estado presente en la tenida o en contacto directo con quien lo estuvo. Lo más íntimo del discurso fue lo primero en circular. El templo ya no era un recinto cerrado.

TERCERA PARTE
EL CONFLICTO ABIERTO
(1970-1973)

El 5 de mayo de 1972, René García Valenzuela tomó nota de la reunión que acababa de sostener en el Palacio de La Moneda con el presidente de la República. Lo hizo con la minuciosidad de quien sabe que lo ocurrido no debe perderse. La simetría de sus trayectorias era tan pronunciada que resultaba casi irónica: nada en sus biografías paralelas explicaba la distancia que los separaba y sin embargo esa distancia existía, era real, y se ensanchaba con cada mes que pasaba.

Esa reunión de mayo de 1972 fue uno de los pocos momentos en que la tensión entre Marcoleta 659, dirección de la Gran Logia de Chile, y Morandé 80, sede del palacio de gobierno, se tradujo en palabras que quedarían para la historia. Lo que vino después fue un silencio público y un ruido privado: filtraciones a la prensa, circulares airadas, mensajes anuales que hablaban sin nombrar. El arco que va desde esa reunión de mayo de 1972 hasta la reunión del Consejo del 6 de septiembre de 1973 —cinco días antes del golpe— es la historia de una institución que fue alejándose de uno de sus miembros más ilustres sin llegar a decirlo jamás en voz alta.

DOS MÉDICOS, DOS HEREDEROS

René García Valenzuela inició su segundo mandato como Gran Maestro en 1969. Ese mismo año, Salvador Allende visitó la logia Franklin N°27 de Santiago, donde expuso la situación del país y llamó a los hermanos a la acción. La visita del entonces presidente del Senado ponía fin a su distanciamiento de la masonería, producida en 1965 cuando presentó una carta de renuncia a su logia. El reencuentro con los talleres era la señal de que Allende necesitaba ese espacio nuevamente.

La reunión del 5 de mayo de 1972 en La Moneda fue la culminación de un proceso de tanteo mutuo. Según el informe de García Valenzuela, Allende reconoció que durante la campaña presidencial anterior se le habían dado facilidades para exponer sus puntos de vista al interior de los talleres, y relató las dificultades que enfrentó dentro de la Unidad Popular para ser candidato designado. Señaló que creía tener el derecho de dar a conocer a sus hermanos sus planteamientos, y que se había vinculado con las logias a través de las invitaciones que estas le habían formulado. Finalmente, consideró que había cumplido con sus deberes masónicos y que en sus planteamientos doctrinarios se había mantenido “*en el plano superior de los principios*”¹.

La respuesta de García Valenzuela fue formulada con la misma precisión. El Gran Maestro reconoció la mayor vocación política de Allende, pero exigió que a la recíproca se respetara su “*exclusiva vocación masónica*”. Declaró mirar con temor el debate en lógica de problemas de política contingente, porque “*por muy desde lo alto que se hagan los planteamientos, siempre descendiendo al terreno personal*”. Añadió que su deber era mantener la unidad fraternal a todo trance y la neutralidad más absoluta, “*ya que bien se conocen las distintas simpatías políticas de los miembros de la masonería chilena*”². Antes de concluir, el Gran Maestro mencionó la existencia de un “*comité de hermanos allendistas*” que operaba al interior de la Orden y le pidió a Allende que conversara con ellos para que no fueran “*más papistas que el Papa*”.

El informe de García Valenzuela cierra con una apreciación que resulta, a la distancia, casi melancólica: “*Al término de la entrevista el resumen que ambos hacemos de ella es talentoso y constructivo, ya que ha sido un cambio de ideas de dos maestros masones cuyo buen resultado era de esperar*”³. Los buenos augurios no se cumplirían. Cinco meses después, los hechos producidos en la logia Mosaico N°125 iban a convertir la tensión contenida en esa reunión en conflicto abierto.

Como vimos en el capítulo anterior, en octubre de 1972, Allende concurrió por última vez a una tenida realizada por la logia Mosaico N°125. Dos días después de la tenida, el diario *El Mercurio* publicó una nota en la

¹ García Valenzuela, René, *Recuerdos personales. Entrevista con el hermano Salvador Allende*, 5 de mayo de 1972

² *Ibidem*.

³ *Ibidem*.

que se precisaban información detallada de la reunión. La filtración desencadenó una investigación interna que concluyó sin responsables, pero con una hipótesis: los informantes habían sido probablemente hermanos que abandonaron el templo junto con Allende antes del término de la tenida.

El Gran Maestro actuó con rapidez. En su intervención en la tenida de la Gran Logia celebrada el 22 de octubre de 1972 —apenas tres días después del incidente— García Valenzuela formuló una serie de preguntas retóricas destinadas a sus hermanos, cuya respuesta negativa quedaba implícita en el tono con que eran planteadas. ¿Se constituían las logias que recibirían visitantes ilustrados con todas las medidas de seguridad necesarias? ¿Cumplían los expertos con la enorme responsabilidad que les correspondía? Y luego, con una imagen que condensaba perfectamente su estado de ánimo:

“He ido guardando un abigarrado mosaico de recortes en que salta a la vista la fea maniobra de que estamos siendo objeto por parte de los antagonicos sectores del odio en el que día a día se divide nuestra nacionalidad. No me extraña entre quienes no nos quieren, pero me inquieta la actitud de sus informantes”⁴.

La queja no era solo administrativa. García Valenzuela sabía que el problema tenía dos caras: una exterior —los periodistas que difundían lo que ocurría en los templos— y una interior, los hermanos que se los contaban. Esa segunda cara era la que más lo perturbaba. Al terminar su intervención, invitó a los hermanos masones que trabajaron en la prensa a colaborar en “morigerar las demasías” que estaban a la vista de todos.

Se trataba de una solicitud que dejaba en evidencia cuánto había cambiado el clima interno: el Gran Maestro ya no podía controlar lo que ocurría en sus propios templos y debía apelar a la buena voluntad de quienes, en teoría, debían ser sus interlocutores más confiables.

La asamblea de ese mismo 28 de octubre partió además de otro momento de tensión. En el Bien General, el hermano Julio Sepúlveda intervino con una pregunta directa: ¿había el Gran Maestro conversado con el

⁴ García Valenzuela, René, *Llamado a la comprensión y la concordia*, palabras pronunciadas por el Gran Maestro en el Bien General de la Orden en la Tenida de Gran Logia de Chile, 28 de octubre de 1972.

Presidente de la República y le había dicho “su verdad” ? Señaló que la Iglesia entraba y salía de La Moneda, y que la masonería, “que no es una fuerza política, pero sí una fuerza moral” , podría al menos decir su pensamiento. Otro hermano, que no quiso identificarse, aludió al silencio de las radios y a la satisfacción de haberlas escuchado de nuevo, dejando en el aire la pregunta de si era compatible pertenecer a la Orden cuando el presidente que las había clausurado era hermano de la Orden: “*El hermano Allende no aplica nuestros principios en su gestión de gobernante*”, afirmó⁵. El Gran Maestro respondió pidiendo comprensión y señalando que no podía dar los pasos que se le insinuaban mientras no comprobaba “un claro índice, revelador de la comprensión masónica” que él había pedido reiteradamente.

LA CONFRONTACIÓN EN LA MONEDA

Probablemente como consecuencia de las declaraciones del 22 de octubre, Salvador Allende invitó al Gran Maestro a reunirse en el Palacio de La Moneda. García Valenzuela dejó también registro de esta segunda reunión, cuyo tono fue notable más áspero que el de mayo. El Gran Maestro tomó la iniciativa:

“¿Por dónde empezamos? —me preguntó— voy a empezar yo, le respondí. Mira, yo estoy ofendido contigo porque creo haber hecho lo posible por darte el mejor trato y tú no me has respondido en la misma forma. Tú vas a la Logia y no pasas a saludar al Gran Maestro; es cierto que es tu casa, pero desde hace mucho tiempo que nuestras relaciones fraternales son malas”⁶.

García Valenzuela continuó relatando el agravio que sentía ante ciertas críticas que circulaban en ambientes masónicos. Un diario había publicado que su discurso en el cementerio con motivo del velatorio de Aristóteles Berlendis —donde, según se decía, se lavaba las manos “como Poncio Pi-

⁵ Actas de la Asamblea de la Gran Logia de Chile, 28 de octubre de 1972.

⁶ García Valenzuela, René, Apuntes relativos a la reunión tenida con Salvador Allende en el Palacio de La Moneda, 1972.

latos” — era en realidad una forma velada de atacar al Presidente. Uno de los hermanos más cercanos a Allende, señaló el Gran Maestro, había afirmado que ese discurso había sido usado para “pegarte cinco o seis patadas”. A pesar de todo eso, subrayó, no le habían sacado “hasta este instante ni una palabra” y pensaba “seguir en esta misma situación siempre que nos entendamos como hermanos”⁷.

El episodio del discurso en el cementerio de Berlendis concentra con eficiencia los elementos del conflicto: la inevitable polisemia de los gestos públicos en un período de polarización extrema, la incapacidad de la institución masónica para preservar la confidencialidad de sus propios actos, y el resentimiento personal que se acumula en ambos lados de la relación. García Valenzuela no era un hombre de confrontación; su temple era el de quien cree en el silencio como posición y en la neutralidad como virtud. Que se sintiera obligado a plantear este inventario de agravios ante el propio Presidente da cuenta que el límite de su paciencia institucional había sido alcanzado. La reunión en La Moneda muestra es que esa incapacidad de mantenerse al margen tenía una dirección precisa.

EL CAMINO A LA RUPTURA

En junio de 1973, el Gran Maestro leyó en una tenida solemne su mensaje anual. Había señalado, como lo haría en privado ante distintos interlocutores, que desde 1970 todos sus mensajes anuales habían hecho referencia a la relación con el Hermano Presidente. El desacuerdo, que era claramente de índole ideológica, quedó formulado de manera más explícita que nunca en ese mensaje de mediados de año. García Valenzuela sostuvo que la masonería “renuncia al estímulo directo de aspiraciones económicas y de elevación de una clase en particular en desmedro de otra u otras”, y trabaja en cambio por el perfeccionamiento de *toda* una sociedad. Añadió con precisión:

“Propicia el principio de atenuación del sufrimiento humano, en este mundo y para este mundo, pero su programa no persigue como exigencia inmovible la abolición del actual sistema económico, ni el

⁷ Ibidem.

sacrificio de clases o de generaciones. Ella parte de un sentimiento de amor e iluminación masónica del individuo para la modelación de su vida interior y su actuación consecuente en su vida ciudadana dentro de la sociedad”⁸

El pasaje era una respuesta doctrinal directa al programa de la Unidad Popular, aunque sin nombrarlo. La distinción entre atenuación del sufrimiento y abolición del sistema económico trazaba exactamente la línea divisoria que García Valenzuela quería establecer entre la masonería y el proyecto allendista. La reforma profunda de las estructuras —la vía chilena al socialismo—era, desde esta perspectiva, incompatible con los valores de la Orden, y con la metodología que esta había empleado históricamente: la transformación individual como camino hacia la transformación social, no al revés. El historiador Danny Monsálvez plantea que este tipo de declaraciones expresaban una visión conservadora de la institución que se iría radicalizando después del golpe, cuando el mismo argumento del apolitismo se usaría para no pronunciarse sobre la represión⁹.

La polémica participación de Allende en la logia Mosaico N°125, que había detonado la crisis de octubre de 1972, se había producido durante un viaje de García Valenzuela por Europa. En su ausencia, el Gran Maestro Adjunto, Óscar Pereira Henríquez —quien llegaría a ser Gran Maestro entre 1982 y 1990— había asumido la conducción de la Orden. Al retomar sus funciones en agosto de 1973, García Valenzuela manifestó su malestar en una circular fechada el 20 de ese mes, dirigida a todos los Venerables Maestros de las Logias de la Obediencia y los Grandes Delegados Regionales.

En esa circular, el Gran Maestro denunció que, durante su ausencia, se había convocado a una reunión de jefes de logias “para considerar en conciliábulo no autorizado algunos problemas contingentes”. La reunión, señaló, había accionado bajo pretexto de atender “peticiones fraternales extramurales” que, de ser efectivas, no se habían valido del “seguro conducto de la reciprocidad respetuosa que debe imperar entre la jerarquía

⁸ García Valenzuela, René, *Mensaje anual leído en la tenida de la Gran Logia de Chile*, 23 de junio de 1973.

⁹ Monsálvez, Danny, “La Masonería Chilena en un periodo de tensión: 1970 y 1973. ¿La otra cara de la fraternidad? Una mirada a través de sus revistas” en: *Revista Historia Universidad de Concepción*, N° 20, vol. 2, julio-diciembre 2013, pp. 122-125.

civil y masónica”¹⁰. La implicación era clara: alguien desde el gobierno —o en nombre del gobierno— había intentado movilizar a los jefes de logias sin pasar por la autoridad del Gran Maestro. García Valenzuela no nombró a nadie, pero la descripción de una solicitud que llegaba desde el exterior de la institución y que buscaba comprometer a los representantes de la Orden en algún pronunciamiento o acción política era inequívoca.

La circular del 20 de agosto continuaba con un párrafo que merece ser leído con atención, porque condensa la posición del Gran Maestro con una claridad que sus comunicaciones anteriores no siempre habían tenido. Frente a quienes lo criticaban por su “suavidad intencionada” por el silencio que había mantenido ante las pasiones políticas, García Valenzuela señaló que esas insinuaciones, de cumplirse en forma de “manifestaciones públicas extramurales”, serían “maliciosamente usadas por quienes hoy, de uno y otro lado, se acuerdan de nosotros en su intención de arrastrarnos a pronunciamientos que no nos corresponden”. Y luego agregó la frase que mejor define su diagnóstico del período:

“¿Es nuestro mundo masónico interior, intramural, resultado de la discrepancia o simplemente el conjunto de síntomas, del síndrome de la contaminación política contingente, del ansia de poder, del encubramiento prematuro, de la cómoda contemporización con una posición profana esperable de algunos de nuestros hermanos, muy especialmente de aquellos que actúan en el mundo exterior contingente?”¹¹

La expresión “síndrome de la contaminación política contingente” era la más precisa que García Valenzuela había utilizado para describir lo que, en su perspectiva, había ocurrido con la institución durante los tres años de gobierno de Allende. La masonería no se había dividido por razones doctrinales ni por disputas sobre el ritual: se había dividido porque el mundo exterior había penetrado sus templos y se había convertido a los hermanos en actores de un conflicto que no les pertenecía como institución.

¹⁰ *Circular N°13 del Gran Maestro de la Gran Logia de Chile*, René García Valenzuela, a los Venerables Maestros de las Logias de la Obediencia, 20 de agosto de 1973.

¹¹ *Ibidem*.

CINCO DÍAS ANTES

El acta del Consejo de la Gran Logia de Chile del 6 de septiembre de 1973 —cinco días antes del golpe— es uno de los documentos más reveladores de todo el período, precisamente porque nada en él sugiere que quienes participaron en esa reunión sabían lo que iba a ocurrir. El Consejo se reunió en circunstancias que para cualquier observador de la política chilena eran de extrema gravedad —el país llevaba semanas en un estado de tensión que hacía previsible alguna forma de ruptura institucional—, pero el debate registrado en el acta tiene la textura de lo cotidiano, de lo institucional, de lo preocupante pero no urgente.

El punto central fue el nombramiento como ministros de los hermanos Edgardo Enríquez Frodden (ministro de Educación); Mario Lagos Hernández (ministro de Salud) y José María Sepúlveda Galindo (ministro de Tierras y Colonización). El hermano Aldunate manifestó sus dudas acerca de si era conveniente felicitar a los hermanos nombrados en cargos de gobierno, señalando que hacerlo equivalía “casi como aprobar una política de gobierno en circunstancias de que hemos sufrido graves y dolorosas decepciones”. El Gran Maestro tomó la palabra para precisar que no los había felicitado por sus designaciones sino que les había expresado el buen deseo de que les fuera lo mejor posible en su gestión¹².

Lo que siguió fue un relato de sus conversaciones personales con cada uno de los ministros que ilumina, más que cualquier declaración oficial, el tipo de relación que García Valenzuela mantenía con los hermanos del gobierno. Sobre Enríquez señaló que era “el primer ministro de Educación que viene a saludar al Gran Maestro” y que en su conversación “se comportó como un verdadero masón”: había dicho que abandonaría el cargo si la reforma educativa no se hacía por ley, y que no veía incompatibilidad entre el Estado docente y la libertad de enseñanza. Sobre Lagos señaló que buscaba la solución del problema médico por la vía gremial, y que si no lo lograba “se iría”. En cuanto a Sepúlveda, el Gran Maestro recordó que siempre había sido un hombre que había “luchado en defensa de la clase obrera” y que los principios de la Orden coincidían con su pensamiento¹³.

¹² Actas del Consejo de la Gran Logia de Chile, 6 de septiembre de 1973.

¹³ *Ibidem*.

Lo notable del acta es que en ningún momento se menciona la posibilidad de un golpe de Estado, ni se aborda la situación política general del país. El debate se circunscribe al problema masónico de la relación con los hermanos que ejercían cargos de gobierno, con el mismo lenguaje institucional que había caracterizado todas las reuniones anteriores. Era el 6 de septiembre de 1973. Cinco días después, la Gran Logia de Chile cerraría sus puertas temporalmente, y varios de esos hermanos cuyos nombres habían sido discutidos en esa reunión serían detenidos, exiliados o perderían su calidad masónica.

“MARCOLETA 659 NO ES MORANDÉ 80”

Tres meses antes del golpe —en junio de 1973, el mismo mes en que García Valenzuela leyó su mensaje anual sobre la abolición del sistema económico— el Gran Maestro concedió una entrevista al diario *Las Últimas Noticias*. Era un gesto poco habitual: la Gran Logia no solía hacer declaraciones públicas y menos en coyunturas de alta polarización política. El hecho de que decidiera a transparentar que la presión externa sobre la institución había llegado a un nivel que las autoridades consideraron necesario responder de alguna manera.

García Valenzuela eligió el lenguaje de la distinción filosófica. Frente a la pregunta implícita de dónde estaba la masonería en el conflicto que vivía el país, respondió con una serie de oposiciones conceptuales que, en su sencillez aparente, encerraban una posición política precisa:

“Ahora existe una cuestión ideológica y aquí no caben las ideologías. Aquí tienen lugar las ideas. Las ideologías son un conjunto de ideas amarradas con un propósito concreto, y sobre todo cerrados, como con anteojeras (...) En el análisis de los hechos de repente se producen confrontaciones. En esos casos yo reconozco que mantengo planteamientos deformados por cincuenta años de vida masónica. Pero eso mismo me hace advertir las deformaciones que surgen de quien tiene cincuenta años de vida política”¹⁴.

¹⁴ Entrevista de Federico Willoughby-Mac Donald al Gran Maestro de la Gran Logia de Chile, René García Valenzuela, en: *Las Últimas Noticias*, 9 de junio de 1973.

La clave estaba al final. Cuando el entrevistador intentó llevar la conversación hacia el terreno de la posición de la Orden respecto del gobierno, García Valenzuela cerró el paso con la frase que se convirtió en el título de este capítulo: “*Como fuera —en todos los momentos que es necesario— se recuerda a quien conviene que Marcoleta 659 —sede de la Gran Logia de Chile— no es Morandé 80 —antigua entrada privada al Palacio de La Moneda*”. Era una declaración de independencia institucional, pero era también —como ha señalado Monsálvez— un enunciado que en el contexto de 1973 tenía una dirección política inequívoca: la masonería no era el gobierno, no respaldaba al gobierno, y quienes pretendían usarla como aval del proceso que encabezaba Allende se equivocaban de institución¹⁵.

¹⁵ Monsálvez, *op. cit.*, p. 122.

Capítulo 7

QUERELLAS EN LOGIA: LOS JUICIOS MASÓNICOS DE 1973

En el Chile de 1973, la política había dejado de ser un fenómeno externo a la masonería. Los conflictos que dividían al país —la reforma educacional, el orden constitucional, el proyecto de la Unidad Popular—se instalaban ahora en las columnas y en los debates de logia. Las autoridades de la Gran Logia de Chile, que desde hacía décadas proclamaban su neutralidad política como uno de sus pilares institucionales más preciados, se encontraban ante un dilema que ninguna declaración de principios podía resolver cómodamente: ¿cómo sostener la fraternidad entre hermanos cuando estos se atacaban públicamente, se acusaban de traición ideológica y llevaban sus querellas ante un tribunal masónico?

Hay dos procesos de justicia masónica que se desarrollaron en 1973 que constituyen documentos históricos de primer orden. Son el espejo en que se reflejan las fracturas profundas de una institución que intentaba mantenerse por encima de la tormenta. El primero de estos procesos enfrentó a dos figuras de relevancia política y masónica: el ex Gran Maestro Alejandro Serani Burgos y el ministro de Educación Jorge Tapia Valdés. El segundo —inconcluso por la irrupción de la historia— puso en el banquillo nada menos que a Salvador Allende Gossens, acusado por Raúl Molina Guajardo de haber traicionado tanto la Constitución como los principios de la Orden.

Ambos casos, a pesar de su diferencia, permiten apreciar que al interior de la Gran Logia de Chile coexistían, en tensión creciente, dos visiones radicalmente distintas sobre qué significaba ser masón en un momento de convulsión política. Y que esa tensión, llegado un punto, ya no podía resolverse con llamados a la fraternidad.

Para comprender los conflictos que estallaron en 1973, es necesario situarlos en el marco más amplio de la relación histórica entre el Partido

Radical y la Gran Logia de Chile. Durante décadas, el radicalismo había sido, junto a la masonería, uno de los grandes proyectos laicistas del país. Ambas instituciones compartían una matriz intelectual común: la fe en la razón, la educación pública, la separación de la Iglesia del Estado y el progreso gradual como alternativa al fanatismo y la revolución. Muchos de los dirigentes radicales más destacados del siglo xx habían sido, a la vez, masones activos.

Sin embargo, esa alianza histórica se fue tensando a medida que el Partido Radical experimentó sus propias fracturas internas a fines de los años sesenta y comienzos de los setenta. El ascenso de Allende y la Unidad Popular puso a los radicales ante una disyuntiva incómoda: apoyar al gobierno de un candidato que, si bien era masón y había compartido espacios políticos con ellos, provenía de otra tradición —la socialista— y gobernaba en coalición con el Partido Comunista. Una fracción significativa de los masones radicales se convirtió en opositora al gobierno, y utilizó los espacios institucionales de la Gran Logia para expresar esa oposición.

Esta presión tomó forma en artículos de prensa, intervenciones en tenidas y, finalmente, en querellas ante el Tribunal de la Gran Logia de Chile. El caso Serani-Tapia es el ejemplo más elocuente de esta dinámica.

EL PRIMER PROCESO: ALEJANDRO SERANI CONTRA EL MINISTRO JORGE TAPIA

El 25 de abril de 1973, el diario *El Mercurio* publicó un artículo de opinión titulado “La doctrina Radical y el Sr. Ministro Tapia”, firmado por el ex Gran Maestro de la Gran Logia de Chile, Alejandro Serani Burgos. El blanco del texto era el ministro de Educación de la Unidad Popular, Jorge Tapia Valdés, y el objeto de la crítica era su impulso a la Escuela Nacional Unificada (ENU), el polémico proyecto educacional del gobierno que proponía una reforma integral del sistema escolar chileno.

Serani no era un personaje común. Abogado, militante del Partido Democrático, había sido diputado por Angol, Laja y Mulchén entre 1933 y 1937, ministro de Justicia, Tierras y Colonización en 1937, ministro del Trabajo entre 1948 y 1952 y, sobre todo, Gran Maestro de la Gran Logia de

Chile entre 1954 y 1957. Su firma en la prensa no era la de un ciudadano cualquiera: era la de quien había dirigido la masonería chilena. Y eso, precisamente, era lo que hacía explosivo su artículo.

El texto de Serani atacaba al ministro en dos frentes simultáneos. Por un lado, lo acusaba de traicionar los principios del radicalismo histórico al promover una reforma educacional que, según él, conducía al monopolio estatal y a la enseñanza de lo que denominaba “la Religión Marxista Única”. La pregunta que lanzaba era directa y políticamente cargada: “¿Son radicales el Ministro Sr. Tapia y el grupo de correligionarios que colaboran con él?”¹. Por otro lado, y esto era aún más grave en términos masónicos, el artículo revelaba públicamente la condición de masón del ministro, un acto expresamente prohibido por los reglamentos de la Orden.

Para Serani, el proyecto de la ENU representaba la negación de todo lo que la masonería y el radicalismo habían defendido históricamente: la educación laica como herramienta de emancipación, la separación entre Estado e Iglesia, y la libertad de conciencia como valor supremo. En su lógica, reemplazar la enseñanza laica por una “religión marxista” era reproducir, con otro signo ideológico, el mismo fanatismo que la masonería había combatido durante siglos. El artículo terminaba con una pregunta retórica que resumía toda su argumentación: “¿Entiende el Sr. Tapia la filosofía del Libre examen, piedra angular de la masonería universal?”².

Lo que Serani no previó, o quizás sí previó pero decidió ignorar, era que esa pregunta abría un proceso que podría volverse en su contra.

Jorge Tapia Valdés no respondió por la prensa. Eligió, en cambio, el camino que la Orden ponía a su disposición: el tribunal masónico. En una carta fechada el 7 de mayo de 1973, con membrete del “Ministerio de Educación Pública”, Tapia se presentó ante el tribunal en su calidad de “maestro, grado tercero de la Respetable Logia Renovación N° 31” para formular una denuncia formal contra el ex Gran Maestro.

La argumentación de Tapia era cuidadosa y astuta. Comenzaba reconociendo la exposición pública que implicaba su cargo: “La circunstancia de desempeñar un cargo público de alta responsabilidad como es el de

¹ Serani, Alejandro, “La doctrina radical y el Sr. Ministro Tapia”, en: *El Mercurio*, 25 de abril de 1973.

² *Ibidem*.

ministro de Educación, hace que frecuentemente esté expuesto a estos ataques, por lo que en general, ello no me sorprende”³. Pero inmediatamente introducía el elemento diferencial: lo que lo llevaba a actuar no era el ataque político en sí mismo, era el hecho de que ese ataque proviniera de un masón, y de uno que había ocupado la máxima jerarquía de la institución. Un ex Gran Maestro que atacaba públicamente a un hermano no era un ciudadano ejerciendo su derecho de opinión: era alguien que, ante la opinión pública ignorante de las prácticas masónicas, aparecía como el vocero autorizado de la Orden.

Tapia también subrayaba el contraste entre su propio proceder y el de Serani. Él, había elegido resolver el conflicto en el seno de la Orden y no “dar un espectáculo ingrato ante la opinión pública”. El agresor, en cambio, había optado por el escándalo. Esta inversión de roles —la víctima que actúa con más mesura masónica que el agresor— era un argumento retórico poderoso ante el tribunal.

Respecto del fondo del asunto, el ministro desmentía haber hecho proselitismo en las logias. Explicaba que las visitas a distintas tenidas habían sido a invitación de los propios talleres, que querían informarse sobre la reforma educacional, y que en esos debates habían participado masones de distintas tendencias. Lo que Serani describía como propaganda gubernamental era, según Tapia, simplemente la práctica masónica del libre debate: “Lo que ha ocurrido es que diversas logias en plena conciencia de que la Francmasonería no es sino lo que son sus hombres en cualquier tiempo o lugar, han querido formarse su propia opinión respecto de un problema de tanta trascendencia como es la reforma de nuestra Educación”⁴.

Pero los cargos más graves de su denuncia eran tres: Serani había usado “un lenguaje despectivo, a todas luces impropio de quien ha jurado respetar a su hermano”; había “revelado la condición de masón de un hermano, lo que está especialmente vedado”; y había “supuesto intenciones —que ningún hombre ni mucho menos un masón tiene derecho a hacer—

³ La documentación del caso se encuentra en el archivo del tribunal de la Gran Logia de Chile. Sin embargo, en 2016, Alberto Salinas, por ese entonces encargado del archivo, publicó un artículo en cuyos anexos incorporó toda la documentación. Al respecto véase: Salinas, Alberto, *Juicios emblemáticos en la Historia de los tribunales Masónicos de Chile*, inédito, 2016.

⁴ *Ibidem*.

”⁵. En ese último punto, Tapia apelaba a uno de los principios más elementales de la ética masónica: juzgar a los hombres por sus acciones, no por las intenciones que se les atribuyen.

La denuncia cerraba con una conclusión formal: la conducta de Serani era “contraria a las normas éticas y por tanto nociva a la Francmasonería”; había producido “un daño injusto” al denunciante y a todos los masones de distinta tendencia política; y al ventilar el asunto en el mundo profano había “faltado al juramento de discreción y menoscabado el prestigio de la Orden, vulnerando sus principios y quebrantando su disciplina y buen orden”⁶.

El tribunal de la Gran Logia actuó con celeridad. El 14 de junio de 1973, apenas un mes y medio después de iniciado el proceso, convocó a ambas partes a una reunión de conciliación. Serani y Tapia aceptaron el arreglo, y el proceso fue dado por concluido.

Que se resolviera con tanta rapidez por la vía de la conciliación no es irrelevante. El tribunal no quiso —o no pudo— entrar en el fondo del conflicto. Resolver formalmente quién tenía razón habría implicado pronunciarse sobre la ENU, sobre el gobierno de Allende, sobre los límites de la libertad de expresión de un ex Gran Maestro, y sobre si la condición de ministro daba derecho a usar las logias como foros políticos. Ninguna de esas respuestas podía darse sin tomar partido. La conciliación fue, en ese sentido, una forma de eludir el problema más que de resolverlo.

Y sin embargo, el caso Serani-Tapia no quedó sin consecuencias. Demostró que el tribunal masónico podía ser utilizado como arena política. Estableció un precedente: la vía institucional estaba abierta para quien quisiera procesar a un hermano por su actuación pública. Ese precedente sería invocado apenas tres meses después, en circunstancias incomparablemente más graves.

⁵ Ibidem.

⁶ Ibidem.

EL SEGUNDO PROCESO: RAÚL MOLINA CONTRA SALVADOR ALLENDE

Si el caso Serani-Tapia había sido un conflicto entre dos figuras de la política masónica, el proceso iniciado el 7 de septiembre de 1973 era de una naturaleza completamente distinta. Su protagonista era el presidente de la República. Su acusador era Raúl Molina Guajardo, abogado, diplomático, ex Venerable Maestro de la logia La Montaña N° 50 y presidente del Partido Democracia Radical⁷.

La querrela fue presentada cuatro días antes del golpe de Estado, en el momento de mayor crisis institucional de la República, cuando el conflicto entre el Ejecutivo y el Congreso había llegado a un punto que muchos consideraban insalvable.

El documento que Molina presentó ante el tribunal es un texto de combate. Su autor, que subrayaba ser abogado pero que había elegido deliberadamente no seguir “una forma profanamente procesal”, construyó una argumentación en varios planos: el constitucional, el ideológico y el específicamente masónico. La estrategia retórica era clara desde el comienzo: demostrar que entre los principios de la masonería y la conducta de Allende como presidente existía una contradicción insalvable, y que esa contradicción obligaba al tribunal a actuar.

El primer bloque de la acusación era político-jurídico. Molina recordaba que Allende, al asumir la presidencia, había prometido “conservar la integridad e independencia de la Nación y guardar y hacer guardar la Constitución y las leyes”⁸. Había prometido, además, respetar el llamado “Estatuto de Garantías”, incorporado a la Constitución como condición impuesta por la Democracia Cristiana para votar por él en el Congreso

⁷ Democracia Radical, fue un partido político chileno de centroderecha fundado el 22 de noviembre de 1969 por dirigentes escindidos del Partido Radical, quienes representaban su ala más conservadora y anticomunista y se oponían al apoyo de ese partido a la candidatura presidencial de Salvador Allende. El conglomerado fue legalizado en enero de 1970, apoyó la candidatura de Jorge Alessandri y se convirtió en un activo opositor al gobierno de la Unidad Popular, integrando en 1972 la Confederación de la Democracia (CODE) junto al Partido Nacional. Tras el golpe militar de 1973 respaldó el nuevo régimen y aceptó su disolución junto con el resto de los partidos políticos.

⁸ Salinas, *op. cit.*

Pleno. Esa promesa, argumentaba Molina, había sido incumplida de manera sistemática.

Para sostener este cargo, el querellante invocaba dos documentos de enorme peso institucional. El primero era el Acuerdo del Congreso Nacional de agosto de 1973, en el que el Parlamento representaba al Ejecutivo “el grave quebrantamiento del orden constitucional y legal de la República” y le recordaba “el juramento de fidelidad a la Constitución y a las leyes que ha prestado”⁹. El segundo era un documento de la Corte Suprema que dejaba constancia de los “atropellos gubernativos a la Constitución y a la ley y a los fallos de los tribunales de justicia”.

A estos documentos formales, Molina sumaba un argumento adicional particularmente incisivo: en una entrevista concedida al escritor francés Régis Debray, Allende habría admitido que su promesa de respetar el Estatuto de Garantías había sido “una táctica” para llegar al poder. Si esto era cierto, la violación constitucional era producto de una decisión deliberada y previa a la asunción del cargo. En ese caso, concluía Molina, la palabra empeñada había sido falsa desde el inicio.

Esta parte de la argumentación utilizaba, con plena consciencia, el lenguaje y los documentos del debate político. Pero Molina se cuidaba de hacer la articulación con el plano masónico de manera explícita: un hombre que había prometido guardar la Constitución y luego la había violado sistemáticamente era alguien cuya palabra carecía de valor. Y la palabra, recordaba, es uno de los principios centrales del ritual masónico.

El segundo bloque de la acusación era de naturaleza doctrinaria. Molina sostenía que el marxismo-leninismo era, en su esencia, incompatible con los principios de la masonería, y que Allende, como marxista-leninista confeso, no podía ser masón en ningún sentido sustantivo.

La argumentación arrancaba de un recuerdo personal. Cuando Molina había ingresado a la Respetable Logia La Montaña, muchos años atrás, había escuchado el ritual de iniciación y su énfasis libertario, y se había preguntado si masonería y marxismo-leninismo eran compatibles, “ya que este incorpora a su metodología la dictadura del proletariado”. La respuesta que había recibido entonces era que la masonería predicaba la tolerancia. Años después, Molina volvía sobre esa respuesta para cuestionarla: “Me

⁹ Ibidem.

pregunto y me sigo preguntando si, a veces, estamos confundiendo la tolerancia con la complicidad. Si somos ‘lucha activa contra el mal y el error’ y predicamos la tolerancia, ¿cómo podemos tolerar la intolerancia?’¹⁰.

Para reforzar este argumento, Molina usaba las propias palabras del Gran Maestro René García Valenzuela, publicadas en *El Mercurio* el 12 de agosto de 1973. En esa entrevista, el Gran Maestro había declarado que “cualquier tipo de dictadura es traición al país y a la Orden” y que la masonería “había desaparecido de la Alemania Nazi, de la Italia Fascista, de la Francia de Vichy, de la Unión Soviética y de sus satélites”, añadiendo que “su doctrina liberal y tolerante se opone a las ideologías totalitarias”¹¹. Molina señalaba que concordaba plenamente con estas afirmaciones, y precisamente por eso preguntaba: si toda dictadura era traición a la Orden, y si el marxismo-leninismo conducía necesariamente a la dictadura del proletariado, ¿cómo podía un marxista-leninista ser masón?

La estrategia era elegante desde el punto de vista retórico: Molina no atacaba al Gran Maestro ni a las autoridades de la Gran Logia; al contrario, utilizaba las palabras de la propia conducción institucional para construir el argumento contra Allende. El razonamiento era el siguiente: si las autoridades masónicas ya habían establecido que el totalitarismo era incompatible con la masonería, entonces el tribunal no tenía más que aplicar ese principio al caso concreto del presidente.

El tercer y más elaborado bloque de la querrela era el estrictamente masónico. Molina analizaba la conducta de Allende a la luz de los rituales, y concluía que el presidente se encontraba “en las antípodas” de la Orden.

El análisis procedía por contraste. Uno de los principios del ritual señalaba que los masones deben “extender la fraternidad por todos los ámbitos del mundo”. Molina preguntaba: ¿había fraternidad en el Chile de 1973, con su “hirviente marmita de odios”? ¿Era fraternal el llamado del gobierno “a la violencia revolucionaria contra la violencia reaccionaria”? Otro principio ritual advertía contra la tiranía y el fanatismo “que no resuelven las cuestiones sino por la fuerza o el hambre”. Molina señalaba hacia las colas de personas que trasnochaban para obtener alimentos básicos como evidencia de esa tiranía.

¹⁰ Ibidem.

¹¹ Ibidem.

Pero el argumento más sofisticado era el relativo al ejemplo masónico. El ritual de segundo grado, recordaba Molina, pide a los masones que “ejemplaricen a cuantos les rodean”. Un masón cuyas acciones eran conocidas públicamente tenía una responsabilidad especial: su conducta hablaba en nombre de la Orden ante los ojos del mundo profano. En el caso de Allende, Molina argumentaba que esa responsabilidad se había convertido en un problema grave para la institución:

“Cuando el ejemplo extramural del masón no solo es diferente de lo que señalan nuestras prácticas y doctrinas, sino abiertamente adverso, nuestra obra en el mundo cae y se distorsiona, confunde y extravía. Y así, la Orden se desprestigia. Para usar la terminología en boga, pierde la ‘imagen’ que le pertenece por sus altos ideales y por su trayectoria histórica y, por el contrario, se desfigura y pierde eficacia”¹²

La conclusión de esta línea argumental era que el mandil de Allende —la insignia más visible del masón— se había convertido en un signo exterior “vano y estéril”, porque no estaba “grabado en la conciencia”, como exige el ritual, sino que contradecía abiertamente la enseñanza masónica. Allende, concluía Molina, portaba un mandil pero no era masón en ningún sentido real.

Y luego venía la petición formal: “demando al venerable hermano Salvador Allende Gossens, masón oficial y profano intrínseco —y solicito al Ilustrísimo Tribunal que le prive de la calidad de masón para evitar más daño a la Orden comprobando, por lo demás, un hecho verdadero: intrínsecamente Salvador Allende NO ES MASÓN”¹³.

Las letras mayúsculas con que Molina cerraba su demanda, eran el énfasis deliberado de alguien convencido de que estaba enunciando una verdad evidente que la Orden se había negado a reconocer.

El proceso no llegó a ninguna resolución. Seis días después de que presentó su querrela —el 13 de septiembre de 1973,—, Raúl Molina envió al tribunal una escueta comunicación solicitando el archivo del expediente. Las palabras que eligió son de una sobriedad que contrasta con la vehemen-

¹² Ibidem.

¹³ Ibidem.

cia del texto anterior: “Vistos los acontecimientos producidos en nuestra patria entre los días de ayer y de hoy, en los cuales falleció el miembro de la Gran Logia contra quien esta querella fue entablada, fraternalmente os ruego ordenar su archivo”¹⁴

En esas dos líneas hay mucho que leer. Molina no menciona el golpe por su nombre. El lenguaje es deliberadamente neutro, casi burocrático. Y sin embargo, la neutralidad misma es elocuente: Molina no expresaba ningún pesar por la muerte del hombre a quien había querellado cuatro días antes, pero tampoco celebraba los hechos ni hacía ninguna referencia al nuevo régimen.

El archivo de la querella dejaba la pregunta principal sin responder. El tribunal nunca se pronunció sobre si Allende debía o no ser privado de su calidad masónica. La Historia, en su brutalidad, había reemplazado al tribunal. Y la pregunta que Molina había formulado —¿puede un marxista-leninista ser masón?— quedaba suspendida en el aire, sin resolución formal, disponible para ser retomada en los meses siguientes por quienes querían purgar a los hermanos allendistas de las logias chilenas.

DOS PROCESOS, UNA FRACTURA

Analizados en conjunto, los dos procesos de 1973 ante el tribunal de la Gran Logia iluminan la naturaleza y la profundidad de la crisis institucional que atravesaba la masonería chilena en sus últimas semanas de relativa normalidad.

El primer proceso, el de Serani y Tapia, era el conflicto entre dos concepciones del rol político del masón: la del masón que interviene públicamente en el debate invocando sus principios, y la del masón que considera que los asuntos de la Orden deben ventilarse en el interior del templo. Paradójicamente, el acusado —Tapia— resultó ser quien más fielmente había seguido el principio masónico de resolver las disputas dentro de la institución, mientras que el acusador —Serani— era quien lo había violado al recurrir a la prensa. La conciliación resolvió el episodio sin resolver el problema de

¹⁴ Ibidem.

fondo: la tensión entre la esfera pública y la esfera masónica en una época de alta politización.

El segundo proceso era de otra magnitud. La querrela de Molina contra Allende era un juicio de legitimidad masónica que ponía en cuestión si el presidente tenía derecho a seguir siendo miembro de la Orden. Los argumentos de Molina eran, en muchos sentidos, los argumentos del sector conservador de la masonería chilena articulados en su forma más sistemática: el marxismo-leninismo es incompatible con la masonería; Allende es marxista-leninista; luego, Allende no puede ser masón. Este silogismo, presentado con abundante documentación y con el apoyo implícito de las propias declaraciones del Gran Maestro, era difícil de rebatir desde dentro de la lógica que el querellante establecía.

Lo que el proceso dejaba en evidencia, sin embargo, era que ese mismo argumento podía invertirse. Si el totalitarismo era incompatible con la masonería, ¿lo era también el golpe de Estado? ¿Lo era la dictadura militar? Esas preguntas no fueron formuladas en el tribunal masónico de septiembre de 1973. Serían formuladas, con dolor y en circunstancias dramáticas, en los meses y años que siguieron al golpe.

Hay algo profundamente significativo en el hecho de que estos dos procesos hayan ocurrido precisamente en 1973. Es una señal inequívoca de que la institución masónica estaba siendo atravesada por las mismas tensiones que fracturaban al país entero.

La masonería chilena se había construido, a lo largo del siglo XIX y la primera mitad del XX, como un espacio de encuentro por encima de las diferencias políticas. Sus logias eran, al menos en teoría, lugares donde radicales, liberales y socialistas podían coincidir bajo el mandil y dejar afuera sus diferencias partidarias. Ese modelo había funcionado, con tensiones pero de manera relativamente estable, durante décadas. Sin embargo, los procesos de 1973 muestran que ese modelo ya había llegado a su límite.

Cuando las diferencias políticas son lo suficientemente profundas —cuando lo que está en juego es el tipo de sociedad que se quiere construir—, la ficción del “espacio neutral” se vuelve insostenible. Los masones chilenos de 1973 no podían dejar sus convicciones políticas en la puerta del templo porque esas convicciones habían dejado de ser preferencias personales para convertirse en identidades totales. Un masón radical opositor al

gobierno de Allende veía en su hermano socialista a alguien que ponía en peligro valores que consideraba fundamentales.

Los tribunales masónicos, diseñados para resolver disputas de honor y disciplina entre hermanos, no estaban equipados para procesar ese nivel de conflicto. La conciliación en el caso Serani-Tapia y el archivo por muerte del acusado en el caso Molina-Allende, fueron un mecanismo de eludir una respuesta que la institución no estaba en condiciones de dar.

Después del 11 de septiembre, esa respuesta sería dada de otras maneras. No por el tribunal masónico, sino por la propia dinámica institucional de una Gran Logia que tendría que decidir cómo relacionarse con la Junta Militar, qué hacer con los hermanos detenidos o exiliados, y qué significaba ser masón en una dictadura.

CUARTA PARTE
SILENCIO, MUERTE Y DISPUTA
POR LA MEMORIA

Capítulo 8

EL SILENCIO DE LOS TEMPLOS: GOLPE, RUPTURA Y EXILIO MASÓNICO

El 11 de septiembre de 1973 cambió Chile de manera irreversible. Para la masonería, ese día inauguró un período de incertidumbre, negociación y fractura interna que acabaría por transformar profundamente la identidad de la institución. Mientras el país asistía al bombardeo del Palacio de La Moneda y a la muerte del presidente Salvador Allende, la Gran Logia de Chile cerraba sus puertas ese día por primera y única vez. Esa clausura efímera, carente de todo significado político declarado, sería en sí misma emblemática de lo que vendría: una institución que prefería la inacción, y por ende la supervivencia, al riesgo de tomar partido.

Al poco tiempo, la Gran Logia reabrió sus puertas y reanudó sus trabajos. Este hecho, que sus autoridades presentarían como prueba de normalidad institucional, tuvo un costo. Rómulo Tromben, quien sería más tarde fundador de la logia Lautaro N° 1 en París, describe en sus testimonios qué significó realmente esa reapertura para los masones que vivían en Chile:

“Decidimos aceptar lo que se nos imponía. Era la única manera de encontrarnos una vez por semana y de enterarnos de la suerte que habían corrido nuestros hermanos. Esto nos permitió constatar la ausencia de algunos de ellos y nos movilizó por hacer lo imposible para saber dónde se encontraban nuestros hermanos desaparecidos en las manos de la policía política. Eso nos demandó meses y meses de búsqueda paciente y silenciosa”¹

¹ Reproducido en: PRADENAS, Luis, *Lautaro 20 ans à Paris 1983-2003. Antécédents historiques*, Paris, Editions du cercle Culturel Lautaro, 2003, p. 25.

El testimonio de Tromben ilumina con precisión la doble naturaleza de esa reapertura: para la institución fue continuidad; para muchos hermanos fue resistencia silenciosa. Mientras las autoridades manejaban las relaciones con el nuevo régimen, los masones de base utilizaban las tenidas para rastrear a los desaparecidos, intercambiar información y organizar redes de solidaridad que la institución como tal nunca reconoció oficialmente.

El debate interno que muestran las actas del Consejo de la Gran Logia de Chile, celebradas el 4 de octubre de 1973 —apenas tres semanas después del golpe— es de una franqueza que contrasta con el hermetismo público de la institución. En esa reunión, el Hermano Muñoz Segura expresó sin rodeos lo que muchos masones sentían:

“Cientos de HH han perdido sus cargos por ser socialistas o radicales, aunque no sean activistas. [...] ‘Algunos HH habrían preferido que nos hubieran incendiado nuestra sede antes de seguir en este silencio’. [...] debemos preocuparnos de los HH que han sido barridos injustamente”².

La frase es extraordinaria: para una parte de los hermanos, el silencio institucional resultaba más intolerable que la destrucción física. Frente a esta posición, el Hermano Bórquez respondió desde la vereda opuesta, cuestionando a quienes criticaban a la jerarquía y preguntándose “qué habría sucedido a la Orden si hubiera triunfado el marxismo”, añadiendo que “vivimos durante tres años una política de odio y sectarismo que llegó hasta nuestros templos”³. La polarización que había dividido a la masonería durante el gobierno de la Unidad Popular no desapareció con el golpe: se agudizó.

El Gran Maestro René García Valenzuela calibró cuidadosamente su posición. Informó al Consejo que había mantenido contactos con la Junta de Gobierno “en uso de una vieja amistad” y que existía “seguridad de que nunca se tocará a la Orden que, para ese miembro de la Junta, es respetable”. Reconoció que al interior de la masonería había más de 300 carabineros activos, y concluyó con la célebre instrucción de “aguantar el chaparrón”⁴. Esta metáfora, doméstica y evasiva, resume la orientación que

² Actas del Consejo de la Gran Logia de Chile, 4 de octubre de 1973.

³ *Ibidem*.

⁴ *Ibidem*.

asumiría la dirección masónica en los meses siguientes: sobrevivir el temporal sin mojarse.

El 17 de octubre de 1973, el Gran Maestro René García Valenzuela logró reunirse con el general Gustavo Leigh, uno de los cuatro integrantes de la Junta Militar. No fue una gestión sencilla. La reunión quedó registrada en un manuscrito de doce páginas que el propio García Valenzuela redactó para dejar constancia de lo tratado. El documento es de una riqueza excepcional: combina el tono de un informe oficial con la textura de una crónica personal, y permite reconstruir, con un nivel de detalle poco habitual, las condiciones en que la dirigencia masónica chilena estableció su primer vínculo formal con el nuevo poder.

La gestión previa para conseguir la entrevista ya deja entrever un aspecto clave: la distancia que mediaba entre ambos mundos, y los puentes familiares que fue necesario activar para acortarla. El propio García Valenzuela lo describe sin eufemismos:

“Me costó bastante ponerme en contacto con el General Leigh para obtener esta entrevista. Tuve que hablar primero con mi hermana Raquel para obtener las señas de Chabelita (esposa del general). Llamé al número que ella me dio y nadie me contestó. Llamé, enseguida, a la tienda de mi primo (...) y allí pude ponerme en contacto con su hija Adriana que, por desgracia, no tenía las señas precisas del General Leigh, pero me dio algunas que pudieran servirme indirectamente para localizarlo. Fue así como pude llamar a su ayudante, a quien le hice presente mis relaciones anteriores con el General Leigh y el propósito de entrevistarme con él por un problema urgente que a ambos pudiera interesar”⁵

La escena tiene algo de laberinto burocrático doméstico: el jefe de la masonería chilena rastreando al miembro de la Junta a través de familiares en común. Pero detrás del detalle aparentemente anecdótico late una realidad política más profunda: el contacto entre la Gran Logia y el gobierno militar no estaba institucionalizado ni era fluido. Era, en ese momento, un vínculo que había que construir desde cero, y que descansaba sobre relaciones personales y familiares más que sobre canales formales. Por eso mismo,

⁵ García Valenzuela, René, Entrevista con el general Gustavo Leigh, 17 de octubre de 1973.

cuando la secretaria del general llamó de vuelta al número de Marcoleta —sede de la Gran Logia— para confirmar la entrevista para después del mediodía, el encuentro adquiriría ya el carácter de una gestión extraordinaria, no de una rutina diplomática.

El encuentro, según el manuscrito, fue cordial. Leigh recordó los contactos previos entre ambos en Washington, las relaciones con la familia de García Valenzuela y las atenciones recibidas. El Gran Maestro, por su parte, preguntó por la esposa del general, su sobrina Gabriela. Esta trama de relaciones personales ilustra hasta qué punto las esferas del poder civil, militar y masónico se entrelazaban en el Chile de mediados del siglo xx, formando una red de vínculos que operaba por debajo de las instituciones formales y que, en momentos de crisis, podía ser activada con fines muy concretos.

García Valenzuela fue directo en su planteamiento. Antes de entrar en el asunto de fondo, quiso aclarar el estatuto de la visita y, sobre todo, saber a qué atenerse:

“Hube de explicarle que mi entrevista con él la sostenía como mi primer contacto oficial con algún miembro del Gobierno y que lo hacía como jefe de la Masonería chilena. (...) mi visita obedece a una razón fundamental. Quisiera saber exactamente de sus labios cuál es el terreno que piso en el momento actual. Soy partidario de las preguntas directas, porque sé que un general de la República me contestará recíprocamente en idéntico sentido. Quisiera saber exactamente si hay alguna reserva, algún prejuicio, alguna desconfianza con respecto a la Orden que dirijo”⁶.

La pregunta era, en rigor, una cuestión de fondo: ¿está la masonería en peligro? García Valenzuela la formuló con una mezcla de franqueza táctica y deferencia estratégica: recurrió al argumento de la reciprocidad —un general debe responder con la misma claridad con que se le habla— para obtener una declaración que sirviera de garantía. La respuesta de Leigh fue, en términos generales, tranquilizadora. El general declaró considerar a la Francmasonería como una institución digna de respeto por su tradición democrática, mencionó que en su juventud había querido ingresar pero

⁶ Ibidem.

que circunstancias no precisadas se lo impidieron, y que luego decidió mantenerse al margen tanto de la masonería como del catolicismo, definiéndose como “librepensador confeso”.

Lo que sigue en el manuscrito resulta, a la distancia, bastante más revelador que esa declaración de principios. Leigh se embarcó en una caracterización de los miembros de la Junta: el almirante Merino era un ferviente católico de dos comuniones semanales, aunque de amplio criterio; Pinochet, según Leigh, era también un auténtico librepensador; del general de Carabineros, Mendoza, dijo saber menos —”esto escrito entre comillas”, anotó García Valenzuela, registrando la reticencia del tono. Y luego vino la frase que el Gran Maestro esperaba escuchar: “Finalmente, en una forma muy enfática, muy clara y muy franca, me dice que mientras él esté en la Junta, ‘nadie le tocará a la Masonería, a la que él respeta’”⁷

La garantía era personal —”mientras él esté en la Junta”— y no institucional. Dependía de la permanencia de Leigh en el poder y de su voluntad de sostenerla. Era, en ese sentido, una garantía frágil: el tipo de seguridad que solo puede ofrecer quien concentra poder en su persona, no quien lo ejerce a través de normas. García Valenzuela la registró sin comentario crítico. El manuscrito da cuenta de que la escuchó con alivio.

Antes de llegar al asunto que más apremiaba al Gran Maestro —la situación de hermanos detenidos—, Leigh ofreció su lectura del momento político. Le habló del plazo que la Junta se había impuesto: cuatro o cinco años, al cabo de los cuales el poder sería traspasado a los civiles una vez que la tarea de “recuperar la república a su antiguo cauce” estuviera cumplida. Más significativo aún es el registro que García Valenzuela hizo de su propia reacción ante ese anuncio:

“en este instante han preferido ellos afrontar solos esta responsabilidad, razón por la cual los políticos no han sido llamados a la colaboración, frases que yo celebro y en las que estoy de acuerdo con bastante entusiasmo”⁸

⁷ Ibidem.

⁸ Ibidem.

El argumento que él ofrecía en logia—que los partidos políticos “se han demostrado ineficientes para rectificar los rumbos” y que más allá de “muchos discursos y de muchas declaraciones” poco habían podido hacer—era el mismo que la propaganda de la Junta repetía en esos días con insistencia. García Valenzuela lo hizo propio sin reservas.

Leigh también se refirió, en ese tramo de la conversación, a las operaciones militares en curso. Habló de la “rigidez y estrictez” con que la Junta estaba reprimiendo los “focos insurreccionales”, calificó ese esfuerzo de “mal necesario” y citó los arsenales encontrados en La Moneda, en Tomás Moro y en el Cañaveral como prueba de que la amenaza era real. García Valenzuela escuchó sin objetar.

Cumplido ese preámbulo, García Valenzuela llegó al asunto que había motivado la visita: la situación de masones detenidos. Lo introdujo con una distinción que merece atención:

“No es mi deseo entrar en detalles de causalidad en estas detenciones preventivas o punitivas, pero, sí, es mi deber, como Gran Maestro de la Gran Logia, una institución fraternal, de preocuparme humanamente de la situación de mis hermanos”⁹

La fórmula es cuidadosa hasta el límite de lo calculado. García Valenzuela no va a cuestionar las razones de las detenciones, únicamente pedía información humanitaria sobre el estado de sus hermanos. Con esa delimitación, se colocaba a sí mismo fuera del terreno político y dentro del terreno fraternal. Era la manera de hacer una gestión sin que pareciera una impugnación al régimen.

El primero de los casos mencionados fue el del catedrático Alfonso Asenjo, sobre cuyos detalles el manuscrito es parco. El segundo fue el del doctor Edgardo Enríquez Frodden, ex ministro de Educación del gobierno de Allende y ex rector de la Universidad de Concepción, detenido e incommunicado en la Escuela Militar:

“Conozco al doctor Enríquez Frodden desde hace largo tiempo. Me parece un hombre respetable pero que ha tenido la mala suerte de que

⁹ Ibidem.

sus hijos sean violentistas en absoluto. El doctor Enríquez Frodden está a punto de obtener en nuestra armada el grado de almirante de Sanidad, pero prefirió renunciar a su categoría naval con el objeto de no atraer a la Armada (...) a las contingencias que tendrá que enfrentar como ex rector de la Universidad de Concepción”¹⁰

La manera en que García Valenzuela construyó la defensa de Enríquez Frodden deja ver los límites que él mismo se impuso. No apeló a su inocencia, a la legalidad de su trayectoria política ni a los derechos que le correspondían como ciudadano. Apeló, en cambio, a su respetabilidad personal y a su vinculación con la Marina —donde estaba a punto de obtener el grado de almirante de Sanidad— como si ese vínculo institucional fuera el verdadero argumento de peso. La frase sobre “la mala suerte de que sus hijos sean violentistas” es particularmente significativa: el Gran Maestro se anticipó a la objeción que Leigh podría hacer, cargando sobre los hijos —y no sobre el padre— la responsabilidad política de la familia. Era una estrategia de defensa que asumía implícitamente la lógica represiva del régimen: el padre era defendible precisamente porque se lo podía separar de sus hijos.

Leigh escuchó y prometió ocuparse del asunto. Pero en ese tramo de la conversación introdujo una información que el manuscrito registra con cierta ingenuidad:

“Conversamos algo sobre los hijos del doctor Enríquez, especialmente de Miguel, y le digo que se me ha informado que habría muerto durante el movimiento. Me dice que ello no es efectivo, por cuanto el joven Miguel Enríquez, también médico, fue aprehendido antes del movimiento en Talca y se encuentra detenido allí donde tendrá que enfrentar justicia militar en el momento oportuno”¹¹

Esta afirmación de Leigh merece detenerse. Miguel Enríquez no era “el joven Miguel Enríquez, también médico”: era el Secretario General del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), la organización más acti-

¹⁰ Ibidem.

¹¹ Ibidem.

va de la izquierda chilena. La versión que Leigh ofreció —detenido en Talca antes del golpe— era, simplemente, falsa (o errónea). Miguel Enríquez estaba en la clandestinidad y sería muerto en combate en octubre de 1974, un año más tarde.

Al día siguiente de la reunión, el 18 de octubre de 1973, García Valenzuela transmitió una directiva que cifraba el nuevo rumbo:

“Las logias al final de año deben presentar sus cuadros limpios de los HH que deben irse”¹².

La expresión “cuadros limpios” es significativa. No se ordenaba una expulsión masiva ni un proceso disciplinario formal, se buscaba una depuración discreta y silenciosa, organizada desde la base, que evitara a la institución el costo público de aparecer como colaboradora del régimen al mismo tiempo que la eximía de defender a sus hermanos perseguidos. El silencio, en este caso, era también una técnica de gestión institucional.

Paralelamente, envió a todas las logias del país una circular que establecía, en términos inequívocos, la nueva orientación de la Gran Logia. El documento es largo y está construido sobre una retórica característica del estilo del Gran Maestro: erudita, algo solemne, cargada de referencias a los principios de la Orden. Pero su mensaje central era simple y directo.

García Valenzuela comenzó recordando las dificultades inherentes a la convivencia fraternal dentro de una institución tan diversa como la masonería. Aludió a la amplitud doctrinaria de la Orden —“ecléctica, humanitaria y universalista”—, al “irrestricto respeto a la más absoluta libertad de conciencia”, al “sagrado derecho a la discrepancia”. Y enseguida añadió lo que funcionaba como contrapeso de todos esos principios:

“Y cuesta, en determinados instantes, constituir a la Orden en el venero donde se busque incesantemente y valerosamente la verdad; se trabaje por la fraternidad universal del género humano; se exalte la virtud de la tolerancia; (...) se aleje del templo el debate sobre problemas de política contingente o de sectarismo partidista; se respete la opinión ajena y se defienda la libertad de expresión”¹³

¹² Actas del Consejo de la Gran Logia de Chile, 18 de octubre de 1973.

¹³ García Valenzuela, René, Circular a las logias de Chile, 18 de octubre de 1973.

La tensión que el texto pone en escena es la tensión clásica de la masonería en momentos de crisis política: ¿puede la Orden mantenerse al margen cuando el mundo exterior se convulsiona? García Valenzuela resolvía esa tensión en favor del silencio y la abstención. Pero lo hacía en un momento en que el silencio no era neutralidad: era una forma de posicionamiento.

El Gran Maestro pasó luego a describir las presiones que había enfrentado desde distintos sectores durante los años previos. Señaló que tanto desde un extremo como desde otro se había intentado convertir a la Orden en “el cauce de aguas alborotadas hacia un determinado molino”. Describió la política de discreción que había seguido —“la actuación extramural del Gran Maestro tuvo una clara tendencia a la modestia, a la reserva y al silencio”— y se quejó de los hermanos que, transgrediendo esa norma, habían dado publicidad a documentos internos. El párrafo que cerró esa parte del argumento definió la línea que la Gran Logia se disponía a trazar:

“Estas críticas me habrían sido algo más livianas si no las hubiera visto repetirse en la declinante apacibilidad de nuestros templos. Y como si esto fuera poco, la creciente indiscreción de los hermanos, que temen ser olvidados por la opinión pública, hasta han dado publicidad textual a determinados párrafos de algún documento oficial con todas las desventajas de una transcripción tendenciosa y parcial”¹⁴

La acusación era clara: había hermanos que filtraban información. García Valenzuela no especificó qué documentos ni qué hermanos, pero el contexto no dejaba lugar a dudas: en las semanas posteriores al golpe, cualquier filtración de documentos internos de la Gran Logia podía tener consecuencias para personas concretas. La circular, en ese sentido, no era solo una exhortación a la prudencia: era también una advertencia.

Pero el pasaje más recordado —y más citado— de la circular es su cierre. Después del largo preámbulo doctrinario, García Valenzuela llegó a la fórmula que quedaría asociada a su nombre en la memoria masónica:

¹⁴ Ibidem.

“Por todas estas razones y muchas otras de sobra conocidas vuelvo a exclamar en este reinicio de actividades con acento convencido: ¡¡¡SILENCIO EN LOGIA, HERMANOS MÍOS!!!”¹⁵

Y páginas más adelante, tras una serie de consideraciones sobre la autonomía de los hermanos en su vida civil y sobre el deber de solidaridad fraternal con quienes habían sido “desplazados” de sus cargos, volvió a clausurar el documento con la misma fórmula:

“Ojalá la experiencia haya sido capaz de llamarnos a un silencio iniciático, reflexivo, constructivo y fraternal. Confiamos en que las luces de nuestras logias sepan encauzar su curso por la auténtica senda de la Francmasonería Universal. En lo que a mí respecta, renuevo ante mis hermanos, con las consideraciones anteriores, la admonición ritual: ¡SILENCIO EN LOGIA, HERMANOS MÍOS!”¹⁶

La ambigua relación que el Gran Maestro expresó hacia el régimen militar en las semanas posteriores al golpe tuvo consecuencias duraderas. La entrevista con Leigh y la circular del silencio funcionaron, en los hechos, como los pilares de un acuerdo tácito: la Gran Logia se abstendría de pronunciarse políticamente y el régimen, a cambio, la dejaría operar. Era un pacto asimétrico. El régimen obtenía la imagen de una institución con tradición democrática que aceptaba su legitimidad y operaba bajo su amparo; la Gran Logia obtenía la posibilidad de continuar existiendo, pero renunciaba, en el mismo acto, a cualquier función crítica.

La Junta convirtió esa aquiescencia en un activo. La posibilidad de señalar que la masonería chilena funcionaba con normalidad bajo el régimen era, en el contexto de los primeros años de la dictadura, un elemento útil para la imagen internacional del Régimen Militar.

Este pacto tácito, fue reforzado en La editorial de la revista *Occidente* —órgano de comunicación de la masonería chilena para el público general— donde apareció una alusión al golpe de Estado que resumía la posición

¹⁵ Ibidem.

¹⁶ Ibidem.

de los sectores conservadores dentro de la institución y que quedaría, con el tiempo, como el sello de las autoridades de la Gran Logia de Chile:

“Pero, cuando todo inducía a presumir que un enfrentamiento sería inevitable y que la sangre correría en Chile de mar a Cordillera, puso término a esta etapa caótica e ingrata una súbita resolución de las Fuerzas Armadas. No pudieron estas desentenderse del hondo clamor colectivo que exigía o imploraba su intervención para salvar la Patria”¹⁷

LA MUERTE DE HIRAM

El 11 de septiembre de 1973 no solo detuvo el tiempo político del país; también interrumpió, de manera abrupta, la vida de comunidades que hasta entonces habían funcionado bajo la lógica del debate y la deliberación. Las logias masónicas no fueron una excepción. En medio del shock institucional que siguió al golpe de Estado, cada taller debió resolver una pregunta que nadie había formulado en voz alta: ¿cómo continuar trabajando como si nada hubiera ocurrido? La logia Hiram N°65 —a la que pertenecía Salvador Allende— fue una de las primeras en intentar responder esa pregunta. Y lo hizo, como veremos, con consecuencias que nadie anticipó.

La logia retomó sus trabajos el 5 de noviembre de 1973, menos de dos meses después del golpe. En esa primera reunión, el Venerable Maestro transmitió a los hermanos el mensaje que emanaba tanto desde el nuevo poder político como desde la propia conducción de la Gran Logia. Las garantías eran formales pero inequívocas: el régimen militar no intervendría en las actividades de la Orden. El venerable informó que “el actual gobierno de la Junta Militar, ha manifestado que no se opone en absoluto a nuestro funcionamiento y, por consiguiente, la Orden Masónica puede estar tranquila frente al nuevo gobierno”¹⁸

La tranquilidad prometida llegaba, sin embargo, con condiciones tácitas. El mensaje del Gran Maestro era igualmente claro en cuanto a la actitud que debía adoptarse: “el silencio iniciático”.

¹⁷ *Revista Occidente*, Año XXVIII, N° 250, septiembre de 1973, p. 1

¹⁸ Acta de la Respetable Logia Hiram N° 65, 5 de noviembre de 1973.

Ese recurso retórico no era nuevo en el lenguaje masónico. Sin embargo, en el contexto de noviembre de 1973, estas fórmulas adquirirían una carga política específica: significaban, en términos prácticos, no hablar de la situación del país. El silencio se presentaba como virtud masónica; era, en realidad, una posición política. Que el Gran Maestro René García Valenzuela lo formulara en esos términos no era casual: como se verá en otras secciones de este capítulo, su conducción durante los meses siguientes al golpe estuvo sistemáticamente orientada a preservar la institución a costa de un silencio absoluto.

La reunión del 5 de noviembre no se agotó, sin embargo, en la transmisión de garantías y recomendaciones. El secretario de la logia procedió a informar sobre la situación concreta de los hermanos del taller. El cuadro dejaba en evidencia los alcances humanos del golpe al interior de la propia Orden: uno de los miembros se encontraba detenido en el Estadio Nacional y estaba siendo defendido en ese momento por otro hermano abogado; otros seis habían perdido sus empleos¹⁹. La fraternidad masónica enfrentaba, de este modo, su primera prueba práctica bajo la dictadura: la articulación de una red de solidaridad frente a la persecución de sus propios integrantes.

Fue en ese mismo encuentro donde el Venerable Maestro planteó el asunto que dominaría los meses siguientes: la logia tenía pendiente la celebración de una tenida fúnebre. Este ritual, que se practica anualmente en las logias para honrar a los hermanos fallecidos durante el año, era en 1973 un asunto particularmente delicado. Durante ese año habían muerto dos miembros del taller y uno de ellos era Salvador Allende.

La sola mención de la tenida fúnebre desató una controversia inmediata. Varios hermanos se opusieron de manera abierta y algunos renunciaron a sus cargos, argumentando que el homenaje respondía a “motivaciones políticas” antes que a un deber ritual. La objeción era, en sí misma, significativa: revelaba que el nombre de Allende se había convertido, al interior de la logia, en un terreno de disputa que dividía a los hermanos por sus opiniones políticas, y por la interpretación que hacían del significado de la fraternidad masónica. ¿Era el deber de honrar a un hermano fallecido algo que podía suspenderse en función de la contingencia política? ¿O, por el contrario, renunciar a ese deber era ya, en sí mismo, una toma de posición política?

¹⁹ Ibidem.

Luego de un acalorado debate, la decisión fue sometida a votación y resultó aprobada la celebración de la tenida fúnebre para el lunes 12 de noviembre de 1973²⁰. La votación, más que resolver la controversia, la pospuso. La logia quedó dividida, y esa división sería el antecedente directo de los conflictos que vendrían.

La ceremonia se realizó el 12 de noviembre conforme a los procedimientos habituales. Concluidos los formalismos de rigor, el Venerable Maestro tomó la palabra para rendir homenaje a Salvador Allende. El texto que leyó constituye una despedida velada a quien había sido, apenas dos meses antes, el presidente de la República.

El venerable comenzó por situar la pérdida en el marco de la fraternidad del taller:

“Queridos hermanos, es tarea muy difícil para el hermano que habla poder expresar el profundo dolor, el inefable sentimiento que representa para nosotros, hermanos de la Hiram 65, la pérdida de un querido hermano que trabajaba junto a nosotros en el taller de la fraternidad, buscando el propio perfeccionamiento y laborando por la redención de las sociedades, en una palabra, por la fraternidad universal”²¹

La elección del lenguaje no es inocente. Al describir a Allende como un hermano que trabajaba “por la redención de las sociedades” y “por la fraternidad universal”, el venerable no hacía política en el sentido partidista del término: reproducía, más bien, el vocabulario propio de la ética masónica, en la que el compromiso con la humanidad es inseparable del proceso de perfeccionamiento individual. El homenaje no mencionaba al político, al presidente, ni al dirigente de la Unidad Popular: hablaba del hermano masón.

El texto continuaba con una evocación de la presencia de Allende en el templo, proyectada ahora sobre el duelo colectivo:

“En este templo, que simbólicamente representa al universo, el hermano Salvador Allende Gossens estuvo junto a nosotros practicando

²⁰ Ibidem.

²¹ El discurso es reproducido en: Yocelovsky, *op. cit.*, p. 57.

el Arte Real, alentándonos con su excelsa personalidad. El templo está enlutado, y un sentimiento muy hondo de consternación se apodera de nuestros espíritus”²²

La imagen del “templo enlutado” condensaba, con economía simbólica notable, dos dimensiones simultáneas: el luto masónico por la muerte de un hermano y el luto más amplio de quienes, en ese espacio, no podían nombrar públicamente lo que habían perdido. Allende había sido iniciado en los templos masónicos, donde se forja el carácter moral del hombre. El venerable lo evocaba en esos mismos términos:

“Él se había formado en nuestros templos entre la escuadra y el compás. Él había saciado su sed en las aguas cristalinas del manantial viviente del simbolismo masónico. Y dedicó su vida a la búsqueda de la verdad, de la luz, la belleza y la sabiduría”²³

Este pasaje deja al descubierto la estrategia discursiva del texto. Al encuadrar la trayectoria vital de Allende dentro de la narrativa de la formación masónica —la escuadra, el compás, la búsqueda de la verdad y la luz—, el venerable sustraía al hermano fallecido del debate político contingente para inscribirlo en una genealogía iniciática que lo trascendía. No era el militante socialista el que yacía en el Oriente Eterno; era el masón que había consumado su ciclo vital conforme a los valores de la Orden.

La segunda mitad del discurso ascendía hacia una reflexión de carácter filosófico sobre la muerte, para terminar con la fórmula ritual que daba nombre simbólico a toda la situación:

“Hoy, al rendirle el homenaje postrero, estamos conscientes de que este hermano, con su muerte realizó el acto supremo de la existencia, supremo porque la muerte, como todas las muertes, llega a hacerse comprensiva la vida, y todos los momentos de ella se impregnan en la prístina claridad del pleno día”²⁴

²² Ibidem.

²³ Ibidem.

²⁴ Ibidem.

La muerte como “acto supremo de la existencia” era una fórmula que podía leerse en clave estrictamente iniciática —la muerte como culminación del ciclo vital, umbral hacia el Oriente Eterno—, pero también, inevitablemente, como una alusión a las circunstancias concretas en que Allende había muerto: resistiendo, en el Palacio de La Moneda, el asalto de las fuerzas militares. El venerable concluía su alocución con las palabras que condensaban todo el peso simbólico de la ocasión:

“Hermanos míos, en homenaje de recuerdo a nuestro querido hermano Salvador Allende Gossens en este día tan triste para nosotros, los trabajos se abrieron con tres golpes de mallete: ¡NACIMIENTO!... ¡VIDA!... ¡MUERTE!

La cadena está rota, uno de sus anillos ya no existe. ¡La palabra se ha perdido!”²⁵

La fórmula de los tres golpes de mallete —nacimiento, vida, muerte— es el núcleo simbólico del ritual fúnebre masónico. Pero la imagen de la “cadena rota” y de “la palabra perdida” adquiriría aquí una resonancia que desbordaba el protocolo ritual. En la tradición masónica, la “palabra perdida” remite al mito fundacional de Hiram Abiff, el arquitecto del Templo de Salomón, asesinado por sus propios aprendices antes de poder transmitir la palabra sagrada.

La semana siguiente a la tenida fúnebre, el Venerable Maestro informó a la logia sobre la reunión que había sostenido con el Gran Maestro García Valenzuela, quien le comunicó que la ceremonia le había “presentado numerosos problemas”. La respuesta del venerable fue tajante: el homenaje había sido “de acuerdo a la Constitución, o sea, EXCLUSIVAMENTE MASÓNICO”²⁶. Las mayúsculas en el acta son la marca de una insistencia, de un esfuerzo deliberado por encuadrar lo ocurrido dentro de los límites institucionalmente aceptables.

La respuesta del Gran Maestro fue, en apariencia, conciliadora. Según el acta de la reunión del 19 de noviembre de 1973, García Valenzuela “Fi-

²⁵ Ibidem.

²⁶ Acta de la Respetable Logia Hiram N° 65, 19 de noviembre de 1973.

nalmente, expresó que confiaba que Hiram 65 sea en el futuro la menos conflictiva de las logias”.

La frase contenía, sin embargo, una advertencia apenas velada. La esperanza de que Hiram N°65 fuera “la menos conflictiva” implicaba el reconocimiento de que hasta ese momento había sido, precisamente, todo lo contrario. El Gran Maestro daba por cerrado el episodio, pero dejaba constancia de que lo vigilaría. La logia había pasado una primera prueba —el homenaje se había realizado, y había sido aceptado como “exclusivamente masónico”—, pero el margen de maniobra se había estrechado.

La calma duró pocos meses. A fines de abril de 1974, el Gran Maestro García Valenzuela emitió un decreto que suspendía a la logia Hiram N°65 y a todos sus integrantes de los trabajos masónicos. El motivo formal era una denuncia recibida sobre una tenida del 18 de marzo de ese año. La sanción era grave: el taller había comprometido, según el decreto, “el prestigio y respetabilidad de la institución”²⁷.

El documento que García Valenzuela envió al Consejo de la Gran Logia para fundamentar su decisión merecía un análisis detenido, tanto por lo que decía como por la forma en que lo decía. El Gran Maestro presentaba su intervención como un acto de depuración, orientado a “alejar del trabajo masónico los acentos espurios de la contingencia política profana para dedicar la actividad intramural al auténtico quehacer iniciático”²⁸.

La contraposición entre lo “espurio” y lo “auténtico”, entre la “contingencia política profana” y el “quehacer iniciático”, es una estrategia retórica recurrente en el período: permite presentar una decisión que tiene evidentes implicancias políticas como si fuera, en realidad, una defensa de la pureza institucional. Lo que el Gran Maestro llamaba “autenticidad iniciática” era, en el contexto de 1974, la exigencia de mantener silencio.

El mismo documento detallaba la cadena de irregularidades que justificaban, según García Valenzuela, la suspensión. La descripción de lo ocurrido en la tenida del 18 de marzo era llamativamente vaga en cuanto al contenido y muy precisa en cuanto al tono:

²⁷ Decreto N° 152, 22 de abril de 1974.

²⁸ Resolución decreto provisorio del Gran Maestro como resultado de investigación, 8 de abril de 1974.

“Se ha debido pedir de urgencia el envío del acta de una tenida de primer grado celebrada el 18 de marzo, que debió haber llegado antes, que no corresponde exactamente a lo ocurrido en logia, en la que queda constancia de un desagradable debate sobre problemas peligrosamente contingentes”²⁹

El adverbio “peligrosamente” era una evaluación de riesgo en tiempos de dictadura. La logia había discutido asuntos que, trasladados fuera del templo, podían atraer la atención de los organismos de seguridad del régimen. El Gran Maestro operaba, de este modo, como custodio de la “pureza iniciática”, y como garante de la supervivencia institucional en un entorno represivo.

Un segundo documento, más directo y despojado de la retórica iniciática del primero, permite aproximarse a lo que García Valenzuela consideraba los motivos de fondo de la suspensión. La “Breve cuenta del Gran Maestro al Consejo sobre graves incidencias en la respetable logia Hiram N°65” enumeraba una serie de episodios que, en conjunto, pintaban el cuadro de una logia sistemáticamente refractaria a la disciplina que se le exigía:

“Desde hace muchos años la respetable logia Hiram N° 65 se ha venido distinguiendo por su falta de apego a nuestros usos y costumbres y por su inclinación a preocuparse, de preferencia, de problemas de contingencia y altamente controversiales. Son numerosos los casos y hechos que atestiguan este aserto”³⁰

Esta caracterización servía un doble propósito: justificaba la severidad de la sanción y, al mismo tiempo, absolvía a la dirección de la Gran Logia de la responsabilidad de haber tolerado esa actitud durante años.

El documento continuaba con una enumeración de episodios concretos que habían ocurrido en la logia entre noviembre de 1973 y marzo de 1974. El primero remitía directamente a la tenida fúnebre de noviembre,

²⁹ Ibidem.

³⁰ Breve cuenta del Gran Maestro al Consejo sobre graves incidencias en la respetable logia Hiram N° 65, del Oriente de Santiago, 18 de abril de 1974.

en la cual “se trató de capitalizar la memoria de un hermano ingresado recientemente al Oriente Eterno con fines proselitistas y partidistas”³¹.

La formulación era retóricamente hábil y sustancialmente injusta. El Venerable Maestro había argumentado —con documentos y con la propia aprobación posterior del Gran Maestro— que la tenida fúnebre había sido “exclusivamente masónica”. Ahora, en cambio, esa misma ceremonia se reencuadraba como un acto de “proselitismo partidista”. El giro semántico muestra la ambigüedad de la posición de García Valenzuela: dispuesto a aceptar el homenaje en privado, pero incapaz de defenderlo ante las presiones que, evidentemente, venían de algún lugar.

Dos episodios adicionales completaban el cuadro. El primero involucraba la elección de la nueva oficialidad del taller, en la que se había intentado llevar al sitial de Venerable Maestro a un hermano cuyo padre —Eduardo Paredes, director de Investigaciones durante el gobierno de Allende— había muerto “a raíz de los acontecimientos del 11 de septiembre”³². El segundo y más explosivo era la discusión producida en la tenida inaugural de los trabajos, en torno al caso del general Alberto Bachelet, quien había fallecido bajo tortura en marzo de 1974 tras ser detenido en el contexto de la purga de militares leales al gobierno de Allende. Y sobre esa tenida, el Gran Maestro registraba lo que, en rigor, era el motivo que hacía imposible cualquier defensa pública de la logia:

“Otro de los hermanos que intervino, miembro del tribunal de la logia, en un lenguaje soez calificó de renegado y con un adjetivo que el respeto impide reproducir, al presidente de la Junta Militar de Gobierno, General Augusto Pinochet, hermano en retiro de la respetable logia Victoria N°15”³³.

El detalle de que Pinochet era “hermano en retiro” de una logia masónica era, precisamente, lo que hacía políticamente insostenible la situación. Insultar públicamente, al interior de un templo masónico, al jefe del régimen que garantizaba la supervivencia de la propia institución, era una

³¹ Ibidem.

³² Ibidem.

³³ Ibidem.

provocación que ningún Gran Maestro podía ignorar sin arriesgar la existencia entera de la Orden. La suspensión de Hiram 65 era, en ese sentido, menos un acto de justicia disciplinaria que un acto de autopreservación institucional.

El caso de la logia Hiram N°65 da cuenta de la tensión que recorría toda la masonería chilena en los meses posteriores al golpe: el conflicto entre el imperativo fraternal de honrar a los propios muertos y el imperativo institucional de sobrevivir bajo una dictadura que vigilaba y sancionaba. La logia decidió honrar a sus muertos. La Gran Logia eligió sobrevivir. El costo de esa elección fue el silencio —y, para Hiram 65, la muerte simbólica del taller.

LA FRACTURA INTERNACIONAL: MÉXICO Y EL QUIEBRE FRATERNAL

El mismo 11 de septiembre de 1973, horas después del inicio del golpe, la Confederación Masónica de Grandes Logias Regulares de los Estados Unidos Mexicanos hizo pública una declaración que constituyó un hecho sin precedentes en la historia masónica latinoamericana. Su presidente, Jorge Hernández Montes—quien había visitado personalmente a Salvador Allende en México apenas un año antes— emitió una protesta formal ante su propio gobierno en los siguientes términos:

“La Confederación Masónica de Grandes Logias Regulares de los Estados Unidos Mexicanos, a través del Consejo Directivo, que me honro en presidir, respetuosa, pero enérgicamente, hace pública su protesta por los increíbles y vergonzosos acontecimientos suscitados en la hermana República de Chile, que han culminado con el artero e inútil asesinato del ilustre hermano Masón SALVADOR ALLENDE (...) A los pueblos libres le ha nacido un muerto, el mártir de las luchas revolucionarias y progresistas [...] La masonería mexicana se une al dolor del verdadero pueblo chileno en esta hora aciaga”³⁴.

³⁴ Mensaje de protesta publicado en el periódico *El Día*, 12 de septiembre de 1973.

El texto es revelador en varios sentidos. Primero, fue emitido el mismo día del golpe, antes de que existiera información consolidada sobre lo sucedido: una decisión política más que un juicio informado. Segundo, calificaba a Allende de “asesinado”, tomando partido en la disputa sobre las circunstancias de su muerte que la Gran Logia de Chile deliberadamente evitaría. Tercero, apelaba a la figura de un masón latinoamericano como símbolo de resistencia: “mártir de las luchas revolucionarias y progresistas”. Este lenguaje, cargado de contenido político, era exactamente el tipo de intervención que García Valenzuela rechazaría con vehemencia.

La respuesta del Gran Maestro chileno llegó en noviembre de 1973, dos meses después. Su tono fue contundente y su argumento central descansaba en el principio de no interferencia entre obediencias, pero la clave real del documento era otra: la negativa a reconocer el asesinato de Allende. García Valenzuela declaró que era imposible aceptar que “organismos masónicos extranjeros [...] intervengan en la vida institucional de Chile pretendiendo usar la óptica masónica para juzgar problemas de nuestro mundo profano en relación al Presidente de la República, masón, *suponiéndolo asesinado y no fallecido a consecuencia de un acto voluntario*.” (Carta del Gran Maestro René García Valenzuela al Presidente de la Confederación de Grandes Logias Regulares de los Estados Unidos Mexicanos, noviembre de 1973, reproducida en VIDAL, Hernán, *La Gran Logia de Chile 1973-1990*, Editorial Mosquito, Santiago, 2006, pp. 403-409)

La elección de la frase “fallecido a consecuencia de un acto voluntario” es un acto político disfrazado de protocolo masónico. En el contexto de noviembre de 1973, cuando numerosos testimonios apuntaban a que Allende había muerto defendiendo La Moneda, utilizar ese eufemismo equivalía a tomar posición en un debate que García Valenzuela afirmaba querer evitar. La pretendida neutralidad se revelaba, también aquí, como una forma específica de posicionamiento.

El acta del Consejo de la Gran Logia del 16 de mayo de 1974 registra que el conflicto con México se trasladó al espacio de la Confederación Masónica Interamericana (CMI), donde la posición de la masonería chilena fue respaldada por la Gran Logia de Argentina —cuyo Gran Maestro “llevó el tema al consejo y fue unánimemente considerada inoportuna la intervención de la masonería mexicana en un asunto de otro país”— mientras que ninguno de los representantes extranjeros se acercó a San-

tiago para verificar directamente las condiciones en que vivía la masonería chilena³⁵.

La solidaridad masónica latinoamericana exhibida por México era, sin embargo, una postura excepcional. En la mayor parte de los países del continente —incluyendo Argentina, donde el propio proceso de violencia política estaba gestándose— las obediencias masónicas prefirieron el silencio o la adhesión a los principios formales de no injerencia.

LA MASONERÍA ALLENDISTA

Entre la posición institucional de la Gran Logia y la experiencia concreta de sus miembros existía una brecha que los documentos de la época permiten dimensionar. Esa brecha tuvo nombres y apellidos, y en algunos casos, tuvo también víctimas.

El caso del general Alberto Bachelet Martínez es el más conocido y el más ilustrativo. Miembro de la Logia La Cantera N°130, ubicada en la comuna de Lo Barnechea, Bachelet había sido designado por Allende como Jefe de la Secretaría Nacional de Abastecimiento. Cuando se encontraba detenido, su logia le envió una carta de expulsión por “reiteradas inasistencias”: un gesto que prescindía de toda consideración fraternal y que el propio Venerable Maestro de La Cantera de ese entonces —el coronel de la FACH Renato Ianiszewski— no consideró necesario siquiera explicar. Tras la muerte del general Bachelet, la Gran Logia de Chile le negó el derecho a ser velado en las dependencias del Club de la República, y el Gran Maestro García Valenzuela rechazó recibir a su viuda, Ángela Jeria.

El acta del Consejo de la Gran Logia del 24 de enero de 1974 contiene una nota que merece atención: durante la visita del Gran Maestro al norte del país, se menciona que hay “Hermanos detenidos en Isla Dawson por actos deshonestos y abusos de autoridad”³⁶. La formulación es clínica y despersonalizada: no habla de hermanos perseguidos ni de presos políticos, sino de individuos deshonestos.

La situación no se reducía al caso Bachelet. La lista de masones vinculados al gobierno de la Unidad Popular que sufrieron las consecuencias

³⁵ Actas del Consejo de la Gran Logia de Chile, 16 de mayo de 1974.

³⁶ Actas del Consejo de la Gran Logia de Chile, 24 de enero de 1974.

del golpe es significativa. Entre ellos se contaban oficiales de la Fuerza Aérea juzgados por sedición en 1974: el general Sergio Poblete, los coroneles Carlos Ominami y Rolando Miranda, el comandante Ernesto Galaz y el capitán Carlos Carvacho.

Por contraste, el masón José Navarro Tobar, quien ocupó el cargo de ministro de Educación durante el gobierno militar, “acompañó a los hermanos afligidos que buscaban saber el paradero de un hijo, de un pariente, fue junto a ellos de un cuartel a otro, de un campo de prisioneros a otro, hasta, a veces, encontrar al deudo desaparecido y obtener su libertad bajo su personal garantía”³⁷. Sin embargo, la acción de Navarro Tobar fue una iniciativa individual.

Un testimonio de excepcional valor es el de Guillermo Lerou, miembro de la Logia Prometeo N°101 de Santiago y jefe de la Guardia de la casa del presidente Allende en Tomás Moro. Su relato sobre lo que vivió al interior de los templos después del golpe condensa la violencia y el miedo que penetraron el espacio masónico:

“yo no tuve ninguna ayuda de hermanos, incluso me trataban de traidor [...] En mi logia había miembros de las Fuerzas Armadas; de hecho, cuando se reabrió la Gran Logia de Chile y comenzaron nuevamente las tenidas, llegó un miembro de la Marina en tenida de combate con un fusil a la logia”³⁸

La imagen de un uniformado ingresando armado a un templo masónico es, probablemente, la síntesis más brutal de lo que fue la fractura interna de la institución: el espacio simbólico de la igualdad convertido en extensión del miedo.

Edgardo Enríquez Frodden, ex rector de la Universidad de Concepción y ex ministro de Educación durante la Unidad Popular, era también padre de Miguel Enríquez, líder del MIR. Su trayectoria durante la dictadura ilustra otro eje de la fractura masónica. Detenido tras el golpe en la Escuela Mi-

³⁷ Sariego, Erik, “Historia política y social de la masonería en Chile y la crisis interna en los años de dictadura militar”, Tesis para optar al Grado de Magíster en Historia con mención en Historia de Chile y América, Universidad de Valparaíso, 2013, p. 245.

³⁸ Entrevista a Guillermo Lerou Ballesteros, noviembre de 2009.

litar, García Valenzuela solicitó que se atendiera su salud —Enríquez había sufrido un episodio cardíaco— y obtuvo la promesa del general de “preocuparse”. No se sabe si la intervención tuvo efecto; lo que importa subrayar es que García Valenzuela estaba dispuesto a pedir por hermanos individuales en conversaciones privadas, pero no a pronunciarse públicamente. Era una distinción que muchos de los afectados considerarían insuficiente.

Desde su exilio en Inglaterra, Enríquez Frodden hizo circular en 1975 una carta dirigida a las autoridades masónicas chilenas que recorrió todas las logias de la obediencia. En ella formulaba una serie de preguntas que funcionaban como acusaciones contenidas:

“¿Es efectivo que la Masonería Chilena no ha hecho ni una sola declaración sobre lo que ha estado ocurriendo en Chile desde hace veintidós meses? ¿Cómo podría explicarse su silencio si es público y notorio que la Junta Militar y sus representaciones han estado cometiendo actos que violan principios que nuestra orden ha venido defendiendo desde siempre? ¿Es efectivo que ha habido y hay masones que han aceptado cargos de exclusiva confianza de la Junta Militar y que han estado obedeciendo órdenes que son totalmente opuestas a lo que han jurado reiteradamente proclamar y defender?”³⁹

La carta de Enríquez Frodden es un documento de alto valor histórico, pero debe leerse con el contexto que le es propio: era un texto políticamente comprometido, redactado por un hombre en el exilio, padre de un líder político perseguido, y dirigido a una institución que él mismo integraba. Su valor reside en su carácter de documento de época: una voz interior que rompía el silencio desde dentro.

GONZÁLEZ CONTESSE Y LA REFUNDACIÓN CONSERVADORA

La elección de Horacio González Contesse como Gran Maestro a mediados de 1974 marcó el inicio de una nueva etapa para la masonería chilena,

³⁹ Reproducido en: Vidal, Hernán, *La Gran Logia de Chile 1973-1990*, Editorial Mosquito, Santiago, 2006, pp. 263-265.

cualitativamente diferente del período de García Valenzuela. Donde este último había oscilado entre la defensa discreta de algunos hermanos y la aquiescencia al régimen, González Contesse operó desde una convicción ideológica más nítida: la masonería debía ser refundada, purgada de su herencia política reciente y rearticulada sobre una doctrina que la alejara definitivamente de cualquier vínculo con la izquierda.

El primer Consejo del nuevo Gran Maestro, celebrado el 4 de julio de 1974, abrió con un dato significativo:

“El Gran Maestro informa haber recibido una conceptuosa nota de felicitación para el jefe de la Orden y miembros del Gobierno de la institución, enviada por el jefe del Estado, general de Ejército Sr. Augusto Pinochet. Agrega que el diario *El Mercurio* de Santiago en la página editorial se refiere en forma encomiástica a dicha nota, que resume el respeto y consideraciones a que se ha hecho merecedora la Francmasonería chilena”⁴⁰

La nota de felicitación de Pinochet a González Contesse es un hecho histórico documentado que debe tratarse como lo que es: un intercambio de cortesía entre el jefe de Estado y el máximo dignatario de una institución civil reconocida. Lo relevante no es el gesto en sí —protocolariamente habitual entre las autoridades del régimen y las organizaciones que no lo desafiaban— sino la recepción que González Contesse le dio: la informó al Consejo como motivo de orgullo institucional y se sirvió del comentario de *El Mercurio* para subrayar que la imagen de la masonería en el mundo profano era positiva. El nuevo Gran Maestro veía esa nota como una legitimación.

El proyecto refundacional de González Contesse se articuló explícitamente en la *Revista Masónica de Chile*, Año LI, N° 5-6 de julio-agosto de 1974. El documento, que el historiador Eric Hobsbawm denominaría en otro contexto una “invención de tradición”, buscaba redefinir la identidad de la masonería chilena expurgando de ella lo que presentaba como “contaminación partidista”:

⁴⁰ Actas del Consejo de la Gran Logia de Chile, 4 de julio de 1974.

“El francmasón de tendencia latina siempre se sintió atraído por las contingencias del mundo exterior. El francmasón chileno, lejos de hacer excepción a esta regla, la intensificó y pronunció. Razones de carácter histórico, idiosincrasia individual, falta de educación masónica, afán de poder, imitación de las malas costumbres de nuestros tradicionales detractores, falta de vocación masónica auténtica, son algunas de sus razones. [...] Pero quien lea sus escritos y analice desde nuestro punto de vista su argumentación encontrará mucho de contaminación partidista y poco de inspiración masónica”⁴¹.

El argumento de González Contesse era elegante en su circularidad: la participación política de los masones en el pasado era presentada como una deformación de la esencia masónica, no como una expresión legítima de una tradición republicana y laica. Al declarar “contaminación” lo que otro podía describir como herencia, el nuevo Gran Maestro no solo revisaba el presente: reescribía el pasado.

El historiador Erik Sarioego señala que este comportamiento de las altas jerarquías masónicas —la autocomplacencia y la rigidez con que se impusieron votos de silencio al interior de la Orden— fue lo que potenció en la opinión pública la imagen de una masonería simpatizante con el régimen militar, contribuyendo a borrar décadas de tradición republicana y laica acumulada por la institución⁴².

Como última medida de ese primer año de mandato, González Contesse formalizó la ruptura con la masonería mexicana, suspendiendo las relaciones fraternales con la Confederación de Grandes Logias Regulares de los Estados Unidos Mexicanos, debido a que no enmendaron sus declaraciones en contra del régimen Militar publicadas luego del Golpe de Estado:

El año 1974 cerraba demostrando que la refundación conservadora no era retórica: era una política.

⁴¹ *Revista Masónica de Chile*, Año LI, N° 5-6, julio-agosto de 1974.

⁴² Sarioego, *op. cit.*

LOS PRIMEROS PASOS EN EL EXILIO: DE LA LOGIA SALVADOR ALLENDE A LA FRANCHÉ

Mientras en Chile la institución masónica completaba su alineación con el régimen, en Europa los masones chilenos exiliados comenzaban a recorrer un camino inverso: construir, desde la dispersión y el duelo, una identidad masónica alternativa que heredara la tradición republicana y laica que la Gran Logia había decidido abandonar.

El primer nodo de ese proceso fue París. En el Gran Oriente de Francia —obediencia que se distingue por su carácter secular y liberal—, un grupo de masones conmovidos por los acontecimientos de Chile comenzó, apenas días después del 11 de septiembre de 1973, las gestiones para fundar una nueva logia. Roger Bensadoun, quien sería su primer Venerable Maestro, lo recuerda así:

“Algunos días después del golpe de Estado, un grupo de hermanos, que nos habíamos retirado de una logia que había caído en el despotismo conservador. Inmediatamente propusimos el nombre de ‘Salvador Allende’ al Consejo del Gran Oriente de Francia, para darle ese nombre a la nueva logia que estábamos en transcurso de crear. El consejo de la Orden, que se reunió el 22 o 23 de septiembre de 1973 acordó darnos la autorización de crear esta nueva logia bajo el signo distintivo de ‘Salvador Allende’. A partir de ese momento tuvimos una enorme demanda de hermanos por ser miembros fundadores de la logia”⁴³.

La declaración de principios de la nueva logia justificaba el nombre elegido con palabras que, en el contexto de octubre de 1973, adquirirían una resonancia particular: “Porque representa un símbolo de esperanza para todos los hombres que aman la justicia, que luchan por el respeto de la soberanía del pueblo, por el progreso social y por restituir un sentido práctico y actual a nuestra divisa de Libertad, Igualdad y Fraternidad”⁴⁴.

⁴³ Entrevista a Roger Bensadoun, primer Venerable Maestro de la Logia “Salvador Allende”, en Pradenas, *Luis, Lautaro 20 ans à Paris 1983-2003. op. cit.*, p. 36.

⁴⁴ *Ibidem*.

La ceremonia de instalación de la logia, celebrada el 8 de enero de 1974, se convirtió en un acontecimiento inesperado. Los fundadores habían preparado un templo con capacidad para 80 personas; llegaron más de 400 hermanos. La razón de esa concurrencia masiva, según Bensadoun, era en parte una reacción contra el Gran Maestro del Gran Oriente de Francia de la época, Jean Pierre Proteau, que consideraba a Allende un subversivo y se negaba a participar en cualquier homenaje: la ceremonia se transformó en una manifestación espontánea de solidaridad con el hermano fallecido, empujada desde las bases de la obediencia francesa.

La logia Salvador Allende se convirtió rápidamente en un punto de encuentro para los masones chilenos que llegaban al exilio. Entre sus miembros se contaron Ubaldo Muñoz —iniciado en la logia Solidaridad N° 45 de Traiguén— y Bernardo Chanfreau, padre de Alfonso Chanfreau Oyarce, dirigente del MIR detenido desaparecido. La logia funcionaba como espacio de acogida, de información y de reconstrucción identitaria: un lugar donde los exiliados podían seguir siendo masones cuando Chile les era negado.

Hacia 1975-1976, sin embargo, la logia francesa resultaba insuficiente para articular un movimiento masónico propiamente chileno. Los exiliados eran numerosos y dispersos, y la logia Salvador Allende, por pertenecer al Gran Oriente de Francia, no podía ser formalmente el espacio de una masonería chilena soberana. Ubaldo Muñoz describe el proceso de gestación de lo que sería la Fraternidad Masónica Chilena en el Exilio (FRAMCHE):

“Poco a poco comenzamos a reconocer a algunos hermanos y a contactarlos y nace la idea de unirnos en una ‘Fraternal’ entre 1975 y 1976. Nos reuníamos en el local donde trabajaba Chanfreau ‘Derechos Humanos’ en París 13, ya que él era el guardián del local (además de vivir en un templo). Ahí nos juntábamos, conversábamos, soñábamos, le escribíamos cartas casi de insulto al Gran Maestro. Debemos haber sido unos diez hermanos más o menos”⁴⁵

La imagen que construye este testimonio es elocuente: masones chilenos reunidos en la sede de una organización de derechos humanos, conviviendo

⁴⁵ Entrevista a Ubaldo Muñoz, París 2009.

con el duelo y la rabia, escribiendo cartas que articulaban su impotencia. El espacio físico elegido —las oficinas donde Chanfreau trabajaba en la causa de los detenidos desaparecidos— no era un dato irrelevante: la masonería en el exilio y la lucha por los derechos humanos nacían entretrejidias.

En ese contexto, la influencia de la logia Iberia cobró una importancia decisiva. Esta logia de exiliados españoles republicanos, que llevaba décadas en París huyendo del franquismo, se convirtió en mentora informal del grupo chileno. Sus miembros, que en los años 1970 seguían esperando regresar a una España democrática, aconsejaban a los chilenos con la experiencia de quienes habían aprendido a construir masonería en la adversidad:

“Cuando llegamos nos encontramos con el apoyo inmediato de los españoles refugiados de la dictadura de Franco pertenecientes a la logia ‘Iberia’, quienes nos aconsejaban ya que nosotros estábamos volviendo al año siguiente, pensábamos que podríamos regresar y recuperar la Gran Logia de Chile”⁴⁶

La ilusión del retorno rápido que expresa Muñoz es un elemento clave para entender la psicología del exilio masónico en sus primeros años: los chilenos se consideraban como masones exiliados temporalmente, a la espera de recuperar su obediencia original. La logia Iberia había vivido ese mismo espejismo durante décadas; su experiencia era, en ese sentido, una advertencia y un modelo al mismo tiempo.

El primer Congreso de los masones chilenos en el exilio, celebrado en Francia los días 21 y 22 de febrero de 1981, marcó el cierre de esa primera etapa y el inicio de una nueva. La ilusión del retorno inmediato había cedido; la FRAMCHE, que había reunido a hermanos dispersos en Francia, Suecia, Dinamarca, el Reino Unido y otros países europeos, reconocía que era necesario construir estructuras más sólidas y duraderas.

La figura central de este proceso de articulación fue Edgardo Enríquez Frodden. Su posición era única: era un masón de alta trayectoria y ex ministro de Estado. Su trayectoria lo había puesto en contacto con todos los nodos del exilio chileno, tanto político como masónico.

⁴⁶ Ibidem.

El Primer Congreso Internacional de Masones Chilenos en el Exilio, celebrado entre el 14 y el 16 de mayo de 1982 en el Templo La Fayette de París, representó el momento constituyente del proyecto masónico en el exilio. Los masones chilenos procedentes de distintos países europeos se reunieron allí con el propósito de realizar una acción organizada: decidieron crear una nueva obediencia independiente.

La dirección del Congreso estuvo a cargo de Edgardo Enríquez Frodden, cuya autoridad moral dentro del grupo era indiscutida. La declaración final del Congreso fijó los principios que orientarían a la nueva organización: el liberalismo masónico heredado de la tradición francesa, el laicismo, el universalismo y la defensa explícita de los derechos humanos. Se decidió que la nueva obediencia se llamaría Gran Oriente de Chile en el Exilio (GOCE), y que su primera logia llevaría el nombre de Lautaro N°1, símbolo de resistencia Mapuche y masónica.

La elección del nombre Lautaro no era casual. En la historia de la masonería chilena, la referencia evocaba a las logias Lautarinas de la Independencia, que el propio Allende mencionaba sistemáticamente en sus discursos masónicos. El nombre funcionaba, así, como una genealogía independentista. Al elegirlo, la nueva masonería exiliada declaraba su pertenencia a una tradición específica dentro de la historia masónica chilena: la corriente republicana y laica que se remontaba al siglo XIX y que la Gran Logia había decidido abandonar.

La logia Lautaro N°1 fue formalmente instalada el 24 de septiembre de 1983 en París, con una primera oficialidad completa. En el discurso pronunciado durante la ceremonia de instalación, el orador Edmundo Checura expresó la dimensión histórica del acto: no se estaba fundando simplemente un taller masónico, sino declarando una genealogía. La nueva logia nacía como continuidad de lo que presentaba la corriente más auténtica de la masonería chilena: la que había producido a Ramón Allende Padín, a Eugenio Matte Hurtado, a Pedro Aguirre Cerda y a Salvador Allende.

El nombre de Ramón Allende Padín, cerraba en ese momento un arco que simbolizaba que la herencia masónica de los Allende no había muerto en La Moneda, había sobrevivido, transformada, en una logia parisina.

Fundada la logia Lautaro N° 1, el proceso de construcción institucional se aceleró. En los años siguientes se constituyeron nuevas logias en otros países europeos que albergaban comunidades chilenas en el exilio: la logia

Janus N° 2 en Estocolmo, y la logia Presidente Allende N° 3 en Copenhague. Los nombres elegidos para estas logias eran en sí mismos un programa: Janus, el dios de los umbrales y del tiempo, que mira simultáneamente el pasado y el futuro; Presidente Allende, que afirmaba sin ambigüedad la herencia política y masónica que la nueva obediencia reclamaba.

El 21 de junio de 1984, con la presencia de las tres logias ya constituidas, se formalizó la fundación del Gran Oriente de Chile en el Exilio (GOCE). Edgardo Enríquez Frodden fue elegido como su primer Gran Maestro. Su discurso programático en la ceremonia de constitución articuló con precisión los principios doctrinales de la nueva obediencia: laicismo estricto, universalismo, libertad de conciencia, defensa de los derechos humanos y, de manera explícita, compromiso con el retorno a la democracia en Chile. La genealogía con el Gran Oriente de Francia —la obediencia que había albergado la logia Salvador Allende desde 1974— era afirmada como elección deliberada: la nueva obediencia chilena se inscribía en la tradición liberal y continental de la francmasonería, por oposición al modelo anglosajón al que la Gran Logia de Chile había recurrido en su proyecto refundacional.

De este modo, queda en evidencia una paradoja que la historia registra con precisión: mientras González Contesse refundaba la Gran Logia sobre el principio de la separación entre masonería y política, los masones allendistas fundaban en Europa una Obediencia donde confluían ambos principios.

En la confrontación entre estas dos obediencias —la Gran Logia refundada y el Gran Oriente en el exilio— se jugaba algo más que un debate doctrinal entre masones: se disputaba la herencia de una tradición masónica que Salvador Allende había encarnado, que sus hermanos de logia habían cultivado durante décadas y que el golpe de 1973 había fragmentado sin destruir del todo. Esa disputa sería el legado que la historia de la masonería chilena dejaría abierto para el futuro.

El 4 de septiembre de 1990, alrededor de seiscientos masones se reunieron en el Gran Templo de la Casa Masónica para celebrar una tenida fúnebre. No había cuerpo presente. Salvador Allende Gossens yacía en su nuevo mausoleo del Cementerio General, adonde sus restos habían llegado esa misma tarde. La Gran Logia de Chile había ofrecido participar en las honras fúnebres. Hortensia Bussi, viuda de Allende, agradeció la gentileza y declinó: la Iglesia Católica officiaría los funerales. La Orden organizó entonces su propio homenaje.

El Gran Maestro Marino Pizarro Pizarro tomó la palabra esa noche y dijo: “Quiero decir a mis hermanos que este es un acto de justicia de hermano, un homenaje de recuerdo en un día que se torna universal, un momento para entender la verdadera fraternidad”¹ Luego recitó a Séneca —”Post mortem nihil est... ipsaque mors nihil”²— y a Gonzalo Rojas —”Del aire soy, del aire, como todo mortal... Pero vuelvo a decirte que los hombres estamos ya / tan cerca los unos de los otros, / que sería un error, si el estallido mismo es un error, / que sería un error el que no nos amáramos”³.

El Gran Orador, Eduardo Muñoz Valdivieso, por su parte, recorrió la trayectoria masónica y profesional de Allende desde su iniciación en la Respetable Logia Progreso N°4 de Valparaíso, el 16 de noviembre de 1935, hasta su muerte en La Moneda, y hacia el final de su discurso citó un fragmento que actuó como bisagra entre el pasado y el presente: “en el pasado

¹ Discurso del Gran Maestro de la Gran Logia de Chile, Marino Pizarro, en la ceremonia fúnebre dedicada a Salvador Allende, 4 de septiembre de 1990. Reproducido en: Revista Masónica de Chile, octubre de 1990.

² “Después de la muerte no hay nada... y la muerte misma no es nada”.

³ *Ibidem*.

no se pierde nada de manera irreparable, sino que más bien todo queda debidamente protegido... Es así como todo lo que un hombre ha hecho y realizado, lo que ha vivido y experimentado, todo eso se conserva en el pasado y nada ni nadie puede eliminarlo”⁴. Era, a la vez, un consuelo y una afirmación. Era también, aunque involuntariamente, una hipótesis histórica cuya verificación requería examinar qué de ese pasado había sobrevivido, en qué forma y a qué precio.

Siete días después, el 11 de septiembre de 1990, la logia Hiram N°65 formó una cadena masónica en torno al mausoleo de Allende en el Cementerio General. Aproximadamente sesenta hermanos rodearon el monumento; afuera, más de cuatrocientas personas de diversas colectividades políticas, sociales y familiares aguardaban. El hermano Jorge Arancibia Cáceres pronunció el discurso en nombre de la logia que había sido la de Allende durante más de treinta y tres años. La imagen de ese círculo cerrado alrededor del mausoleo, en silencio, condensa mejor que cualquier argumento el dilema de memoria que este libro propone analizar: la masonería recuperaba a uno de sus hermanos más ilustres y, al hacerlo, ponía en circulación una versión particular del pasado que seleccionaba, enfatizaba y callaba con la misma deliberación.

Para comprender el sentido pleno de ese acto de 1990, es necesario retroceder diecisiete años. El lunes 12 de noviembre de 1973, cuando la logia Hiram N°65 celebró una tenida fúnebre presidida por su Venerable Maestro, Luis Olguín Blanco. Era el primer homenaje formal a Salvador Allende en el espacio masónico: íntimo, clandestino, blindado por el secreto de los templos. El Venerable leyó un texto que concluía con estas palabras: “Hermanos míos, en homenaje de recuerdo a nuestro Querido Hermano Salvador Allende Gossens en este día tan triste para nosotros, los trabajos se abrieron con tres golpes de mallete: ¡NACIMIENTO!... ¡VIDA!... ¡MUERTE! La cadena está rota, uno de sus anillos ya no existe. ¡La palabra se ha perdido!”.

En el lenguaje masónico, perder la palabra significa perder el acceso al conocimiento transmitido, a la identidad que ese conocimiento sostiene, al vínculo que anuda a los vivos con los muertos y a ambos con el proyecto de construcción del templo interior —metáfora última de la perfectibilidad

⁴ Discurso del Gran Orador de la Gran Logia de Chile, Eduardo Muñoz Valdivieso, 4 de septiembre de 1990. Reproducido en: Rocha. *op. cit.*, p. 215.

humana. Que la logia Hiram N°65 invocase esta imagen en noviembre de 1973 para llorar a Allende era una declaración de que algo más que un hombre había muerto.

Lo que se había perdido en septiembre de 1973, era una tradición que Allende encarnaba con especial densidad: una tradición masónica racionalista y militante que había dado forma a la Gran Logia de Chile y la había llevado a época de mayor esplendor entre 1925 y 1958. Una masonería que había hecho del laicismo una vocación, del anticlericalismo una política pública, del vínculo entre el templo y el Estado una marca de identidad republicana. Una masonería, en fin, que había creído genuinamente en la posibilidad de transformar el mundo desde las logias y desde el Estado de manera simultánea y convergente.

Ese mundo comenzó a disolverse antes del golpe. Ya en la segunda mitad de los años cincuenta, la Gran Logia enfrentaba tensiones internas crecientes entre quienes sostenían la vocación política y laicista y quienes aspiraban a una masonería más espiritualista, simbólica, más prudente en su relación con el poder público. El ascenso del simbolismo iniciático y del esoterismo —corrientes que en las décadas anteriores habían sido tratadas con desconfianza, cuando no con desprecio, como desviaciones supersticiosas de la vocación racional de la Orden— no fue un proceso repentino ni visible en sus comienzos. Fue una erosión lenta, subterránea, acelerada por los mismos conflictos políticos que desgarraban al país. La politización extrema de la sociedad chilena durante los años de la Unidad Popular llevó a su punto de máxima tensión una fractura que ya existía dentro de la institución: la que separaba a quienes entendían la masonería como un instrumento de transformación social de quienes la entendían como un espacio de perfeccionamiento interior ajeno a las turbulencias del mundo profano.

El golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973 no resolvió esa fractura: la congeló. La Gran Logia de Chile optó por el silencio público, declaró su neutralidad institucional y sobrevivió en los márgenes del régimen, protegida por la ambigüedad de su estatuto y por la presencia de hermanos en ambos lados de la línea política. Esa neutralidad tuvo consecuencias de largo plazo: protegió a la institución de la represión directa, pero al precio de ceder terreno en la definición de su identidad pública.

La Gran Logia eligió, como condición de supervivencia, un silencio que con el tiempo dejó de ser táctica y se volvió postura. Esa postura tenía

un nombre en el lenguaje institucional: neutralidad. Lo que ese nombre velaba era una toma de posición tan real como cualquier declaración pública: la decisión de no ser actor visible en un conflicto cuyo desenlace ya había ocurrido. El precio fue la suspensión de su identidad pública durante diecisiete años.

La Gran Logia de Chile no destruyó sus archivos: los conservó, clasificó y depositó. Pero dejó de hacer de esa memoria un elemento constitutivo de su identidad pública. El olvido fue, antes que nada, un acto de omisión narrativa.

El período dictatorial operó de manera diferente sobre la memoria masónica. Aquí el olvido no fue tanto de reserva ni manipulado, sino que fue un silencio impuesto: los recuerdos dolorosos “esperan el momento propicio para ser expresados”, ya que fueron producidos cuando las condiciones de escucha no existían o habían sido deliberadamente suprimidas⁵. Los masones que habían sido perseguidos, exiliados o simplemente silenciados durante los diecisiete años de dictadura portaban esa memoria como una herida personal que el retorno de la democracia no curó automáticamente. La institución había sobrevivido, pero había dejado una deuda pendiente consigo misma: con quienes habían pagado el precio más alto, y la deuda con la tradición que esos masones encarnaban.

En ese contexto, los homenajes de 1990 adquieren una densidad interpretativa que va mucho más allá de su dimensión ritual. Cuando la Gran Logia de Chile convocó a sus miembros a tributar un homenaje fúnebre a Salvador Allende, estaba ejecutando —aunque no necesariamente con plena conciencia— varias operaciones simultáneas sobre la memoria institucional. Estaba recuperando al hermano perdido, ciertamente. Pero también estaba intentando recuperar algo de la identidad que había quedado velada durante diecisiete años: la de una institución que había sido parte activa del proyecto republicano y modernizador chileno. Allende, en su calidad de masón de tercera generación, de Venerable Maestro de logia, de candidato presidencial cuatro veces y de presidente de la República, era el símbolo más poderoso disponible para ese trabajo de recuperación identitaria.

⁵ Jelin, Elizabeth, *Los trabajos de la memoria*, Siglo xxi de España Editores / Social Science Research Council, Madrid, 2002, p. 33.

Pero aquí reside el dilema que las ceremonias de 1990 no pudieron resolver, y que ningún acto de conmemoración puede hacerlo por sí solo: la memoria que se recupera nunca es la misma que se perdió. La masonería que rindió homenaje a Allende en 1990 era ya una institución diferente de la que lo había iniciado en 1935, diferente de la que había debatido su presidencia en los años sesenta, diferente —y esto es lo crucial— de la que había guardado silencio en 1973. La identidad que la Gran Logia expresaba en 1990 estaba marcada, para bien o para mal, por los años de la dictadura: por lo que se había dicho y por lo que no se había dicho, por los hermanos que habían permanecido y por los que habían partido al exilio, por la orientación que las autoridades habían dado a la institución durante esos años.

Que la identidad masónica no se hubiera disuelto completamente durante la dictadura fue, en cierto sentido, el logro paradójico de esa misma prudencia. Las autoridades de la Gran Logia mantuvieron los rituales, preservaron la estructura, sostuvieron una orientación que no era religiosa ni ajena a toda consideración política. En eso consistió la continuidad institucional. Pero esa continuidad tuvo un costo específico: el racionalismo militante que había sido el nervio de la masonería latina, cedió terreno ante una versión más intimista y simbólica del trabajo masónico. El esoterismo, que la tradición latina había considerado una tentación oscurantista, ganó carta de ciudadanía en los templos chilenos durante esos años. La razón ilustrada, fundamento de la identidad masónica durante la edad de oro, fue parcialmente desplazada por el simbolismo iniciático, más seguro en tiempos de represión, más compatible con la neutralidad política que la supervivencia requería.

Jelin ha observado que “el pasado ya pasó, es algo determinado, no puede cambiarse. Lo que cambia es el sentido de ese pasado, sujeto a reinterpretaciones que están, momento a momento, ancladas en la intencionalidad y en las expectativas hacia el futuro”⁶. Esta proposición se aplica con especial fuerza en este caso. La masonería chilena no podía cambiar lo que había ocurrido entre 1973 y 1990: no podía borrar su silencio, ni recuperar a los hermanos exiliados que nunca volvieron, tampoco era posible restituir la credibilidad pública que había perdido al optar por la neutralidad. Pero sí podía —y de hecho lo hizo— reconfigurar el sentido de ese pasado a

⁶ Ibid, p. 15.

través de la narrativa que construyó en torno a Allende. Al convertirlo en el símbolo de la continuidad masónica, al presentar su trayectoria como la prueba de que los valores de la Orden habían sobrevivido intactos al huracán de la historia, la Gran Logia ejecutó lo que Ricoeur llama un uso de la memoria selectiva: una configuración narrativa que privilegiaba ciertos momentos de énfasis en detrimento de otros⁷.

Lo que quedó silenciado en esa narrativa fue, precisamente, lo que este libro ha intentado reconstruir. El período entre 1958 y 1973 apareció en los homenajes de 1990 como un simple preludeo a la tragedia, sin que se examinara en profundidad la responsabilidad institucional en la fractura que el golpe consumaría. El período de la dictadura apareció apenas velado: mencionado, sí, reconocido como tiempo de sufrimiento, pero sin que se nombraran las decisiones específicas que la institución había tomado ni se honrara plenamente a quienes habían pagado el precio más alto. Y la edad de oro apareció apenas evocada, como un fondo glorioso que legitimaba el presente sin ser verdaderamente reclamado ni analizado. La historia masónica que los homenajes de 1990 narraban era, en suma, una historia de continuidad heroica que borraba las discontinuidades, las complicidades y los silencios que forman parte inevitable de cualquier historia institucional que atraviesa una dictadura.

El carácter abierto, conflictivo e irresuelto de las luchas por la memoria no constituye una debilidad del proceso histórico, es su condición constitutiva. La masonería chilena de 1990 no podía resolver en una noche los problemas de memoria que diecisiete años de dictadura y tres décadas de erosión interna habían acumulado. Nadie puede. Lo que sí podía —lo que de hecho hizo— era poner en marcha un trabajo de memoria cuyo alcance y cuyos límites este libro ha intentado cartografiar.

La palabra que regresó en 1990 no era la misma que se había perdido en 1973. No podía serlo. El olvido había hecho su trabajo durante diecisiete años, transformando los recuerdos que preservaba. Lo que volvió a los templos en 1990 era un Allende parcialmente domesticado, convertido en símbolo de valores universales de fraternidad, incorporado a la genealogía de los grandes masones que habían gobernado Chile sin que se exa-

⁷ Ricoeur, Paul, *La memoria, la historia, el olvido*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2004, p. 572.

minara demasiado la singularidad de su proyecto político ni la radicalidad de su ruptura con el orden que la dictadura venía a restaurar. Era, en cierto sentido, un Allende menos peligroso que el Allende real: más apropiable, más compatible con la neutralidad que la institución había adoptado como postura de supervivencia, más útil para narrar la continuidad que para examinar la discontinuidad.

Y sin embargo, ese acto de recuperación imperfecta, esa palabra que regresó transformada, representó también una forma de resistencia a la amnesia que el Régimen Militar había intentado imponer. La logia Hiram N°65 reabrió sus puertas en septiembre de 1990, diecisiete años después de haber sido clausurada por sanción administrativa —sanción que había llegado al extremo de entregar su número distintivo a otra logia, como si la Hiram N°65 nunca hubiese existido. Sus hermanos habían sobrevivido en el silencio, reuniéndose en lugares profanos, manteniendo la cohesión con discreción extrema, preservando el espíritu del taller contra la dispersión y el olvido. Su refundación el 28 de septiembre de 1990, bajo la presidencia del Gran Maestro Marino Pizarro Pizarro, fue el signo más concreto y más humano de que algo había sobrevivido: no sólo la institución formal, sino la comunidad de afecto y compromiso que hacía de la masonería algo más que un ritual y una burocracia.

Los homenajes de 1990 como imagen de lo que es posible recuperar y de lo que permanece irrecuperable. Los masones rodearon el mausoleo de su hermano más ilustre. Pronunciaron discursos. Recitaron poemas. Declararon que la palabra no se había perdido para siempre, que había regresado. Y en cierto sentido tenían razón: algo había regresado. Pero la palabra que regresó era, inevitablemente, la palabra de 1990, no la de 1935 ni la de 1950 ni la de 1972. Era una palabra marcada por el silencio que la había precedido, formada en parte por lo que ese silencio había preservado y en parte por lo que había dejado morir.

“Nadie puede hacer que lo que ya no es, no haya sido”, sentencia Ricoeur, lo que vale también para la masonería chilena: los años de silencio son tan reales como los años de militancia, tan parte de la institución como la edad de oro que precede al golpe. Negarlos no los borra; los convierte, en el mejor de los casos, en un olvido de reserva que espera el momento de ser reconocido. En el peor, en una herida que supura bajo la superficie de las conmemoraciones.

En la historia de la logia Hiram N°65 se condensa la historia entera que este libro reconstruye. Una historia de formación y apogeo, de fractura y silencio, de resistencia subterránea y recuperación parcial. Una historia en la que la palabra perdida regresa, sí, pero regresa diferente: más cautelosa, más simbólica, menos militante, menos segura de su capacidad para transformar el mundo desde las columnas del templo. Una historia en la que el dilema de la memoria —qué recordar, cómo recordar, a quién servir con el recuerdo— no tiene respuesta definitiva, porque no puede tenerla.

El Templo nunca se termina de construir. La cadena nunca se vuelve a cerrar del todo. Y en esa tensión irresuelta entre lo que fue y lo que podría haber sido y lo que todavía puede llegar a ser, reside la única forma de dignidad que la historia otorga a quienes la habitan: la dignidad de quienes no se resignan a olvidar, aunque sepan que lo que recuerdan ya no es, exactamente, lo que ocurrió.

El 4 de septiembre de 1990, el Gran Maestro de la Gran Logia de Chile terminó su discurso con estas palabras: “Que este recuerdo del hermano en esta hora presente nos ayude a aprender el olvido y nos dé la tolerancia necesaria para que los mundos del hombre se encuentren permanentemente en el vértice del trabajo simbólico y de la verdadera fraternidad”. Aprender el olvido, dijo. Como si supiera que olvidar de manera digna —sin huir, borrar, ni mentir— era la tarea más difícil que la historia le impone a una institución que todavía se llama a sí misma hermandad. Afuera, Santiago dormía sobre sus muertos.

Se terminó de imprimir en abril de 2026
en los talleres de Fernando González Duke
Tlacoquemecatl 533-3 Col. Del Valle,
C.P. 03100, Municipio Benito Juárez
Ciudad de México.



Otros títulos publicados por *Palabra de Clío*



HISTORIA DE LA CONFEDERACIÓN
MASÓNICA INTERAMERICANA (CMI)

Volumen I
Del internacionalismo masónico
a la Conferencia de 1947

Felipe Santiago del Solar

Palabra de Clío



HISTORIA DE LA CONFEDERACIÓN
MASÓNICA INTERAMERICANA (CMI)

Volumen II
De la guerra entre Obediencias
a la unión continental
(1947-1958)

Felipe Santiago del Solar

Palabra de Clío



**ARTE, PRENSA
Y PODER**
masones y masonerías en Aguascalientes

Siglo XIX

MARCÓ ANTONIO GARCÍA ROBLES

Palabra de Clío

"A lo largo de mi vida masónica, que alcanza ya a los 36 años, planteé en las planchas masónicas en las diversas Logias de mi Patria la seguridad, cierta para mí, de que podía coexistir dentro de los templos con mis Hermanos, a pesar de que para muchos era difícil imaginar que lo pudiera hacer un hombre que en la vida profana públicamente dice que es marxista. Este hecho, comprendido dentro de las Logias, fue muchas veces incomprendido en mi propio partido. Más de una vez en los congresos del partido que fundara nada menos que un Ex Serenísimos Gran Maestro de la Gran Logia de Chile, Querido Hermano Eugenio Matte Hurtado, se planteó la incompatibilidad entre ser masón y ser socialista. Yo sostuve mi derecho a ser masón y ser socialista"

Discurso de Salvador Allende en la Gran Logia de Colombia, 28 de agosto de 1971.

"Se le resiste por su confesada ideología marxista-leninista, su estrecha amistad con Fidel Castro, su dirección de OLAS, la evidente hegemonía del Partido Comunista en la Unidad Popular que lo llevó al triunfo y, por encima de todo, la situación de la masonería en los países del Caribe y tras la cortina de hierro. Recuerda que Lenin clausuró las logias masónicas y Stalin persiguió a nuestros hermanos, que en las democracias populares de Europa la masonería está prohibida y que, en Cuba, hay una Orden, pero espuria y sumisa al régimen"

Moises Mussa, Gran Orador de la Gran Logia de Chile,
en la Asamblea del 28 de octubre de 1970.



"Divulguemos la Historia para mejorar la sociedad"